

Primera edición, 1940

Queda hecho el depósito que
marca la ley. Copyright by
La Casa de España en México

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

por

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Av. Madero, 32

Rafael Sánchez de Ocaña

Reflejos en el Agua



EL COLEGIO DE MEXICO



3 905 0192817 /

La Casa de España en México

I

Ensayos

1

Temblor de Almas

La Naturaleza, madre, maestra y consejera, a mediados del siglo XVIII, gozaba de honores divinos que con elegante reverencia o apasionado acento le tributaban los espíritus más esclarecidos de la época. Frente al doloroso y triste espectáculo que ofrecían los hombres, con sus luchas, ignorancias y miserias, contrastaba su armoniosa majestad, expresión directa o fiel reflejo, de la sabiduría y bondad del Ser Supremo, que con matemática regularidad presidía los destinos del Cosmos.

Desterrados, a la manera de Lucrecio, los Dioses iracundos del manejo personal de los negocios celestes y terrestres, la Naturaleza, fuente inagotable de bellezas, verdades y venturas, recibía plegarias filosóficas reveladoras de sincero optimismo; y como remedio a los males que aquejaban a la menguada y humana condición, se predicaba la vuelta a la madre común, de quien los mortales se habían alejado con veleidosas ilusiones de independencia. Mas por azar, que en su propia inconsciencia trocose en ironía, en la mañana del día dos de noviembre de 1755 un violento temblor destruyó la ciudad de Lisboa, perecien-

do entre sus ruinas, el agua y el fuego, más de treinta mil pacíficos moradores, que bien ajenos al terrible fin que les aguardaba, llenaban las iglesias, por ser día de festividad religiosa, o se entregaban a sus habituales ocupaciones. El cirujano inglés Mr. Wallfall, testigo presencial, en sus curiosas comunicaciones a la *Royal Society* de Londres describe apesadumbrado sus terribles efectos: "El espectáculo de los montones de muertos, y los gritos y gemidos de los enterrados bajo las ruinas, supera lo que pueda concebir la más dolorida imaginación."

Semejante acontecimiento que pugnaba con el optimismo reinante y la confianza en la bondad divina o de la Naturaleza tuvo hondas repercusiones espirituales. Una ola de horror y desesperanza invadió el mundo civilizado, suscitando reflexiones amargas en los más, con excepción de contados filósofos, que después de atormentadas dudas, permanecieron fieles a sus convicciones, tratando de desvirtuar con argumentos sutiles o declamaciones sentimentales, un hecho de la Naturaleza que en forma intempestiva y brutal, se erguía a manera de reto ante sus forzados espectadores. El Universo abarcado en su totalidad ¿ofrece huellas donde la inteligencia de los hombres pueda rastrear los pasos de la Providencia? ¿No es, quizá, un caos, creador del Bien y del Mal ajeno a los ensueños y afanes de los hombres, víctimas y espectadores de una pesadilla cósmica, cuyos destellos trágicos logran percibir, a manera de relámpagos de pen-

samientos, para convencerse de la ingnorancia de su destino?

El eco de aquel terremoto que destruyó la bella y opulenta ciudad de Lisboa al extenderse a los cuatro vientos, hizo temblar almas de la más noble excelsa calidad: la de Monsieur de Voltaire en *Les Delices*, la de Juan Jacobo Rousseau en *L'Hermitage* y más tarde al llegar a la ciudad de Francfort, estremeció el tierno espíritu de un niño bello como Euphorión, sano y feliz, mimado por sus padres, la fortuna y los Dioses, que se llamaba Goethe.

Un tanto escarmentado de Federico, el Rey filósofo, que reservando la grandeza del alma para sus cartas y los campos de batalla, parecía complacerse en prodigar la mezquindad entre sus amigos en las horas de paz, Monsieur de Voltaire, después de andanzas y persecuciones por tierras de Francia, encontró un delicioso retiro cerca de Ginebra. Allí, desde su finca de *Les Delices*, apesadumbrado por el recuerdo de la sabia y coqueta marquesa de Chatelet, con quien antaño se entregara apasionadamente a experimentos de física y amor en el laboratorio y en la alcoba, ya viejo recreaba sus ojos en la contemplación del lago Lehman, del Ródano y los Alpes. La calma que llevaba al ánimo de su inquieto dueño la grandiosidad y belleza del paisaje, se afianzaba por la creencia en haber encontrado seguridad para su persona, lejos de los decretos de los Parlamentos, de las excomuniones de los obispos, de las intrigas de los cortesanos y de la malquerencia del Rey. Pues con tanta malicia como

melancolía hubo de escribir: *Il faut que des philosophes aient deux ou trois trous sous terre contre les chiens que courent après eux.*

Sobre sus frágiles hombros pesan más de sesenta años, pero su espíritu enteramente joven, alerta a todo, curioso siempre, en broma y en serio, lo prodiga con la generosidad de quien sabe que su tesoro no ha de agotarse nunca. Con frecuencia su cuerpecillo esquelético parece que va abandonar la vida. Mas al conjuro del café, nueva agua de Juvencia, resucita con desmedidos bríos ante los ojos llenos de asombro del doctor Tronchín y se lanza de nuevo a la lucha, ya que el descanso fué una de las pocas cosas con que no trabó conocimiento. El terremoto de Lisboa le sorprendió en su delicioso retiro, acongojado su ánimo tan sensible al dolor de sus semejantes. Sin contentarse con las lamentaciones que forman el obligado cortejo de las calamidades y desgracias, Voltaire examina el inquietante problema del origen del mal, y sus misteriosas y contradictorias relaciones con la bondad de la Providencia. De aquí nace su Poema sobre el desastre de Lisboa, obra de noble inspiración, donde expresa el terror y la melancolía que le sugiere semejante tragedia de la naturaleza, e invoca a los optimistas que proclaman que todo está bien a que contemplen y mediten.

Como hombre se compadece de los sufrimientos de sus hermanos; como filósofo declara que no puede explicarse el origen del mal, encontrando tan sólo un cobijo para la desesperanza humana en la idea de la

Providencia y termina con estas palabras de estoica resignación que hubiera podido pronunciar Séneca:

*Que faut-il, ô mortels? mortels, il faut souffrir
Se soumettre en silence, adorer et mourir.*

Más tarde en otras ediciones, Voltaire suprimió este final, quizás por considerarlo demasiado pesimista, y entreabriendo las puertas a la luz del consuelo, exclama:

*Un jour tout sera bien, voilà notre espérance.
Tout est bien aujourd'hui, voilà l'illusion.*

Diríase que quiere engañarse sin lograrlo. Frente a sus más íntimos deseos, la Razón se yergue, y a manera de centinela le cierra el paso.

El ciudadano de Ginebra se refugia en abril de 1856 en L'Hermitage, gozando de las delicias de la primavera en los jardines de Francia. Allí comienza el *Emilio* y concibe la *Nueva Eloísa*. Sus trabajos y ensueños no le vedan los encantos del amor. En su alma febril y atormentada se despierta una pasión por la graciosa y picante Madame d'Houdetot, cuñada de Madame d'Epinay, sin que la resistencia de la coqueta apague sus entusiasmos de adolescente.

Al recibir un ejemplar del Poema del Desastre de Lisboa, que supone le enviara su autor, Juan Jacobo se cree en la obligación de escribirle, no por razones de mera cortesía, sino por imperativos de su concien-

cia. Quien proclamaba la bondad de la naturaleza y aconsejaba con acento de apóstol la vuelta a su seno, para que la felicidad, lo que vale decir tanto, la justicia, la igualdad y la virtud, reinara sobre la tierra había de sentirse herido por las flechas impregnadas de pesimismo, que en forma de versos disparaba Voltaire.

El filósofo errante se dirige a su colega ya sedentario y defendiendo su razón contra las seducciones de la poesía, le reprocha que en vez de los consuelos que esperaba hallar en su lectura, le aflija más aún en su desgracia, complaciéndose en acentuar las miserias añejas al destino humano. Mas, sin negar la existencia del mal particular, cosa indudable, lo que procede averiguar es si todo está bien para el todo. ¿Acaso las contradicciones dolorosas no se funden en una armónica unidad dentro de la obra de la creación?

Frente a los argumentos maliciosos de Voltaire, los sentimientos de Rousseau reivindicán sus fueros, y con vehemencia no exenta de ironía, exclama: "No puedo menos de notar a este respecto una oposición bien singular entre los dos. Harto de gloria y desencantado de las humanas grandezas, vivís libre en el seno de la abundancia; bien seguro de la inmortalidad, meditáis tranquilamente sobre la naturaleza del alma, y si el cuerpo y el corazón sufren, tenéis a Tronchín por médico y amigo; a pesar de esto no encontráis más que mal en la tierra. Yo, hombre obscuro, pobre, y atormentado por una enfermedad sin remedio, medito con placer en mi retiro y encuen-

tro que todo está bien. ¿De dónde viene esta contradicción aparente? Vos mismo lo habéis explicado. Vos gozáis; yo espero, y la esperanza lo embellece todo. No, he sufrido demasiado en esta vida para no esperar en la otra. Todas las sutilezas de la metafísica no me harán dudar de la inmortalidad del alma y de una Providencia bienhechora." Su alma sedienta de infinito, hermana de la de Pascal, el gran poeta de la ansiedad humana, invocaba las razones del corazón para explicarse la trágica ignorancia de su destino.

Esta carta conmovedora tuvo una breve y burlesca respuesta que incendió en ira a Juan Jacobo. El 12 de septiembre del mismo año, Voltaire escribe: "Perdóneme que deje estas disputas filosóficas, que no son más que diversiones. Tengo una sobrina enferma, yo estoy enfermo, y hago de enfermero." A decir verdad, la respuesta fué aplazada, pero llegó a su hora y cumplidamente, con las andanzas de Cándido, las ingenuidades de Cunegunda y las reflexiones optimistas del Doctor Pangloss.

En la imperial ciudad de Francfort, un niño bello, curioso y juguetón, anima con sus travesuras una vieja casona en la calle del Foso de los Ciervos. El consejero aúlico Gaspar Goethe, paternal y meticuloso, se ocupa con severidad de la educación de Johan Wolfgang, bajo la mirada tierna y sonriente de la madre. Cornelia, una mujercita que adora los cuentos maravillosos, recibe las confidencias y participa de las risas e infantiles enfados de su hermano. En el alma naciente del niño, brotan inquietudes espiritua-

les como florecillas tempranas. El Dios que está en contacto íntimo con la naturaleza, que la reconoce y ama como a su propia obra, se le aparecía como el Dios verdadero, sin que pudiera representarse a este Ser con una figura determinada. De aquí que le buscasse en sus obras, y le erigiese un altar al modo del Antiguo Testamento, en donde diversos productos naturales representasen alegóricamente el mundo; sobre ellos ardería una llama que significaba el corazón de los hombres ascendiendo hacia el Creador.

La ingeniosidad del niño dió en una sutil combinación que le permitía satisfacer sus religiosos deseos. Colocó sobre un atril una colección de minerales, y valiéndose de un espejo ustorio, provocó una llama. El primer experimento le llenó de contento; más al repetirlo un leve incendio arruinó su obra, y ante sus crédulos y sorprendidos ojos, surgieron indelebles huellas negras, como si por allí hubiese pasado un espíritu del mal, para advertirle de lo peligroso que era acercarse a Dios por semejantes caminos. Al correr del tiempo, y sin que su precoz curiosidad hubiese tenido parte alguna, llegada a sus sensibles oídos la nueva del terremoto de Lisboa, quedó destruída de un modo violento la serenidad del espíritu de aquel niño; según confesión de los años maduros, entonces comenzó a sospechar de la bondad de Dios.

Cuando el espíritu humano se duerme en un sueño feliz diríase que la naturaleza, inspirada por un demiurgo maligno, se complace en despertarle. De

labios del español Baltasar Gracián, salieron estas palabras, que tienen, a un tiempo, resplandores de verdad y sabor a ceniza: "Madrastra y no madre se mostró con nosotros la Naturaleza, pues lo que nos quita de conocimiento al nacer, nos restituye al morir."

De las entrañas doloridas del hombre brotan imprecaciones o plegarias lanzadas como flechas al infinito. Toca al filósofo poner su alma en tensión heroica, y acallando los anhelos del corazón, no sin penoso esfuerzo, mantenerse en la noble posición bípeda ante el misterio. Hacia la otra orilla de la Estigia vuelan nuestros íntimos deseos y angustiosas preguntas.

2

La Sombra de Robespierre

Sobre la mesa de trabajo, bañada en la luz tenue de una lámpara, testigo silencioso de horas de soledad y de meditación, mis ojos descubren primero y acarician luego, un libro cuya portada reza así: *Robespierre, Discours et Ecrits*. Agotado el mundo de las visitas posibles, todas podía esperar, y aún las más inesperadas, no habían de producirme la sorpresa de la suya. Nada tenía de extraño, y menos de sobrenatural. Su introductor fué un amigo, que en ausencia mía, dejó el libro sobre el frágil yunque donde golpea mi pluma.

¡Bienvenido sea el amigo Robespierre, en esta noche estival, llena de placidez y de melancolía! Al conjuro de su nombre, despejado de la aureola de terror que antaño le acompañara, sentí remozarse el espíritu y la imaginación en su loco cabalgar me transportó a lugares remotos y lejanos días. Halleme a orillas del Sena, río sagrado del occidente, cobijado a la sombra augusta de la Sorbona. Porque en aquellos tiempos de estudiante, en que las más bellas y generosas ilusiones tienen su natural asiento, Robespierre ejercía en mi alma una avasalladora fascinación. Ella era debida en gran parte a las predicaciones de Rousseau, que habían encontrado un eco entusiasta en las profundidades más recónditas de mi espíritu. Mi admiración otorgada con largueza, abarcaba a la vez a Juan Jacobo, el maestro y a su discípulo, ejecutor testamentario y político, que no otra cosa fué el Incorruptible.

Imaginábame por entonces a Rousseau, como el más grande de los profetas que floreciera en Europa, suelo avaro en místicos y visionarios, y su doctrina, la buena nueva, capaz de regenerar al hombre, al reintegrarle a la Naturaleza. Verdades amargas unas, consoladoras las más, salieron de su boca a borbotones, pero los torpes oídos de los mortales permanecieron sordos a sus doctrinas que atesoraban las armonías poéticas de la edad de oro.

Hubo un joven picardo, abogado sin pleitos, de infancia desgraciada y desgraciado también en su co-

mercio con las musas, que devoró las obras del maestro, y se convirtió a sus ideas, con el fanatismo de un cruzado. Admirábale desde lejos; sólo una vez le fué otorgada la dicha de verlo. Alarmado por las lamentaciones del filósofo ginebrino, que solicitaba de sus amigos un lugar de asilo y un pedazo de pan para su vejez, Maximiliano corrió a Ermenonville, y allí, tembloroso de emoción, contempló a su ídolo, en una mañana de fines de marzo de 1778, rodeado de las galas sonrientes y amables de la primavera en tierras de Francia. "Le he visto en sus últimos días—decía Robespierre—y este recuerdo es para mí, la fuente de una dicha orgullosa. He contemplado sus augustas facciones, y en ellas he adivinado la huella de los negros pesares a que lo condenaron las injusticias de los hombres. Desde entonces comprendí todas las penas de una vida noble que se consagra al culto de la verdad, y no me han espantado. La confianza de haber querido el bien de sus semejantes, es toda la recompensa del hombre virtuoso."

Tal recuerdo quedó grabado en su alma, y a él permaneció fiel en las horas de triunfo, como en las horas de adversidad. Juan Jacobo había descubierto cómo los hombres podían ser libres, justos, bondadosos y felices: tocábale a él, obligar a los hombres a ser felices, bondadosos, justos y libres. El paraíso se imponía por la persuasión o por la violencia, el discurso o la guillotina.

Como a todo neófito, no me bastaba elevar a los



altares a mis héroes o semidioses; necesitaba odiar a los contrarios. De aquí mi animadversión a los dantonistas, y en particular a su jefe, avasalladora fuerza natural, siempre presto a la sublimidad o a la bajeza, como el sobrino de Rameau de quien espiritualmente descendiera. Yo admitía de buen grado con Augusto Comte, que Danton había brotado de Diderot, pero me enojaba que Michelet, el gran mago de la Historia, definiera a Robespierre, como el hijo bastardo de Rousseau, concebido en mal día.

El escenario de mi conciencia era de reducidas dimensiones para el desarrollo de las luchas entre sus secuaces, escasos mis conocimientos, flacas mis fuerzas. Cuál no sería mi sorpresa, cuando luego de dilatadas y febriles lecturas, hube de percatarme que las batallas entre dantonistas y robespierrres, sus enconados odios y feroces calumnias, no habían terminado con la muerte de sus autores. La guillotina, con elegante indiferencia e igualitaria ejemplaridad, cercenó las cabezas de unos y otros. Todo fué en vano. Las luchas continuaron a través de los tiempos con análoga saña. Sólo hubo una diferencia, las armas se tornaron en plumas y nutridas falanges de historiadores, continuaron la guerra civil, desde los apacibles retiros de los archivos o de las cátedras. Si algún erudito husmeaba trazas de humanas debilidades en Robespierre, otro cuervo del espíritu y colega en erudición, hundía sus antiparras entre montañas de legajos, y no cejaba hasta lograr una victoriosa refutación.

Y así de esta suerte, sin tregua ni descanso, pelearon con singular denuedo hasta nuestros días, en que los profesores Aulard y Mathiez, se ilustraron con nuevas hazañas.

La historia de semejantes historiadores está por escribir. Dícese que a ella pensó consagrar sus últimos años monsieur de Bergeret.

Nada más grato que evocar la vida de Robespierre. Se ve y escucha al héroe en la intimidad del hogar y de la amistad, todo bondad y sencillez; estudiante aplicado, letrado probo, hermano cariñoso, y en cuanto a su exterior de facciones enérgicas y correctas, ataviado con elegancia, cortés en sus maneras, moderado en sus expresiones y con marcado desprecio por todo lo que huele a plebeyo. El abogadillo de máscara impasible y tímida apariencia, se transforma en la arena política. No es hombre de gestos teatrales ni de discursos grandilocuentes, como Mirabeau o Danton, mas su voluntad, esclava de su doctrina, que tiene por verdadera, arrolla cuantos obstáculos se oponen a su realización; muchos de estos obstáculos fueron cabezas humanas. Su oratoria es de sólida armazón, henchida de pensamientos de Rousseau y de recuerdos de la antigüedad clásica. Predica en el Club de los jacobinos, o en la Convención, y cuando los ciudadanos no se han avenido a sus razones, las leyes y los tribunales se encargarán de hacerlas triunfar.

Tampoco es hombre que guste de las muchedumbres; rara vez se deja ver por el pueblo. Desde la so-

ledad de su despacho, ejerce un poder formidable y oculto; todo lo sabe, todo lo fiscaliza, todo lo manda. Los patriotas y los emigrados del interior, se sienten aprisionados por garras invisibles, y el terror abraza a todos, en una angustiosa hermandad. Los generales cubiertos de gloriosas cicatrices, a su vez tiemblan, pero no ante el enemigo, sino ante la sombra del Incorruptible, que se cierne sobre Francia, como gigantesca ave negra, concebida por el genio sombrío de Alberto Durero. Y luego el tirano, el regicida, el implacable, ajeno al dolor y a la piedad, pasa sus noches de tertulia casera con la familia Duplay, o deambula por los bosques de Meudón y Ermenonville, recreando sus ojos en la contemplación del paisaje risueño del valle del Sena, con la misma naturalidad y sencillez que un burgués pacífico en día de asueto.

El que no tembló nunca, y frente a la muerte misma mantuvo impasible su máscara estoica, tuvo dos temores: el oro y la mujer. Danton con sus intuiciones de relámpago, lo había adivinado: "Diríase que Robespierre tiene miedo al dinero." El Incorruptible, veía en él a su enemigo. Cada moneda lleva en sus duras entrañas un demiurgo misterioso, que da a los mortales la realidad o la ilusión de un goce. De aquí su poder infinito, cuyo influjo intentara en vano aniquilar. Si él era sobrio y austero, muchos de sus compañeros de la Convención y del Gobierno, sonreían a todas las tentaciones de lujo y a las dulzuras de la sensualidad. Todos ellos eran jaco-

binos, tan fanáticos y aún más crueles que el Incorruptible, de quien no se hallaban separados por ideas, sino por la línea infranqueable de la virtud, trazada por la mano orgullosa de Robespierre, desde el inaccesible refugio de su voluntad y cívica pobreza.

El otro enemigo, más temible quizá, era la mujer. En su temor, como en otras cosas, Robespierre coincidió con los padres de la iglesia. Adivinaba en ella, el peligro, y procuró esquivarlo, pues de continuo resonaban en sus oídos estas palabras del *Eclesiastés*: "los brazos de la mujer son peligrosos, como las redes de los cazadores." Por eso permaneció indiferente a las manifestaciones entusiastas e inflamadas declaraciones de numerosas ciudadanas exaltadas, que soñaban en unir sus vidas llenas de pasión, a la existencia fría y reservada del tirano. Sólo se mostró sensible a los honestos encantos de la dulce Eleonor Duplay, la hija de su hostelero y amigo, con quien paseaba por el campo y leía la *Nueva Eloísa*.

Venus, para vengarse de sus desdenes tomó forma, en una ardiente y ambiciosa española, cuya belleza pródiga, precipitó su caída. Teresa Cabarrus, amenazada de muerte, desde el fondo de su calabozo, en donde conociera a Josefina Beauharnais, la futura emperatriz, escribió a Tallien, su amante, que vacilaba: *Pourquoi tant d'hésitation? Un tyran, est-il donc bien difficile à frapper?* Tallien se decidió, y de acuerdo con los corrompidos, preparó la jornada de Thermidor. La pesadilla del Terror había ter-

minado, dejando paso a una explosión frenética, de alegría de vivir.

El oro y Venus se vengaron de Robespierre.

La iglesia jacobina tuvo sus mártires y sus fieles. Después de la caída de Robespierre, muchos de ellos, fuese por temor o desilusión, buscaron rincones ignorados en donde terminar sus días, despreciando a su época y sin hacer apostasía de sus inquebrantables convicciones. Allá a fines del primer tercio del siglo XIX, en la memoria de un niño que vivía en Treguier, quedóse grabado el recuerdo de un extraño personaje, que intrigaba la curiosidad del pueblo. Era un viejo cuya vida, ideas y costumbres, formaban singular contraste con las de sus vecinos. Envuelto en un gabán raído, hacía sus compras en el mercado. No hablaba con nadie, pues escarmentado de discusiones anteriores, que estuvieron a punto de terminar de modo violento, se abstenía de todo trato social. Por las tardes se paseaba por los sitios retirados, y los que se cruzaban en su camino, observaban en sus ojos una mirada llena de dulzura. Tenía una buena biblioteca, y no iba nunca a la iglesia. Le llamaban el "tío Sistema."

Una mañana apareció muerto en su pobre habitación, rodeado de libros. No logró hallarse ningún papel que lograrse desentrañar el misterio de su persona. En un rincón, cuidadosamente envuelto se encontró un ramo de flores marchitas, atadas con una cinta tricolor. ¿Un recuerdo amoroso?

Años más tarde, cuando al niño de Treguier, ya

hombre, le sonreía la gloria, leyó una noticia sin importancia que decía así: "Ayer, en una apartada calle, en el fondo del arrabal Saint-Jacques, se extinguió, casi sin agonía, un viejo cuya existencia intrigaba mucho a la vecindad. Era respetado en el barrio como un modelo de bondad, pero evitaba todo aquello que pudiese descubrir su pasado. Se hallaron sobre la mesa algunos libros, entre ellos el catecismo de Volney y volúmenes sueltos de Rousseau. Un baúl constituía toda su fortuna. Abierto por el comisario de policía, sólo se encontraron unas pobres rosas, y un ramo marchito envuelto con cuidado en un papel, en donde se leía: Ramo que llevé a la fiesta del Ser Supremo el 20 Predial del año II". Ernesto Renan, recordó al viejecito de Treguier. No había duda; aquel ramo de flores marchitas era un recuerdo de amor, pero de amor puro, sin traiciones, sin deseos y sin tristezas, todo razón y virtud; y como su hermano espiritual, el solitario del arrabal de Saint-Jacques, debió ostentarlo con orgullo, en la fiesta consagrada a la Divinidad, en el altar de la Naturaleza. Allí unidos los dos por una misma emoción religiosa y civil escucharían al Incorruptible: "Al fin llegó este día tan deseado, que el pueblo francés consagra al Ser Supremo. El es quien hace palpitir las entrañas maternas de ternura y de alegría..."

Pecaríamos de ingratitud, si al hablar de Robespierre, no rindiésemos el tributo debido a estos dos misteriosos desconocidos jacobinos, que perdurarán en el recuerdo de los hombres porque sus borrosas y

vacilantes huellas, fueron soleadas por el espíritu luminoso del maestro.

¿Sintió Robespierre esa atracción histórica de lo venidero, ante la cual, la felicidad del momento y los latidos piadosos del corazón resultan despreciables? De las entrañas doloridas de su obra, Zaratus-tra vería surgir saetas de anhelo, lanzadas a la otra orilla.

3

Las Desilusiones de Ernesto Renán

La vida de Ernesto Renán, rica en inquietudes espirituales, luchas de conciencias e ideales generosos, no lo es menos en desilusiones y amarguras. Vió sus sueños desvanecidos, sus creencias arruinadas, sus profecías incumplidas. Diríase que un demiurgo irónico dió en seguir las huellas de sus vacilantes pasos para enterrar una y otra vez a los dioses que florecieron en su corazón: Cristo en la infancia, la Ciencia y la Democracia en la juventud. Y luego que su inteligencia hubo de madurar en el estudio y en la meditación, percibió que su alma era un altar vacío que añoraba con melancolía la presencia de un Dios. Su razón le buscó con ardor en la filosofía y en la historia; sus sentimientos le invocaron con voces de plegaria en las profundidades íntimas de su ser. ¡Todo fué en vano! Lo absoluto se resistió o sus investigaciones de sabio, y permaneció indiferente a

sus súplicas de creyente, dejándole sumido en la incertidumbre. Desde entoces su divinidad fué la duda; a ella tributó su culto, inteligente, comprensivo, lleno de simpatía y de piedad para las verdades fugitivas y los perennes errores de los hombres.

Cuando la fe le abandona, Renán, no sin honda tristeza, revestido aún de sotana, sale para siempre de San Sulpicio sediento de ideal y con la perspectiva de la pobreza. Tenía diez y ocho años; era en noviembre de 1845. El drama interior que precedió a tan grave determinación, aunque desarrollado en la intimidad de su conciencia, no nos es desconocido.

Las confidencias epistolares a su hermana Enriqueta, nos permiten revivir las horas de angustia, sus oscilaciones dolorosas para emanciparse intelectualmente, rompiendo con la Iglesia sin odio ni rencor, más bien con sincero pesar. Sus propósitos no sufren cambio alguno, sino que se afirman aún con mayor vigor en su conciencia libre. Ha de vivir consagrado santamente a la verdad y practicando la justicia. ¿Para qué buscar la revelación en otro libro que no sea el de la Naturaleza y en el de la Historia? Un azar favorable hízole trabar conocimiento con otro joven como él, preocupado de las cosas eternas. Una semejanza de aspiraciones todas nobles les unió en un inteligente y cordial afecto, que la diversidad de opiniones no logró entibiar, ni la muerte destruir, ya que el recuerdo de Renán fué el compañero más dulce y fiel de la vejez de Berthelot. "Nuestras concepciones—afirma el gran químico—eran bastante

diferentes. Si los dos estábamos por igual dedicados a la ciencia y al pensamiento libre, Renán por su origen bretón y su educación clerical y contemplativa, se volvía hacia el pasado, gustaba menos de la democracia, de la Revolución Francesa y, sobre todo, de la transformación a la vez racial, industrial y socialista de la edad moderna.”

No obstante, la influencia intelectual de Berthelot parece decisiva durante los primeros años. *L'avenir de la science* que Renán escribiera de 1848 a 1849 lo demuestra de modo concluyente. En esta obra de juventud depositó Renán toda la riqueza de su vida interior y las más generosas y entusiastas de sus ilusiones. Heredero de los enciclopedistas, proclama la fe absoluta en la razón y en sus gloriosos destinos. La honda transformación espiritual que la sociedad reclama sólo puede venir de la ciencia, como sólo a la ciencia es dado resolver la cuestión social, que no lo es de goces y de bienestar sino de perfección y de justicia. ¿No significa la Revolución Francesa el primer ensayo de la humanidad para dirigirse por sí misma? Tanta y tan grande admiración le merece, que no vacila en calificar de irracional la historia que la precediera. En la síntesis suprema de la cultura se armonizan la ciencia y la democracia, haciendo que el pueblo participe de la vida del espíritu. A esta socialización de la filosofía, de la belleza y de la moral debe corresponder una universalización del trabajo manual. ¿No pulía lentes Spinoza? Por su parte Renán se halla dispuesto a “renunciar el título de pro-

fesor auxiliar de filosofía por un oficio manual que le ocupe cinco horas y le produzca lo suficiente para vivir". La fe en la democracia tuvo en el alma de Renán una vida tan efímera como la Revolución del 48 en la historia de Francia. Su confesión es terminante: "la reacción de 1851, y el golpe de estado, me inspiraron un pesimismo del que todavía no me he curado".

Los mismos luctuosos sucesos que quebrantaron las creencias democráticas de Renán, afirmaron las convicciones republicanas y socialistas de Victor Hugo. Lo que al filósofo inspirara pesimismo produjo en el poeta tal indignación, que desde su destierro francés—se llevó la patria en la suela de sus zapatos—empuñó la pluma acusadora para narrar la *Historia de un Crimen* y dibujar con encarnizada saña la silueta de Napoleón "el Pequeño".

Al pasar, y como de soslayo, hemos indicado esa trinidad de las decepciones que sufrió Renán: catolicismo, ciencia, democracia. Aún había de experimentar otra desilusión y de las más dolorosas. Nos referimos a su fe en Alemania, a su admiración por Alemania, a su amor a Alemania. Cuando Renán abandona el seminario de San Sulpicio, encuentra en los consejos de su hermana y en la amistad de Berthelot un dulce consuelo a sus pesares. En medio de la crisis religiosa que derrumbara el edificio de sus primeras creencias, tiene horas llenas de esperanza. "Dios a fin de sostenerme—cuenta Renán—me había reservado para entonces un acontecimiento in-

(5777)

D.

3.00

1.75 enc.

telectual". ¿Qué acontecimiento es éste que sostuvo sus vacilantes fuerzas en aquel doloroso trance de su vida? Renán satisface nuestra curiosidad. Oigamos sus palabras: "He estudiado a Alemania—exclama—y he creído entrar en un templo. Todo lo que allí he encontrado es puro, elevado, moral, bello y conmovedor. Es un tesoro; es la continuación de Jesucristo. ¡Cómo son dulces y fuertes! Yo creo que el Cristo nos vendrá de allí". En vano había advertido Heine de los peligros que entrañaba para Francia esa creencia en Alemania como un pueblo únicamente de poetas, músicos y filósofos. Renán prosigue: "Sí, esta Alemania encanta; menos la parte científica, que su espíritu ético. La moral de Kant es bien superior a su lógica o filosofía intelectual, y nosotros, franceses, no hemos dicho una palabra. Francia me parece cada vez más un país abocado a la nulidad, para la gran obra de la renovación de la vida de la humanidad."

Tal era la idea que se había forjado de Alemania. De aquí su dolorosa sorpresa al estallar la guerra de 1870. Los rumores que precedieron a la catástrofe que había de destruir una de sus ilusiones más queridas, llegaron a él cuando se hallaba de excursión hacia Spitzberg, en compañía del príncipe Napoleón. Renán, apóstol de la fraternidad franco-alemana, se resiste a aceptar la mala nueva, tan absurda le parece; y en este sentido escribe a Berthelot. Mas su confirmación no se hace esperar. Renán regresa a París, lleno de preocupaciones y temores.

En testigo de calidad intelectual, nos describe la tribulación de su ánimo en aquellos días de duelo para el patriotismo francés. "El 12 de agosto—cuenta Jorge Brandés—me encontré a Renán en la calle y estrechó mi mano entre las suyas; nunca le ví más emocionado. Me cogió del brazo y durante una hora nos estuvimos paseando. Estaba desesperado; sólo esta palabra puede pintar su estado de alma. "Jamás—me dijo—un pueblo desgraciado ha estado gobernado por imbéciles semejantes. ¿Es que se ha visto alguna vez locura parecida? ¡Qué retraso para el espíritu de Europa! Cien años no bastarán para reconstruir lo que esas gentes han destruido en un solo día". "Cuando me despedí de él—añade Brandés—Renán lloraba; desde aquel día no le he vuelto a ver."

La guerra fué un golpe brutal que le hirió en pleno corazón y pensamiento. Renán lo confiesa con sincera amargura. Alemania había sido su maestra, y tenía conciencia de serle deudor de lo mejor que existía en él. Esto explica sus sufrimientos al contemplar a la nación que le había enseñado el idealismo mofarse de todo lo ideal, al advertir que la patria de Kant, de Fichte, de Herder y de Goethe, se encerraba en un patriotismo egoísta y exclusivo, y que el pueblo que había presentado a sus compatriotas como el más moral y culto se conducía como banda de soldados de la época de Wallenstein. No obstante, a veces parece que pretende alejar sus iras patrióticas de todo espíritu de venganza. Goncourt nos refiere una escena interesante: "Berthelot continuaba

sus revelaciones desconsoladoras, al terminar las cuales exclamé yo: Entonces todo ha terminado; sólo nos queda educar una generación para la venganza. No, no, grita Renán, puesto en pie y con el rostro enrojecido; nada de venganza. Perezca la Francia, perezca la patria; por encima de todo existe el deber y la razón”.

Invocando el Deber y la Razón, Renán se dirige a Strauss con gran alteza y dignidad, dando consejos de prudencia y moderación a los vencedores y recordándoles, que la unidad alemana no debe hacerse a expensas de Francia, sino con el asentimiento de ésta. Sus razones, impregnadas de humanidad y de justicia, que no lograron convencer a Strauss, menos podían convencer a Bismarck. Cuando Renán escribe su segunda carta al autor de la *Vida de Jesús*, la unidad alemana se ha hecho a costa de Francia.

Una vez consumado el hecho, Renán reniega de sus teorías alemanas, del método histórico y del derecho tradicional monárquico; para protestar de los abusos de la fuerza ante la soberanía del derecho, se ve forzado a volver a las ideas francesas, a esos principios abstractos de la Revolución de que tanto se había burlado.

“Yo había hecho como el sueño de mi vida—habla Renán—en trabajar en la débil medida de mis fuerzas por la alianza intelectual, moral y política de Alemania y Francia, alianza que atraería a Inglaterra, constituyendo una fuerza capaz de gobernar al mundo, es decir, de dirigirle por la vía de la civi-

lización liberal, a igual distancia de las impacencias ingenuamente ciegas de la democracia y de las veleidades de retroceder a un pasado que no podría vivir. Mi quimera, lo confieso, ha sido destruida para siempre.”

Tales fueron las desilusiones espirituales de Ernesto Renán. Mas su vida no fué trágica. Un escepticismo consolador mitigó sus sufrimientos y aquietó sus impacencias frente al enigma del Universo y a la ignorancia del destino humano. Al final de sus gloriosos días, olvidando la seriedad religiosa con que había aceptado el mundo, se divertía viviendo todas las vidas por un arbitrario esfuerzo de su imaginación; sus ojos, envejecidos en la lectura de los libros sagrados de la humanidad, miraban la existencia como una “comedia”, juego extraño y desconcertante de un gran artista inconciente.

II

Diálogos

El Secreto de un Sabio

Aquella tarde al salir de la Universidad, donde de buena fe habíamos exprimido nuestra sabiduría como si fuese un fruto jugoso y dulce, mi bondadoso colega, docto profesor en elevadas disciplinas que modestamente abarcan la Creación entera, me hizo el honor de su compañía. Sus nobles preocupaciones, eran de tejas arriba; los cuerpos celestes le interesaban más que los terrestres, error en que perseveraba desde sus años mozos. Yo intenté, aunque en vano, probarle que si la marcha de un astro es majestuosa y atractiva en la inmensidad de los espacios, no lo es menos la de una mujer joven y bonita paseando por nuestras calles; y que en cuanto a misterio, el de los habitantes de Marte, nada es comparado con el de el más ingenuo corazón femenino.

Nuestro astrónomo habituado a mirar hacia lo alto donde había aprendido lecciones de filosófica serenidad, de vez en cuando se dignaba descender la vista para contemplar a sus vecinos planetarios como si fuesen hormigas. Tan ajeno se hallaba a sus afanes y pasiones, que la imparcialidad de sus juicios y agudeza de lo observado, eran un regalo para cualquier espíritu sensible a los delicados y su-

tiles placeres de la inteligencia, en sus destellos de amable rebeldía. Si en sus estudios del firmamento era todo razón, orden y ley de manera inexorable, pues encerraba el universo viviente y desbordado en severas fórmulas matemáticas, al posarse en el barro que pisamos y nos salpica, se permitía lanzar paradojas un tanto en oposición con la gravedad de su figura.

—“Desengáñese colega—dijo cogiéndome del brazo, mientras con paso reposado caminábamos sin rumbo—. La historia del espíritu humano y de sus progresos fué escrita por gentes bien intencionadas; pero excesivamente miopes. Apenas señalan los hechos o descubrimientos de más escandalosa publicidad; pero se olvidan de aquéllos que por humildes y silenciosos se quedaron en una vaga penumbra, como avergonzados de las consecuencias que encierran, de las hondas transformaciones que imprimen en las almas y en los cuerpos de los hombres. Por hallarse alejados de las crudezas del sol de mediodía, son casi invisibles. ¿Se inventarán algún día gafas especiales para los historiadores? Si así fuese, seríamos testigos de innumerables y desconcertantes sorpresas.”

Yo asentí temeroso de interrumpir su filosófica divagación. Al observar la curiosidad con que le escuchaba, continuó con palabra suave y persuasiva.

—“En nuestra civilización occidental hemos escogido un acontecimiento resonante a partir del cual comenzamos a contar los años: la era cristiana, es decir, un suceso legendario y por ello impreciso.

Sapientes varones de la Iglesia han demostrado hasta la saciedad, que dentro de la más estricta ortodoxia la fecha de la "incarnatio domine", se debe a un error de Dionisio el Exiguo. Pero dejemos de lado esta laguna cronológica. ¿La era cristiana marca una revolución profunda, íntima y total de nuestra vida? ¿Acaso el mundo antiguo, el pagano, era tan diferente del nuestro?"

Permanecí callado, y tomando ánimos de mi silencio, dijo: "En la antigüedad existía la guerra, la esclavitud, la poligamia y la miseria. No obstante, de sus entrañas doloridas brotaron voces con tierno acento humano y de una elevación en el pensar que desconoció la cristiandad; Marco Aurelio desde la cumbre del poder imperial romano, dió al mundo entero enseñanzas que nadie ha superado. ¿Dónde se vió a un soberano de tan piadosa y fraternal solicitud hacia sus semejantes?"

Ante sus preguntas nada hube de responder; tan razonables me parecían. Luego de una pausa interpretando mi curiosidad, siguió con voz más firme: "El cristianismo no ahuyentó la angustia humana, sino que la cultivó con extraño gozo en sus dogmas terribles. La esclavitud existe en nuestros días, si bien con distintos disfraces legales. La pobreza continúa siendo la más fiel aliada de las muchedumbres que trabajan. Durante su dominio, las guerras fueron más sangrientas; y los sacerdotes de los distintos cultos del viejo olivo cristiano, sancionaron con sus bendiciones las luchas entre hermanos. Añadamos tam-

bién las persecuciones religiosas que desconoció la antigüedad. La poligamia—es cuestión de dineros—vive arraigada en nuestra sociedad. ¿Acaso fueron más puras las costumbres y dulce el trato?”

—“¿Y el Circo romano?”—me atreví a insinuar.

—“Es verdad; era un espectáculo bárbaro; pero no fué suprimido por el Sermón de la Montaña. ¿No recuerda los autos de fe, donde no había más fieras que los hombres? El Circo habría desaparecido por la intervención de las sociedades protectoras de animales, atentas a la defensa de los tigres y de los leones. . .”

Al azar pasamos delante de una farmacia. Mi colega se detuvo ante el escaparate, que ofrecía cuidadosamente colocados, frascos y envases con misteriosas drogas. Yo sentí un ligero temblor.

—“Ahí tiene usted qué injusticia—me dijo con tono casi confidencial—. Nadie se acuerda de Valentin Rose, uno de los bienhechores de la humanidad.”

Al oír este nombre, me quedé confuso, avergonzado. Hice un esfuerzo, pero mi memoria falló.

—“Perdone, maestro”—. Tímidamente confesé mi ignorancia.

—“Le repito que ahí tiene usted un ejemplo de ingratitud. Valentin Rose fué un boticario alemán que inventó el bicarbonato en 1801. ¿Se da usted cuenta del alcance del descubrimiento? Antes de esta invención genial, los hombres, glotones de suyo y sensibles a las enfermedades del estómago, pagaban en mal humor, despotismo y grosería las dificultades

de la digestión. Suprima el bicarbonato y verá en qué forma aterradora aumenta la mala educación, las maneras autoritarias y se extiende la tiranía. Sus efectos serían terribles, sobre todo en los cuerpos de jerarquía y disciplina. Si le duele el estómago al general, se preocupa el coronel, frunce las cejas el mayor, se azora el sargento y tiembla el soldado. Sus efectos no son menos beneficiosos para calmar los desvaríos de la pasión. ¿Cree usted que si Otello el noble moro de Venecia, víctima de una afección estomacal, como se desprende de la acritud de su carácter, hubiera tomado una cucharadita de este precioso polvo blanco, habría estrangulado a la tierna y fiel Desdémona por celos?"

—“¿Entonces?”—interrogué con curiosidad.

—“Se lo diré en voz baja como se revela un secreto. El bicarbonato ha contribuído más que el Evangelio, a que la bondad, la mansedumbre y la dulzura reinen entre los hombres.”

Cerró la noche. Seguimos caminando en silencio. Luego alzó la vista al cielo como buscando un refugio. Un apretón de manos fué la señal de despedida.

2

De los Inconvenientes de la Inocencia

“¿No es esto una inmoralidad?”—Mi amigo de principios severos, y bien avenido con lo existente,

que a la jineta sobre la moral al uso, atraviesa la vida con bovina seguridad, me dirigió la pregunta y, a la vez, me puso en camino para contestarle. Nos hallábamos en el cine, durante el entreacto. Una indicación suya me hizo saber la causa de su indignada protesta: en nuestra misma fila, a la izquierda, un señor de edad ya razonable, oprimía la mano de una jovencita encantadora, quien gentilmente le correspondía con maliciosas miradas.

—“Si fuese usted observador—repliqué con indulgencia—habría notado que algo parecido ocurre a la derecha.” Mi amigo volvió la cabeza para contemplar con ceño adusto, a una señora un tanto otoñal, que con prudente disimulo apretaba la mano de su galán, simpático jovenzuelo, mientras sus ojos traicionaban sus anhelos de carne madura. La repentina obscuridad interrumpió nuestro diálogo.

A la salida, nos dirigimos hacia un parque vecino. En la lejanía, las montañas se perfilaban altivas y majestuosas. El sol poniente las acariciaba con regalos de la luz. Las sombras avanzaban, cautelosas, luchando con los últimos resplandores en juegos de coloridos fantásticos y delicados matices. Era el instante, henchido de aliento eterno, en que la ciudad se esfuma de nuestro recuerdo. Diríase que sus ruidos se apagan, cesa su fiebre, sus pasiones se aquietan. Y al saludar en el horizonte la primera estrella, sentimos una emoción indefinible, un extraño y misterioso temblor, que nos advierte de la ignorancia de nuestro destino y lo menguado de nuestra condición.

Mientras me abandonaba dulcemente a los placeres de la melancolía, graznó un pájaro negro en árbol cercano, y mi amigo, con la tozudez del moralista, colaborando con el siniestro pajarraco, turbó mi monólogo interior.

—“Me parece que en usted se han secado las fuentes de la indignación—exclamó volviendo sobre su tema—. Los espectáculos de que ahora fuimos testigos en el cine, y que por desgracia se ven con frecuencia, son signos de estos tiempos de perversidad. Sin embargo, usted permaneció silencioso... Nada más repugnante que un viejo persiguiendo a una mozueta, o una mujer entrada en años a la caza de un adolescente”. —“¿Entonces usted tiene sólo por lícitos los amores entre jóvenes?”—“Claro está”.—“¡Qué error, mi buen amigo! Si así fuese, cuántos afanes, pesares y desilusiones. Hasta es posible que la misma vida, esa bendición de Dios, como usted afirma, llegase a extinguirse, privando así al Creador de los fieles y mercedidos homenajes de las criaturas”.

Luego de sentarnos en un banco, las sombras nos envolvieron y con palabras pausadas y tono afable, a mi amigo le hablé de esta manera: “Allá en las bellas y sonrientes tierras de Mitilene, bañadas por el mar azul, en remota pero incierta época florecieron dos hermosos adolescentes llamados Dafnis y Cloe. Su historia, tan llena de deleites como enseñanzas, pues de ella se desprenden los males a que nos empuja la inocencia, fué escrita por desconocido autor. Quien la atribuye a un diageta de los felices tiempos

del emperador Adriano, quién a Longo, sin que falte malicioso y sutil helenista que la tenga por obra de los castos desvelos de un monje bizantino, en los bárbaros días del reinado de Teodosio”.

“Si la paternidad es dudosa, su descendencia cubierta de gloria ha llegado a nosotros con eterna juventud y lozanía. Ello fué, que el hermoso Dafnis y la bella Cloe, cabrero el uno y pastora la otra, por gentiles se hallaban ignorantes del pecado, y libres del aguijón cristiano del arrepentimiento. Apacentaban juntos sus rebaños, y a fuerza de hablarse y de verse, ya cubiertos por túnicas ligeras, ya desnudos en grutas y hontanares mientras se bañaban, cayeron suavemente en los dulces cepos del amor. La tierna Cloe, en un bosque consagrado a las Ninfas, lanzaba sus infantiles cuitas: “Estoy enferma y desconozco mi mal; padezco y no veo la herida; me lamento, y no perdí ningún corderillo; me abraso y estoy sentada a la sombra”. De igual suerte se acongojaba su ingenuo amante.

“Entonces Filetas, el viejo cantor de las deidades campestres, compadecido de las dulces torturas de los inocentes jóvenes, les dió este sabio consejo: “No hay remedio para el amor, ni filtro, ni ensalmo, ni manjar, ni hechizo; no hay más que besos y abrazos y yacer juntos desnudos”. Así lo hicieron los enamorados, pero sin encontrar término a sus anhelos, ni goce a sus misteriosas desazones. Y la inocente pareja pensaba para sus adentros: “Nos hemos besado y de nada aprovechamos; nos hemos abrazado y tampoco

hemos sentido alivio... Algo debe de haber más fuerte que el beso y el abrazo". Hacían cuanto imaginaban, y siempre sufrían, pues perseguían ese algo más, sin dar con él. Llegada la primavera, en la época del celo, contemplaban con curiosidad los extraños juegos a que se entregaban los moruecos con las ovejas y las cabras con los machos.

"Lycinia, una mujer ya en flor, que por conocer los castos placeres del tálamo nupcial, ambicionaba otros más libertinos, al escuchar las dolencias de la enamorada pareja, se compadeció, y tuvo a bien hacerla señalado favor, sin perjuicio de su íntimo y personal regodeo. Luego de emplear ingeniosa treta para quedarse a solas con Dafnis, y una vez que le tuvo a su vera le dijo: "¡Oh, Dafnis! Anoche me revelaron las Ninfas que amas a Cloe y me dieron consejo de que te salvase, enseñándote las obras de amor, que no estriban sólo en el beso y en el abrazo, y en remedar a los carneros, sino en brincos y retozos más dulces, y cuyo releite dura más". El mancebo, como aprendiz sumiso, hizo cuanto ella le pidió, y al fin halló goce y contentamiento en el amor. Una vez instruído en tan gratas disciplinas, gracias a una mujer de más edad que él y mayor sabiduría en placer, le fué fácil trocar los males de Cloe en sabrosos bienes y el himeneo unió para siempre al hermoso cabrero y a la bella pastora, que resultaron hijos de familias muy principales".

No olvidemos las enseñanzas de este tierno y delicioso idilio de Dafnis y Cloe. Nuestros sentimien-

tos piadosos y hasta nuestros deberes, señor moralista y amigo, nos invitan a ahorrar los sufrimientos de los jóvenes enamorados que viven en estado de inocencia. Seamos, pues, indulgentes y comprensivos; cuando veamos a un viejo persiguiendo a una mozoela, o a una mujer ya entrada en años a la caza de un adolescente, en vez de indignarnos, sonriamos con benevolencia. Gracias a ellos, se perpetúa con suavidad y dulzura el misterio del amor.

3

Una Taza de Café

Nuestra conversación, por referirse a sucesos lejanos y personas queridas, había creado una atmósfera de intimidad, que respirábamos muy a gusto. Al caer la tarde, luego de pasear en un jardín apacible, olvidado en un rincón de la ciudad, me despedí, explicando el motivo. Mi amigo no pudo ocultar su extrañeza.

—“¿Pero es posible que usted pierda su tiempo, y se intoxique por deliberada voluntad?”—Así dijo al escuchar que me dirigía al café.

—“Me parece injusto—hube de responderle con indulgencia—. Ese horror al café, como bebida y lugar de reunión y esparcimiento, no se halla muy en armonía con sus convicciones revolucionarias”.

—“¿Por qué?”

—“Ante todo, permítame le afirme, que su hos-

tilidad revela ingratitud hacia uno de nuestros más fieles aliados. Una taza de esa exquisita infusión aromática y negra, es un poderoso estímulo cerebral; un acicate a la rebeldía de la inteligencia, cosa siempre digna de encomio, dada la natural pereza del hombre y su instinto relaño. ¿Y quién sino el pensamiento, es enemigo de la ignorancia y la tiranía? Si yo fuese dictador, una de mis primeras medidas sería suprimir el café, por peligroso para la tranquilidad pública y la paz social de los que mandan”.

Sin dejar que me interrumpiese, proseguí. —“Además aclara las ideas, de ordinario turbias y confusas. Y si las estadísticas descansasen sobre bases sólidas, quedaría evidenciado, que desde que se generalizó el uso del café, arraigaron los principios democráticos, y se debilitaron las creencias religiosas. Tome dos tazas, y dígame qué respuesta ha de dar, a quien pretenda demostrar que tres es uno, o que la esclavitud es un deber de los pueblos”.

—“En ciertos países donde se toma café...” —insinuó.

—“Esperaba su argumento, y en respuesta a él he de recordar, que Alemania se halla tan escasa de dineros y sobrada de químicos, que lo que se consume es un *ersatz*; es decir, un substitutivo, que por sus propiedades inofensivas no ofrece el menor riesgo de que los teutones, reanudando una gloriosa tradición, se apresten a pensar. En cuanto a Italia, sucede lo mismo”.

Mi amigo hizo un gesto de incredulidad.

—“Mas este sabroso veneno, al decir de severos higienistas, también posee sus antídotos. Por si esas mixtificaciones contuviesen algunas fracciones infinitesimales de cafeína, los desfiles militares a todas horas, las manifestaciones de entusiasmo patriótico, los himnos bélicos, y hasta la ostentación de camisas de determinado color, producen efectos adormecedores para la inteligencia”.

Una sonrisa de aprobación, fué su comentario.

—“Se me olvidaba otra de sus calidades estimables. El café ahuyenta el sueño. ¿Se imagina usted lo peligroso que es un hombre desvelado? En el silencio de la noche, el insomnio aviva el seso, y la conciencia somete a crítica despiadada, los absurdos caprichos de los dioses y de la criatura humana. Nada hay que escape a su examen demoledor. Es entonces cuando se destacan con sombríos contornos las injusticias, traiciones, dolores y miserias, que tejen nuestra vida. El sentimiento que inspira su contemplación, no es de amor, sino de odio y amargura. ¿No cree usted probable, que los gestos más audaces de rebeldía, broten de las cabezas de los desvelados?”

Mientras, con andar pausado, entramos en el corazón de la ciudad. El escándalo de las luces, el ruido de los automóviles, y el apresurar de los transeuntes, no era lugar propicio a las confidencias. Por ello hube de levantar la voz.

—“Cosa extraña—añadí—. La vulgarización de este maravilloso producto oriental, transformado en elemento revolucionario en tierras de Europa, se

debe a un monarca absoluto. A Luis XIV le agradó la misteriosa bebida que le ofreció Soliman-Aga, Embajador de la Sublime Puerta. Los cortesanos, mariscales y dignatarios de la iglesia del Rey Sol comenzaron a tomarla para adular a su natural Señor. Pero ignoramos por qué causas, en la mayoría de estos elevados personajes, no produjo el menor efecto en lo que a la agudeza del intelecto se refiere. Fue muy distinto lo sucedido, cuando los burgueses ilustrados y el pueblo, se familiarizaron con ella. Alrededor de las tazas de café se reunían las gentes en establecimientos públicos en las capitales europeas, para comentar sin freno en la lengua las inmoralidades de la Corte, los abusos de los ministros, la miseria de los obreros y campesinos y las persecuciones a los filósofos. Aún hoy, en París se conservan algunos cafés que han pesado en los destinos del mundo. En el de *La Regence*, cercano al *Palais-Royal*, Voltaire, Diderot, Rousseau y otros espíritus esclarecidos, gustaban de platicar de todo lo divino y humano. Años más tarde, en el mismo sitio, un abogado sin pleitos, de porte aristocrático y expresión huraña, meditaba sobre el *Contrato Social*: era Maximiliano Robespierre. No lejos de él, un joven oficial de artillería, de uniforme raído, negra cabellera y perfil de César, se ensayaba jugando al ajedrez, en el arte de ganar batallas y dar jaque a los reyes: era Napoleón. Y a unos cuantos pasos de allí, en el *Café de Foy*, en un día del mes de julio de 1789, otro joven fogoso de melancólica belleza, de pie en una mesa, lanza el pisto-

letazo que anuncia el asalto a la Bastilla: Camilo Desmoulins.”

En esto habíamos llegado al Café. Una vez acomodados, con cierta timidez pedí una taza.

—“¡No! ¡Traiga dos!”—dijo mi amigo.

Yo le felicité con la mirada.

4

El Vendedor de Ilusiones

Aquella tarde, al doblar la esquina, me encontré una librería de viejo, y no pude resistir al deseo de entrar en ella. Confesaré algunas de mis debilidades, pero no todas, pues sería vanidad. Los libros usados, encierran para mí en sus fatigadas páginas, poderosos encantos llenos de intimidad y delicadeza, que es posible saborear, gracias a la ayuda benévola de la imaginación. Pues a semejanza de las personas, tiene su adverso o próspero destino, y al final, humildemente se inclinan ante él, con gesto de gratitud o resignación. ¿Por qué manos pasaron? ¿De cuántas confidencias fueron testigos? ¿Regalaron alegrías o prodigaron tristezas en un desconocido vagar?

Ello fué que mi atención se concentró en un anaquele, y pausadamente comencé mis pesquisas, en espera de alguna sorpresa. Mientras acariciaba una primorosa edición del Criticón, de Baltasar Gracián, del siglo XVIII, llegaron a mis oídos algunas frases que aguzaron mi curiosidad. Volví la vista. El dueño sen-

tado detrás del mostrador, conversaba con un amigo, anciano como él, y también de expresión inteligente, bondadosa y simpática.

—“Le aseguro, Don Julián—continuó el librero—que este sitio en que usted me ve, es un excelente observatorio. Mis ojos no se abisman en la contemplación de los cuerpos celestes, pero examinan, no sin cierta malicia, los terrestres de mis clientes, que aunque dotados de razón, son más caprichosos, absurdos y fantásticos que las estrellas. El comprador, al pedir un libro, en cierto modo se confiesa; va en busca de lo que no es y quisiera ser, o de lo que es y desearía no serlo. Rara vez acude al libro para justificar su verdadera vida, la que vive en silencio y oculta a los demás. Y no lo censuro, pues el hallarse contento de sí mismo, es signo de animalidad, más que de humana condición”.

—“Es cierto—dijo Don Julián—. De este divorcio y de esta disconformidad, aún me atrevería a decir rebelión contra la vida, ha nacido la literatura, el arte, la poesía y el pensamiento filosófico. Si admitimos la leyenda bíblica de la Creación, con todo respeto debemos rectificar a Jehová. Su obra no acabó a las seis días; y si descansó el séptimo, fué por su tendencia natural a la pereza. Al terminar su esfuerzo el demiurgo judío, comenzó el impulso creador del hombre, abandonado a sus propios recursos. Son sus plegarias y sus blasfemias, sus exclamaciones de alegría y sus gritos de dolor los que le engrandecen.

Sin la voz humana el Universo estaría mudo. ¿Concibe Ud algo más trágico y desolador?”

—“Sobre el mundo de la naturaleza, los descendientes de ese mitológico Adán o del problemático chimpancé han creado otro: el de la ficción, de la fantasía, y lo poblaron con sus criaturas. ¿Qué es la literatura y el arte sino la Humanidad creada por el hombre, una rectificación a la obra de los dioses? Pues éstos por cortos de entendederas, o vanidad, nos hicieron a su imagen y semejanza; y no parece que tengamos mucho que agradecerles...”

—“Yo—exclamó Don Antonio—me siento orgulloso de este mi oficio de librero; modesto, pero noble. La Naturaleza no me dotó de genio para crear esos seres de ficción que viven en las novelas y en la poesía y tienen alientos de eternidad. Lo lamento y con comprensiva resignación me limito a vender libros, que vale tanto como vender ilusiones. El lector desea trabar íntimo conocimiento con esos engendros de la fantasía de los escritores, para romper sus horas grises que teje el hastío, desquitándose con el sueño, de la realidad. Con la lectura, satisfacen sus anhelos y ensanchan el horizonte de sus vidas uncidas al trabajo con bovina pasividad, turbada apenas por ráfagas de deseo, de ambición o de amor”.

—“Admiro como usted a esos espíritus elegidos que eternizan cuanto brota de sus almas. Las criaturas de Shekespeare tienen más vida y realidad, que todas esas personas que en estos momentos pasan por su puerta—dijo dirigiendo su mirada hacia la calle—.

Fausto encarnará siempre la angustia humana por alcanzar la verdad; y Don Quijote no ha de morir, si el ideal florece aún sobre la tierra. Hasta las cosas inanimadas perduran en nuestro recuerdo, rodeadas de una atmósfera de luminosidad gracias al milagro del arte. ¿Quién al contemplar unos molinos de viento en la llanura de la Mancha no siente las locuras de su corazón? Mientras haya optimistas, Cándido será el maestro de todos; los que creen en la afirmación guerrera de la vida evocarán a Nietzsche, y los hastiados de ella escucharán los consejos amargos de Schopenhauer”.

En esto entró un estudiante, con aire tímido y en voz baja se dirigió a Don Antonio.

—¿Tiene usted?

Don Antonio se levantó de su asiento y le sirvió el libro que pedía con una sonrisa amable. El joven se apresuró a salir.

—“Lo ve usted—dijo a Don Julián con tono malicioso—. Los libreros también tenemos graves responsabilidades. Este estudiante me ha comprado una novela de amor... Si es sensible y fogoso se exaltará, y las consecuencias de esta exaltación son difíciles de prever. ¿Acaso un retoño más en el viejo tronco humano?”

Cesó el diálogo. Al despedirme, cortesmente me quité el sombrero como homenaje silencioso a aquellos dos filósofos que en un puesto de libros viejos, y sin que de ello se diesen cuenta, me habían ofrecido una lección de indulgente sabiduría.

Un Grano de Pimienta

Se hallaba a punto de terminar la cena, cuando un invitado exaltó la proeza de Hughes, al dar la vuelta al mundo en noventa horas.

Yo asentí. Mas por espíritu de contradicción, dije: "Justo es que alabemos esta hazaña, que engrandece al hombre y empequeñece a la tierra. También lo es, que recordemos a los primeros hombres que demostraron por experiencia—en ella van incluídos el sufrimiento y el desprecio a la vida—la redondez de nuestro planeta. La gesta de los españoles, al mando de Hernando de Magallanes, revive en nuestros días."

Luego me puse a paladear un excelente guiso, y para hacerle más sabroso, pródigamente lo espolvoreé con pimienta. Una dama vecina mostró cierto asombro. —"Por su gesto—exclamé—adivino que estima mi gusto por esta especia, excesivo. Una fortuita asociación de ideas, a veces más sugestiva que la voluntaria, me obliga a volver a nuestro tema de conversación: la vuelta al mundo. Aunque le parezca absurdo, me atrevo a afirmar que precisamente la pimienta, que hoy desdeñamos por ser de uso fácil y corriente, hace unos siglos, tuvo en ello, una parte muy principal."

Unas corteses y discretas sonrisas acogieron mis palabras. Para desvanecer el escepticismo de mis invitados, me vi forzado a justificarlas, pues las tenían

por paradojas. —Si ustedes lo permiten—tal fué mi ruego—espero convencerles de que en efecto, la pimienta, ha contribuído, y de manera esencial a uno de los esfuerzos humanos más maravillosos y fecundos como es el abrazar la tierra, a través de los mares. En la Edad Media el paladar del hombre sufría por la insipidez y el desaliño de las comidas. Para sazonarlas se necesitaban las especias venidas de lejanos y misteriosos países. Los griegos y romanos, se habían dado cuenta de los encantos del Oriente, por sus inagotables tesoros, dioses monstruosos, y la irresistible seducción de sus mujeres. Ahí está el ejemplo de Cleopatra, cuya nariz cambió los destinos de la humanidad. Las especias eran fuentes de placeres delicados para los feroces y rudos guerreros...

—“¿Qué pretende usted demostrarnos?”—interrumpió un comensal.

—“Yo nada—contesté. —Pero la historia nos enseña que la pimienta, la nuez moscada, el gengibre y la canela, se tenían por preciadas y preciosas riquezas. Hacerse de ellas, era empresa difícil y costosa. Desde las remotas tierras en que se producían, hasta llegar a las cocina de los europeos, pasaban por numerosas manos y múltiples riesgos. De aquí su extraordinario valor. Baste recordar que la pimienta se contaba grano a grano, y su estimación al peso era casi igual a la de la plata. Servía de moneda para las transacciones comerciales. Pues bien, estos ingredientes eran perseguidos con saña por salteadores y piratas. Además, debían atravesar complicadas barreras adua-

nales, que alzaban los países musulmanes, por medio de alcabalas de oriental y sabia complicación. Emires y Kalifas, musitaban las suras del Corán, acuchillaban a los infieles, y se enriquecían con el tráfico de las especias. La tendencia natural del hombre a burlar los impuestos, indujo a los mercaderes y navegantes a buscar por el agua un camino libre para llegar a Asia y las Islas, a espaldas de los portugueses, que ya habían establecido en ellas factorías, a fin de obtener fabulosas ganancias.”

—“¿Entonces usted opina, que una de las aventuras más audaces y románticas de la humanidad, como es la vuelta al mundo de Magallanes, se debe a la pimienta?”—preguntó la dama con aire burlón.

—“Repito,—añadí—que una gran parte se debe a ella, y a las demás especias. También a la coquetería femenina; los perfumes orientales, siempre fueron deseados por excitantes y voluptuosos. Y sin olvido del amor al opio, que apaga el sufrimiento, y es artesano de ensueños.”

Un amigo, hasta entonces silencioso, pareció interesarse vivamente. Para calmar su curiosidad le recomendé la lectura de un libro de Stefan Zweig, sobre la expedición del marino portugués y los españoles. —“En él—afirmé—encontrará usted una espléndida visión de conjunto, embellecida por el talento del escritor, y su rica fantasía. Casi todo lo que sabemos del viaje de Magallanes se debe a un italiano, Francisco Pigafetta, que fué testigo de sus maravillosas aventuras en calidad de curioso; de periodista,

diríamos hoy. Algunos datos más se deben a Alba, a Puzoli y a un piloto de nombre desconocido, juntamente con la relación de Xoan de Argaiza. Pero Zweig exprime el jugo de hechos escuetos y de detalles, a veces nimios, para evocar con fortuna las andanzas del gran navegante. Si se permite licencias con lo que sucedió, nos deleita con la narración de lo que suceder pudo. Y audaz, como su héroe, se adentra en las almas de aquellas legendarias criaturas, explicándonos sus luchas interiores, como si el escenario de sus conciencias hubiese desfilado bajo su mirada para robar los secretos de su más profunda intimidad. ¿No debe ser la Historia una verdadera resurrección?

El 20 de septiembre de 1519, sale Magallanes de Sanlúcar. No hemos de referir sus desventuradas aventuras, hasta la realización de su genial propósito. A medida que desciende hacia el Sur, la naturaleza se empobrece, hasta ofrecer paisajes desérticos, bajo un cielo inclemente y brumoso. Tan sólo unos pájaros grotescos y simpáticos, los pingüinos, hacen extraños gestos a los viajeros y lanzan cómicos graznidos. El frío es mal consejero; también la desesperanza; más aún el hambre. Hay descontento y motines. En la bahía de San Julián han invernado. Un día, en el horizonte aparece un ser extraño y gigantesco de figura humana. En efecto, es un hombre; el primero en aquellas tierras de desolación. Era tan grande, dice Pigafetta, que nosotros le llegábamos justo a la cintura. Los españoles, al contemplar sus enormes

pies, le llamaron patagón. Entonces ocurrió un hecho de un simbolismo, que mueve a indignación y a piedad. Los marinos desean apoderarse de aquel coloso vivo. Primero le ofrecen regalos; luego comida que el engulle con canina satisfacción. Por último, le enseñan unos juguetes de hierro. Con ellos ríe, y se deja encadenar los pies. Son grillos. Y el indio queda aprisionado. Es su primer contacto con la civilización. Magallanes prosigue el viaje. Se pierde un navío; otro deserta. Atraviesa el estrecho y entra en el Pacífico, con la tripulación extenuada y enferma. Llega a las Islas Filipinas, y en ellas cae el gran navegante, combatiendo como soldado: la gloria es el sol de los muertos. Nuevos desastres. Tan solo queda un barco, el Victoria, y en el, el piloto vasco Sebastián Elcano, continúa su ruta entre peligros y traiciones. Dobla el Cabo de Buena Esperanza. El 6 de septiembre de 1522, arriba a Sanlúcar. En la bodega de su barco lleva un rico cargamento de especias. Elcano había dado la vuelta al mundo en tres años. Del mismo puerto salieron cinco navíos; regresó uno. 239 hombres; volvieron 18, que por su aspecto parecían fantasmas.”

—“¿Quienes fueron más grandes, más heroicos? preguntó la dama—. ¿Magallanes y Elcano o Hughes y sus compañeros?”

Hubo un silencio.—Yo me atreví a romperlo.

—“Como ustedes ven—dije—a veces un grano de pimienta mueve las almas.”

6

Una Parábola Inocente

“El problema que usted plantea, es muy grave”.

Al terminar su afirmación, don Antonio se detuvo buscando con la mirada un banco donde descansar, luego de nuestro paseo por el Bosque. Porque en estas deliciosas tardes de otoño, la naturaleza extrema sus atenciones y cortesías. Diríase que abandonando su habitual indiferencia por unas horas se da cuenta de que existimos y, con maternal solicitud, procura envolvernos en una atmósfera propicia al suave fluir de las ideas y a la indulgente comprensión de errores. Ya sentados, mi amigo, clavando la vista en las lejanías azuladas de la sierra, insistió:

—“Sí; el problema es muy grave. ¿Con qué criterio hemos de juzgar, quiénes son indispensables y quiénes sobran en el hormiguero humano? Por un espejismo propio de nuestra vanidosa condición, nos atribuimos la mayor importancia, por nulas que sean nuestras facultades y modestas las funciones que nos es dado desempeñar. Ahí tiene usted—dijo, señalando a un gendarme que pasó ante nosotros—. Ese bravo y modesto defensor del orden, en su fuero interno se haya convencido de que su misión es de excepcional importancia. Como si fuese un Jehová con uniforme y pistola, vela por nuestra tranquilidad mientras dormimos o nos entregamos a nuestras ocupaciones. Vela también por la observancia de los reglamentos, como



el Gran Arquitecto del Universo, vigila el cumplimiento de las leyes del Cosmos. A veces, y esto es delicado, tiene que actuar de moralista, decidiendo con su autoridad si las parejas de enamorados que aquí vienen a ocultar sus ilusiones inocentes y juveniles deseos, se detuvieron ante las fronteras de la honestidad o las traspasaron en un momento de irreflexiva pasión, que suele coincidir con ciertos fenómenos meteorológicos. No obstante, mirando al futuro con optimismo, podemos imaginarnos una sociedad huérfana de policía, en donde los ciudadanos respeten mutuamente sus derechos, sin necesidad de amenazas ni coacciones”.

En apoyo de su amable e inofensiva utopía, le recordé la esclavitud en el mundo antiguo.

—“En efecto. Hace unos veinte siglos, parecía inconcebible que pudiese existir la sociedad sin el trabajo de los esclavos: la vida espiritual y de ocio de unos, estaba basada sobre la vida material y de sufrimientos de los otros. ¿Cómo si no forzados por la servidumbre habrían de producir lo necesario para el sustento y comodidad de los hombres? Desaparecieron los esclavos, al menos en su forma jurídica, brutal e inhumana. Aún queda mucho por hacer en este sentido. Pero toda la obra maravillosa del progreso industrial de que nos enorgullecemos, no se si con exceso, se debe al trabajo libre... nada más que un poco libre todavía”.

Un señor vestido de negro y de severo aspecto, al

pasar frente a nosotros se quitó el sombrero. Don Antonio prosiguió:

“Ahí tiene usted un caso digno de meditación. Ese caballero que de manera tan cortés nos acaba de saludar, es un incorruptible juez, que desde hace tres lustros celosamente administra justicia, sin dar el menor signo de cansancio, no obstante lo difícil de su misión. De buena fe cree que sus funciones son las más augustas y elevadas de la jerarquía humana; y que sin tribunales para condenar a sus semejantes, el mundo volvería a la barbarie. Y es que no pone en duda la relatividad e inconsistencia de la idea de la justicia. Esta cambia según las épocas y los climas. A veces, como lo recordó Pascal, lo que es lícito del lado de acá de la frontera, es un crimen del lado de allá. ¿Qué es la verdad se preguntaba Pilatos, refiriéndose a la justicia en un sonado pleito? Y como respuesta prudente y sabia, se lavó las manos. No estaría de más que los jueces en nuestros días imitasen este gesto simbólico antes de dictar sentencia. Cuando menos sería un consuelo para los condenados inocentes...”

Aún no había terminado su pensamiento, cuando un mendigo se acercó a nosotros, extendiendo una mano. Era viejo, cojo y manco; su cara deformada por la hinchazón, se contraía en un gesto de piedad.

—“Otro ejemplo—exclamó don Antonio—. Esta pobre criatura, que nada tiene qué agradecer a la naturaleza ni a la sociedad, se fué tan contenta, por las monedas que le dimos. Cree firmemente que su vida

es de la mayor importancia. Llegado el caso, la defendería con desesperación. Hasta es posible que tenga ambiciones y se sienta feliz”.

—“¿Entonces usted opina que no hay modo de decidir con acierto, quiénes son indispensables y quiénes sobran en nuestro hormiguero?”

—“Le diré. Hace poco más de un siglo, un noble francés arruinado que se había batido a las órdenes de La Fayette en tierras de América, intentó resolver este angustioso problema. Era un hombre de genio, tan desordenado en su vida como audaz en el pensar. Quiso reformarlo todo: religión, economía, industria, moral y hasta las mismas ciencias. Dilapidó riquezas y sufrió miserias; tan desgraciado fué que pisó el umbral del suicidio, y vivió algún tiempo de la caridad de un antiguo criado suyo. Se llamaba el conde de Saint-Simon”.

Cerraba la noche. Un ligero vientecillo lleno de frescor, nos invitó a levantarnos y continuar el paseo hacia la ciudad.

—“Como le decía, Saint-Simon, allá por los años de 1819 escribió una parábola que olvidó la gente y tengo por digna de memoria. ¿Acaso hay algo más inofensivo que una alegoría? Escuche. En ella venía a decir: “Supongamos que Francia pierde de repente sus mejores físicos, fisiólogos, agricultores, forjadores, y así seguía enumerando las profesiones más principales. Como estos hombres son los productores esenciales la nación caería inmediatamente en un estado de atraso e inferioridad”. Luego pasaba a otra

suposición. "Admitamos que Francia conserva todos los hombres de genio que posee en las ciencias, las artes, la literatura y los oficios, pero que en un solo día tiene la desgracia de perder a los miembros de la familia real, a todos los mariscales, arzobispos, magistrados, prefectos y a los diez mil propietarios más ricos... ¿Qué sucedería? Que los franceses lamentarían lo sucedido por ser buenos de corazón y compasivos; pero de estas pérdidas no resultaría ningún daño a la sociedad".

—"Me parece muy razonable".

—"Pues a los jueces no les pareció tanto. A nuestro buen conde, lo encerraron en prisión. Como ve, es peligroso hacer parábolas".

7

Revolucionario en Olvido

Luego de poner el pensamiento en Séneca, me abandoné con acendrado estoicismo a la pérdida de la libertad. Mi cuerpo se desplomó con gesto de cansancio, y mi ánimo se dispuso a ofrecer todas las pruebas de resignación que preciso fueran, para salir del trance con honor. Acababa de sentarme en el sillón de una peluquería, que es una de las insospechadas formas de momentánea esclavitud.

Este simpático oficio de barbero—pensé—no es cosa de poco más o menos y de modesta condición

como suponen las gentes irreflexivas. Y es de lamentar, que muy sesudos y sapientes filósofos no hayan concentrado sus metafísicas distracciones en asunto de tan señalada importancia. Pues el barbero en cierto modo, de manera silenciosa y recatada, perfecciona y acaba la obra del Creador. Jehová por un capricho que respetamos sin aprobar, fué pródigo en bienes capilares para los hombres, y ornó su cabeza, mentón y labio con pintorescas excrescencias, no siempre simpáticas a dictados de la moda, y lo que es más grave aún al gusto de las mujeres. ¿Y quiénes si no las tijeras, navajas, peines y afeites, manejados con delicado arte, enmiendan su obra en beneficio nuestro? Pues pese a las excelencias del hombre natural, cantado por Rousseau, sin la ayuda del barbero, forzoso es que lo imaginemos muy semejante a pitecantropo, salvo algunos detalles, como la creencia en la inmortalidad del alma, el pago de las contribuciones y la obediencia a las leyes.

¿.....?

—Sí, como usted quiera. Mas si bien se mira—seguí pensando mientras me enjabonaban—el barbero es un ser revolucionario e irreverente. ¿Cómo atreverse a enmendar los sabios designios del Creador? Si él nos hizo con larga cabellera, tupida barba y poblados bigotes, así debemos quedar. Raparnos o afeitarnos, viene a ser un delito de lesa divinidad, en que por cierto no han caído los teólogos, siempre alertas y ojo avizor cuando de caídas se trata, aunque sólo sean de manzanas. Ahora es más fácil explicarse—me

dije a mí mismo—por qué uno de los revolucionarios franceses que más honda huella dejaron en el recuerdo, fué un barbero, Fígaro. Fígaro o Carón, de Beaumarchais, pues el escritor se confunde con su personaje, o el personaje es su propio autor.

¿.....?

—Sí, como le parezca. Al sentir el filo de la navaja sobre mis mejillas, continué mi divagación. Este Beaumarchais, es singular, extraordinario. Relojero, sabía no sólo medir el tiempo, sino multiplicarlo a su favor. Es el aventurero más genial, simpático y humano de una época, donde la aventura, era la única reina acatada con respeto. Estamos en Francia y a mediados del siglo XVIII. También guitarrista que con sus alegres canciones entretenía la languidez de las princesas de Francia, tocadas por el olvido en el amor. Es pícaro y caballero, libelista y agente secreto, hombre sin escrúpulos y de convicciones, financiero y filántropo. Un buen día se le ocurre ir a Madrid, en defensa de la engañada inocencia de una su hermana, que llevaba con lozanía sus no muy ingenuos treinta y tres años. Y al pisar la tierra española para vengar su honor, adopta aires calderonianos, con gran sorpresa del galán Clavijo, que más tarde había de inspirar una comedia de Goethe. Y a la vez, en escabrosa intriga, y en alianza con un obispo francés, cede su amante al bonachón de Carlos III, que no sabía gozar de los placeres de la viudez en la soledad.

¿.....?

—Me es igual. Al regresar a Francia, se ofrece como lebel para perseguir a los libelistas que en extrañas tierras, difamando a la Corte, justicia la hacían. Pasea sus inquietudes por Londres, Amsterdam y Viena y hasta se permite inventar un lance de capa y espada, de que es héroe y bufón. Vuelve a su patria, pleitea con insuperable habilidad por unas cuentas. La mujer del Presidente Gozman, se deja sobornar para que triunfe la justicia, señora de ceño huraño a los pobres y risueño para los que no lo son. Entonces arremete contra los magistrados. ¡Qué derroche de ingenio! ¡Mis dineros, mis dineros!, exclama con la desesperación de Shylock. Pronto se olvida de sus intereses al enjuiciar a la justicia misma; y todos los leguleyos que como triste herencia nos legó Roma, encuentran en él un acabado maestro. Emociona, hace reír y mueve a indignación contra los abusos del poder. Voltaire confiesa que sus alegatos llenaron de regocijo su espíritu, sede de ironía y fuente inagotable de malignidad.

¿.....?

—Lo mismo es. Y este hombre sin par, personaje novelesco, siente necesidad de presentarse él mismo en escena. Crea a Fígaro, el Barbero de Sevilla. ¡Quién había de imaginar que este modesto rapabarbas contribuyese con sus burlas y donaires, con su irreverencia y buen humor, a la caída de la Monarquía! Los nobles que él desdeña, la aristocracia que zahiere, la Corte de que se mofa, luego de momentáneo rencor se deleitan con su ingenio y lo saborean como manjar,

sin percatarse del veneno que contiene. La misma María Antonieta interpreta el papel de Rosina en las Bodas. En medio de aquella desenfrenada alegría de los de arriba, que bailan sobre un volcán a los compases de un minué de Gluck o de Rameau, asoma una vez más el capricho real. Este Beaumarchais es incorregible: de nuevo anda en pleitos y escritos. Luis XVI con su flema germánica, una noche interrumpe su partida de juego en el Trianón, y con lápiz, sobre una carta, el siete de "pique", ordena su prisión. ¿Puede imaginarse algo más digno de Fígaro? Una sentencia en una carta de la baraja. En verdad no se merecía tanto rigor. Era humano, bondadoso, pródigo. Su ternura pasando por los hombres y mujeres —en éstas se detenía más tiempo y con deleite— llegaba hasta los animales. Su perro favorito llevaba colgada de su collar hasta una medalla donde se leía: Beaumarchais me pertenece.

¿.....?

—Está bien. De esta ternura por los perros pasó al entusiasmo por los americanos. Como todo espíritu ilustrado y libre, veía en la emancipación de las colonias inglesas, el alborear de un nuevo día: por Poniente salía el sol. No es hombre de armas tomar, pero puede ofrecer su ayuda para que otros las tomen. Es hombre de infinitos recursos en lo que al ingenio concierne; también lo es de recursos financieros. La Fayette, y tantos nobles más, ofrecen sus espadas. Franklin, símbolo de las virtudes democráticas, el inventor del pararrayos, que como diría Mi-

rabeau había esclavizado a la tempestad y a los tiranos, arriba a París. Todo son agasajos, fiestas, muestras de admiración y respeto. Se encuentra con Voltaire, cargado de ancianidad y de gloria, y el Patriarca de Ferney concede su filosófica bendición al nieto del Patriarca americano con estas palabras: "Good and Liberty". Beaumarchais hace un empréstito, y envía una flota cargada de armas y municiones a los insurrectos. La República naciente y puritana no le paga, pero reconoce su deuda y gira unas letras sobre el propio Franklin, hombre de pulcra rectitud en los negocios. Tampoco se pagan estas letras... Es en vano que gestione, envíe notas, invoque el Derecho Internacional y los sagrados principios de la Propiedad. Beaumarchais muere arruinado. En cuestión de deudas hay que tener paciencia; se liquidan cuando se puede. El ejemplo lo han dado los Estados Unidos, pues al cabo de sesenta y cinco años, en 1835, el Tesoro Federal abona a su familia ochocientos mil francos a título de transacción, menos de la tercera parte de la cantidad debida, que ascendía a dos millones doscientos sesenta mil.

E impensadamente dije en voz alta, con aire muy convencido: Como usted ve, este precedente americano es muy digno de tenerse en cuenta. El barbero me miró con sorpresa y temor, creyendo que me había vuelto loco. Yo al notar su susto, y como tuviese en la mano una afilada navaja, procuré sonreír con gesto de hombre razonable y cuerdo. Pues siempre tuve la idea de que la navaja de Fígaro, revoluciona-

rio alegre, simpático y burlón, fué un anticipo de la guillotina de Robespierre.

8

Peligros de la Ignorancia

Nos hallábamos de sobremesa cuando el insigne profesor, en vez de echar dos terrones de azúcar en la taza de café, distraídamente los dejó caer en su copa de vino. Advertida la equivocación se excusó:

—“Usted habrá de perdonarme estas pequeñas distracciones que en el fondo carecen de importancia. Los que nos dedicamos a la ciencia con pasión—sabios, como dice el vulgo—por entregados a nuestros problemas de manera constante nos ausentamos de la vida real con más frecuencia que aquella que la cortesía permite. Yo, sin ir más lejos, que sé muchas y trascendentes cosas, lo digo sin vanidad, ignoro numerosos detalles de la existencia material, sin que esto quiera decir que los desdeñe. Si me preguntasen cuántos huevos necesita una tortilla para una persona normal, probablemente no podría contestar con acierto. Pero mi respuesta, aunque desacertada, por insignificante, no influiría en el destino de nada ni de nadie”.

—“Mi querido maestro. De esas naderías de esos hechos nimios por el juego complicado e imprevisible de los sucesos, dependen a veces acontecimientos de

calidad. Comprenderá que la muerte es algo vulgar, tan natural, lógico y razonable como la vida; quizás más. Pues bien; en las épocas en que los hombres hacen voluntario abandono de sus derechos y se congregan en rebaño, aguardando con morbosos deleite los golpes del cayado, para entrar en el redil y dejarse esquilar, una humilde congestión o un modesto síncope cardíaco del endiosado pastor, puede acarrear consecuencias de sorprendente magnitud. Por ello, en los tiempos de tiranía, una enfermedad mortal puede ser salvadora; no para el que la sufre, sino para los que sufren, soportan o aguantan. Cuando se acaban los Brutos, vengadores de la libertad ultrajada, las esperanzas se refugian en el desgobierno y fallas del cuerpo del improvisado César, y hasta los misteriosos microbios bien orientados suelen dar lecciones de justicia y hombría a los propios hombres”.

—“Creo darme perfecta cuenta de lo que usted insinúa... Pero volviendo a mi ejemplo de la tortilla, habrá de convenir en la existencia de hechos insignificantes, sin repercusiones posibles, por aventurada que sea la fantasía”.

Yo hice memoria, y con cierto aire de triunfo le repliqué:

—“El ejemplo que acaba de citar tiene cumplida y terminante respuesta. ¿Por qué murió Condorcet, el famoso matemático, filósofo y político?”

—“Por la altiva independencia de su pensamiento y la generosidad de sus convicciones—dijo—. Fué el primer republicano bajo la monarquía del Antiguo

Régimen, y una de las almas más esclarecidas de la época. Gracias a él, llegó la Enciclopedia en carne y hueso a la Revolución Francesa. Muertos Turgot, Voltaire y Diderot, fué su legítimo y glorioso heredero; y el caudal recibido, el espíritu, supo transmitirlo a sus contemporáneos, proclamando el imperio de las ideas redentoras, cuando se enardecían los instintos, que abandonados a su propia ceguera se transforman en fuerzas naturales, benéficas o dañinas, pero ajenas al dolor de los hombres y sus esperanzas”.

—“Ahora bien, querido maestro. Al verse amenazado Condorcet por la proscripción en los sombríos días del Terror, y deseando escapar a la furia de Robespierre, se refugió en París, en casa de una excelente señora, cuyo nombre merece recordarse siempre: Madame Vernet. Allí encerrado, con la imagen de la guillotina por compañera, escribió una de las obras más nobles y optimistas sobre el destino humano que es dado soñar. El perseguido formula su doctrina de la perfectibilidad indefinida de la especie; el condenado, desdeña la vida presente, para él en cotidiana interrogación, y exalta la futura”.

—“Sí, en efecto. En su *Cuadros del Progreso del Espíritu Humano*, desarrolla una teoría de ingenua grandeza. Según ésta, gracias a la razón, las supersticiones e injusticias desaparecerían sobre la tierra para llegar a una hermandad de todos los pueblos y a una república de todas las almas. Es un libro escrito hace siglo y medio y muy actual por su misma inactualidad. ¿Quién que no sea tachado de loco puede con-

cebir tales quimeras? La barbarie en que vivimos hoy, hace resaltar su idealismo de horizontes risueños. Pero no comprendo la relación que tenga la vida de este sabio, que yo admiro y me es grato evocar, con mi ejemplo sobre la insignificancia de los pequeños detalles”.

—“Un momento. Este hombre de temple estoico que soñó en una bohordilla en la felicidad del género humano, acechado por la muerte y con su familia en la miseria, no maldijo de sus enemigos; diríase que su propia suerte le era indiferente. No así la de la bondadosa persona que le había dado asilo a riesgo de su propia existencia. Condorcet, de apariencia fría, fué terriblemente apasionado: “un volcán cubierto de nieve” decía D’Alembert. Para salvarla, huyó de su refugio; y luego de peregrinar por los alrededores de París, hambriento, fatigado y herido, llegó a un mesón en Clamart, al atardecer de un día de primavera del año de 1794. A las preguntas del posadero ordenó que le hiciese una tortilla. —¿De cuántos huevos? pregunta. Aquí de los apuros, dudas e incertidumbres del filósofo. El, que conocía todo y todo lo había leído, no sabía qué contestar: era un problema insoluble. Por fin se aventuró: —De doce—dijo con aire tímido. Esto fué causa de su perdición. ¿Quién era aquél ser extraño, que ignoraba de cuántos huevos se componía una tortilla para una sola persona? El huésped entró en sospechas y lo condujo a una cárcel cercana. Allí apareció muerto. Condorcet no quiso que su noble cabeza

pensadora fuese exhibida por el verdugo y se envenenó”.

—“Le concedo la razón—dijo el profesor con tono indulgente—. Todo tiene un valor en la vida. Pequeñas causas producen grandes efectos”.

9

Verde y Rojo

Dialogaba silenciosamente con un sabroso biftéc, cuando mi amigo vino a saludarme. “Ha llegado usted en una hora oportuna—le dije—; y si me hace el honor de compartir mi almuerzo, quedaré muy complacido”. Para animarle insistí. —“La compañía en la mesa es en verdad un regalo; y de sobremesa se han dicho muy importantes cosas, si no miente Platón, y ello sería irreverencia imaginarlo. ¿Dónde, si no al final de un banquete, recordó Sócrates las sublimes palabras sobre el amor, que escuchara de labios de una extranjera de Mantinea, llamada Diotima? Confieso que a veces, la compañía es igualmente agradable en otro mueble que también tiene cuatro patas como base de sustentación. Usted comprenderá a cuál me refiero. Pero en él, la carne ha de tener femeninos encantos, y en lugar de condimento o adobo, penetrante y delicioso aroma”.

Cortesmente declinó la invitación y pretendió justificarla:

—“Me extraña—replicó—que un hombre como usted, que cultiva las cosas del espíritu y tiene invencible horror a todo cuanto huele a brutalidad, se alimenta con carne. Muy sabios doctores, y un poeta que a la vez era apóstol, Tolstoi, han demostrado que nuestra barbarie, la impetuosidad de las pasiones, nuestros apetitos de violencia y sed de destrucción, provienen del régimen alimenticio. Tragarse a nuestros semejantes, los animales lo son, y en estos tiempos me parece difícil negarlo, es un atentado a las bondadosas intenciones de la naturaleza, que nos ofrece con prodigalidad abundantes pastos para saciar el hambre. Porque el reino vegetal fué creado para nuestro recreo y mantención. En cuenta a las virtudes higiénicas del vegetarianismo, me parece inútil recórdaselas. Si quiere usted conservar la salud y alcanzar una vejez sin alifafes, guardando la agilidad y afanes de los años mozos, le aconsejo no coma carne.”

Yo, sensible a toda suerte de argumentos por desafortunados que fueren, me alarmé. Hasta sentí algo como remordimientos por mis instintos carniceros, a pesar de no haber sido nunca aviador fascista. Aprovechando este momento de pasajera debilidad, mi amigo triunfó. Le prometí acompañarle al día siguiente, a su colación vegetariana.

Mientras nos dirigíamos al restaurant, mi anfitrión cantaba las virtudes de las legumbres con apasionado acento; virtudes que se transmitían a los hombres, por su simple proceso digestivo. —“La re-

volución moral—afirmó—que todos deseamos para que la libertad, la justicia y la paz reinen sobre la tierra, no ha de venir de ningún evangelio, por nobles y elevadas que sean sus enseñanzas. Tampoco de las leyes, pues lo impuesto, es contrario a la independencia del hombre. Detrás de todo código, por indulgente que sea, nos tropezamos con el verdugo, que es, en última instancia, el sostén de nuestras instituciones jurídicas. Las doctrinas tienen muy escasa influencia en nuestra conducta: el resorte de nuestras acciones, reside en los instintos. Nuestros antepasados, que vivían en las cavernas, cubiertos con pieles de osos, dedicados a la caza de las fieras y de sus semejantes, mandan en nosotros a través de miles de años de distancia. Hay que domeñar esos instintos feroces y transformarlos en generosos y compasivos. Pues bien; el secreto de esta revolución, honda, radical, se encierra en el régimen alimenticio. En la lechuga, la escarola, la col y otras legumbres, está nuestra salvación. ¿Por qué no reconocerlo?”

Llegamos al restaurant, que era pequeño y sombrío. Yo, de buena fe, buscaba entre la clientela tipos de espléndida salud y apuesta gallardía. En una mesa, un señor pálido, flaco y barbudo, elevaba los ojos al techo con místico arrebato, sin atribuir importancia alguna a lo que comía.

—“Ese señor que usted ve—me dijo en voz baja—fué en otros tiempos un militar valiente. Tomó parte en reñidos combates. Pero en cuanto cambió de régimen, se sintió pacifista y abandonó las armas.

Su amor a los animales ha llegado a una búdica piedad. Por compasión se niega a matar a los mosquitos cuando le pican. Tímidamente y como pidiéndoles perdón, se atreve a indicarles, de modo cortés, que se vayan con sus agujones a otra parte. Sólo come lechuga. ¿No son maravillosos sus efectos? Aquella señora del rincón, de apergaminada piel, gafas y cabello blanco, fué en su época una hermosa bailarina. Sus contemporáneos aseguran que dió mucho que hablar, y más que hacer, a sus enamorados. Se burlaba de ellos, los arruinaba, los enloquecía, y hasta algún suicidio dió fama a sus aventuras. Un buen día, que coincidió con sus cincuenta años, sintió horror a la carne, y se entregó a la escarola con la pasión de un amante. Hoy se dedica a recoger a los perros abandonados, y les dispensa maternal cariño."

En otro extremo de la sala, un caballero de bondadoso aspecto, llamó mi atención.

—“Ese en quien usted se fija—me confesó con aire misterioso—es un antiguo charro, muy celebrado por sus proezas hípicas. Domaba potros salvajes y montaba con maestría a los caballos más rebeldes, gracias a sus piernas de acero y a sus espuelas, acerradas también. Empezó a comer verduras y se convirtió a la mansedumbre. ¿Por qué, se preguntaba, he de forzar al noble bruto a soportar la pesada carga del hombre sobre sus lomos? ¿Por qué obligarle, mediante el castigo, a andar al paso o al trote? ¿Quién me autoriza a ponerle mordaza o freno a sus deseos naturales de libertad? Por convicción

abandonó a los caballos y para ganarse la vida se hizo chofer.”

Salimos del restaurant. —“¿Qué tal el almuerzo?” —me preguntó—. Yo en verdad no recordaba haber comido nada. Por cortesía lo elogí. Antes de despedirnos, muy ufano, insistió en las milagrosas virtudes de las legumbres para humanizar a los hombres.

Me sentía ligero, alegre, confiado. Luego de un paseo, noté una sensación extraña. Por fin dí en la cuenta: era hambre, y para satisfacerla, me dirigí a un restaurant carnívoro. Cuál no sería mi asombro; en la mesa vecina, mi amigo saboreaba con fruición un jugoso biftéc.

—“¿Usted entregado a la carne?”

—“Sí—exclamó con desconsuelo.—Acabo de leer en un periódico que Hitler es vegetariano...”

10

Un Príncipe Ignorado

Mi amigo, hace años se retiró de su negocio, que era el muy honroso de vender libros viejos. En los ratos de soledad, en espera de algún erudito pintoresco, o alocado estudiante, diose a la lectura con amor y fervor. Su pasión favorita era la Historia. Yo, alguna vez, intenté convencerle de su inutilidad. Nada nos enseña, con excepción de que los

hombres nacieron sin saber cómo; hicieron el amor como les fué posible, amén de algunas otras tontearías; se entretuvieron en matarse; y luego de dar gracias a los dioses por los beneficios concedidos, y pagar las contribuciones, murieron como habían nacido, es decir, sin que se les consultase previamente si les era grato hundirse en las tinieblas. Por modesto fijaba su atención en aquellos pueblos que no habían tenido Historia. Entre Inglaterra con sus Cromwell y Chamberlain, y el Principado de Mónaco con sus casas de juego, prefería a este último, por estimar que era menos nocivo a la humanidad, opinión muy respetable, que no he de ser yo quien la contradiga. No me eran desconocidos sus seniles entusiasmos falangistas, que juntamente con el hábito del ajedrez había adquirido en el Casino Español. Pero su buena fe, su bondad y años suscitaban la simpática indulgencia de sus adversarios. Contando con su hospitalidad, me dirigí a su casa, pues gustaba de conversar con él. Le encontré muy preocupado; y luego de ejecutar los ritos ancestrales de la cortesía, me dijo:

—“Ahora es cuando al Caudillo se le plantea un grave problema, y por mucho que pienso en él, no alcanzo a ver solución alguna”.

—“Sin duda—le respondí—usted se refiere a la luminosa idea de entrar en Madrid precisamente el día dos de mayo.”

—“Eso me parece, en efecto, una idea luminosa. ¿Cómo solemnizar dignamente la victoria? Con un

desfile militar, en la sagrada fecha, en que el pueblo español—1808—se alzó contra las tropas invasoras de Napoleón. No dude, que el acontecimiento alcanzará los honores del apoteosis. Según me ha dicho un correligionario, a fin de preparar bien las cosas, fué llamado un director de escena de la Scala de Milán. Pero en España estará poco tiempo. Inmediatamente saldrá hacia París para organizar el paso de Mussolini bajo el Arco del Triunfo, que es cuestión de unas semanas”.

Yo iba a replicar; pero él se adelantó.

—“El problema que me tortura,—continuó—es que forzosamente vamos a tener un conflicto con la mismísima Italia. Y verá cómo el Caudillo no se doblega. Nosotros reivindicamos lo nuestro; y no hemos de tolerar que la Corona de Albania pase a Su Majestad Víctor Manuel, muy señor mío. Legítimo soberano de Albania es, y debe ser, un español, por la ley de la sangre”.

Creí que desvariaba.

—“¿Le sorprende mi afirmación? Pues voy a demostrarle que Albania es patrimonio de España, por pertenecer a un español”.

Luego encendió un cigarrillo:—“Allá por los años de 1845, nació en Jerez un hidalgo de inmensa fortuna, que tenía sus tesoros encerrados en toneles, y no por capricho. Quiero decir decir que era propietario de una bodega famosa. Por carecer de vocación definida, entró en la diplomacia, que es una manera muy honrosa de pasar el rato y conocer

mundo, sin que el mundo le conozca a uno. En los azares de su vida errante llegó a Constantinopla, en tiempos en que reinaba un Sultán, que desde luego no era Saladino. El Gran Señor pasaba algunas horas en el Diván—así se llamaba al Consejo de Ministros en aquellas tierras—para gobernar a su pueblo y muchas más en el sofá, para regordearse con sus odaliscas. Nuestro hidalgo andaluz, Secretario de la Embajada, cumplía con celo sus funciones, frecuentando la alta sociedad, y descendiendo a alguna aventura con mujeres tapadas, que con frecuencia eran públicas. Un buen día se hallaba en su palacio descansando del abrumador trabajo que sobre él pesaba, cuando el criado le anunció que unos señores turcos deseaban verle. Como sus riquezas le ponían a cubierto de indiscretas visitas de acreedores, dió en la cortesía de recibirlos. ¡Jamalajá Malajá! entonaron al mismo tiempo los respetables hijos de Mahoma, de imponentes barbas y le prodigaron sus zalemas. El diplomático, que, siguiendo una arraigada tradición en la carrera, ignoraba la lengua del país en que estaba acreditado, y no siempre, se sorprendió; y hasta como andaluz pensó que se trataba de una guasa. El doméstico le tradujo aquellas misteriosas palabras, que venían a decir en nuestro romance: “¡Oh, tú nuestro poderoso Soberano, brazo derecho de Aláh y Resplandor de Oriente y de Occidente!” El sevillano no salía de su asombro al verse tratado con tan exuberante reverencia, cuando se arrodillaron ante él y tocaron el suelo con sus cavi-

losas frentes. Entonces el más anciano de ellos preguntó: ¿Es usted don Pedro Aladro y Kastriota? A una respuesta afirmativa, los venerables emisarios dieron gritos de alegría: por sus mejillas arrugadas y morenas, corrían gruesas lágrimas”.

—“Lo que usted me cuenta, desde luego interesante, parece el comienzo de un Cuento de las Mil y una Noches...”

—“Pues todo ello es verdad, y si quiere escucharme hasta el fin, creo no habrá de arrepentirse. Aquellos tres señores, eran unos notables albaneses, sometidos al yugo turco, que desde hacía muchos años, y sin ser ranas, andaban pidiendo rey. Pero no uno cualquiera, sino el descendiente del héroe nacional, de Jorge Kastriota Standenberg, que se había cubierto de heridas y gloria en épica lucha con los genízaros por la independencia de su patria. Su descendiente era el mismísimo hidalgo andaluz. Pues ha de saber usted que el héroe, derrotado pero no vencido, se refugió en Italia y sus retoños dieron grandes capitanes que guerrearon bajo el pendón de Castilla en tierras de Flandes. Por entonces, los albaneses ya tenían fama de valientes. Muchos de ellos pasaron al servicio de Luis XII de Francia. Y Carlos III, al regresar a España, de su reino de las Dos Sicilias, trajo a vástagos de esta fiera familia, que en España se convirtieron en pacíficos cortesanos.

“Don Pedro Aladro y Kastriota, abandonó la diplomacia y unió sus ocios a la liberación de Albania. Un patético manifiesto dirigido a las Potencias,

reivindicando la Corona, le valió salir a uña de caballo de Turquía, pues el Sultán, respetando el resto de su persona, sólo se conformaba con su cabeza. Entonces fijó su residencia en París. Con sus millones entretenía el fuego sagrado de sus partidarios. Intentó varias expediciones, con adversa fortuna. Y en sus últimos años, sin abdicar de sus sagrados derechos, se hacía la ilusión de reinar, confiriendo grados de generales a sus más dilectos amigos. Pasaba temporadas en Madrid o en su palacio de Jerez de la Frontera, célebre por la belleza de sus colecciones artísticas. Murió hará unos veinte años, sin hijos, transmitiendo su fortuna y corona a un sobrino, español castizo de tres cepas, dueño de una famosa casa, que con su jerez y coñac, ha contribuido a la alegría y el optimismo en el mundo entero, a la vez que a la infracción de las ordenanzas municipales. ¿Cree usted que hay derecho a despojarlo de su trono? ¿No es una infamia? Tan grave es esto, que quizás sea un motivo de ruptura con Roma. La Corona de Albania es para nosotros una cuestión de honor imperial”.

Yo le dí las gracias por su interesante historia. Al despedirme, ya en la puerta, mi amigo añadió:

—“No vaya usted a creer que esta insigne familia de los Kastriotas ha dado sólo bizarros capitanes y cosecheros de vinos generosos, tan necesarios los unos como los otros al buen gobierno de las repúblicas. También dió a la Iglesia muy sabios teólogos y ejemplos de femeninas virtudes. Cuenta el Abate Girgenti en sus *Vidas de Mujeres que Debieron ser*

Ilustres, que una tía abuela de don Pedro Aladro, doncella y piadosa—murio en olor de santidad—al pasar por una calle de Nápoles en tiempos de la dominación española, se le acercó un hombre a su carroza y con voz compungida le dijo: “Compadézcase señorita, de este desgraciado, que ha perdido lo necesario para ser feliz”. Al oírle, la Kastriota exclamó con ingenuidad: “Este pobre diablo debe ser eunuco”. —“Es ciego”, contestó la dueña que la acompañaba. ¿No es esto conmovedor?”

Y ante este argumento me conmoví, y me convencí, de que el trono de Albania pertenece indudablemente a un español.

11

Encantos y Desencantos de la Filosofía

La Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad, se ha visto muy concurrida en los últimos días. Las personas que llenaban el paraninfo, en gran parte no pertenecían a la Casa, ni participan de de sus cuotidianos afanes, por fortuna un poco en las nubes; que el andar siempre a ras de tierra, por forzoso que sea, si fatiga el cuerpo no suele tener la dulce compensación de avivar el espíritu. ¿Qué acaecía, para que público tan distinguido, abandonando sus habituales ocios o trabajos, juntase sus curiosidades? Que el profesor Don José Gaos, hablaba de filosofía; de la vocación que nos impulsa

y mueve a la busca y captura de la verdad. Es esta una de las hazañas más fabulosas del hombre, desde el alborear de la inteligencia, cuando se despierta el amor desinteresado por el orden eterno de las cosas. Gracias a ella, nos sustraemos en lo posible a la animalidad manteniendo la honrosa posición bípeda ante el misterio de nosotros mismos y de cuanto nos rodea. Pues es nuestra natural tendencia la de caer en cuatro patas y por añadidura que nos crezca el rabo como homenaje sentimental hacia nuestros venerables y remotos antepasados.

Ello fué que el aún joven Rector de la Universidad de Madrid, durante sabias lecciones, mantuvo despierta y vigilante la atención de los oyentes, gustosos de saborear la elegancia y rigor de su dialéctica que, por propio esfuerzo, o con ayuda de Husserl, servía de escala o trampolín para alcanzar las Ideas de Platón. Nuestro Doctor, por la profesión que con tanta dignidad ejerce, es ambicioso. No busca la sombra efímera de las verdades fugitivas que entretienen las esperanzas de los hombres, sino la verdad total, en su resplandeciente validez y universalidad: el tiempo no ha de morder en ella. Su empeño es, pues, de elevado rango ya que trata de arrancar a la Esfinge su secreto, no con vanas plegarias o bárbaros sacrificios, sino con la razón. De aquí que audazmente y con maestría se elevase a regiones metafísicas, donde sólo las inteligencias de recio temple se hallan exentas del mareo. Pero la estabilidad, en filosofía como en aviación, aún no fué lograda de

manera satisfactoria. No es de extrañar que Don José Gaos, de vez en cuando, aterrizase con mano segura y, abandonando la ontología, se ocupase de la pobre criatura humana que se interroga con ansiedad sobre su origen y destino.

Yo, que en pretéritos tiempos, entre otros variados oficios, fui aprendiz de filosofía, me aprestaba a escribir un concienzudo comentario sobre sus enseñanzas, cuando el azar en forma de amigo vino a ahorrarme esta grata tarea.

—“¿Qué le han parecido las conferencias?”

Quien me preguntaba, aunque filósofo, no era profesor sino jefe de Contabilidad de un gran almacén donde cotidianamente, sin vanos alardes, se viste al desnudo. Justo es reconocer que obra tan misericordiosa se practica mediante equitativa retribución. Parisién de vieja cepa en sus años mozos fué alumno de la Escuela Normal Superior, y asistió a los cursos del Colegio de Francia, cuando Ernesto Renán, en la plenitud de su genio, poblado de encantos, lo dirigía con paternal afecto. El maestro, gracias a los dolorosos esfuerzos del pensar libertador, había alcanzado una filosófica serenidad; y mediante los tesoros de su saber, logrado una indulgencia infinita. Luego, el destino tomó en ojeriza a mi amigo, y dando tumbos llegó a estas tierras. Aquí se deslizó su existencia con la suavidad de una sombra. Hoy aguanta a pie firme la vejez y como centinela cansado, espera por toda recompensa y honor que suene la hora de su relevo.

“Soy yo—le respondí—quien desearía conocer su opinión”.

—“Le confieso—me dijo—que mis impresiones son excelentes. El Doctor Gaos es un hombre de espíritu distinguido, y entre otros méritos posee el de profesar la filosofía sin tono de engreída suficiencia. Plantea los problemas con claridad, y los analiza de manera implacable, para llevar después al auditorio a la conclusión que se proponía, pero sin la menor violencia, amablemente encadenado por la fuerza de los silogismos. También se nota en él, que su saber trabajado en los libros, no es libresco, sino vivido, cualidad esencial, según Goethe, a la verdadera sabiduría. No obstante, diríase que a veces pretende desorientar a los oyentes empleando términos equívocos, cuyo contenido tradicional es muy diferente del que se les atribuye. ¿Por qué hablarnos de “salvación” y “perdición” en el proceso del conocimiento? Semejantes vocablos desprenden un tufillo teológico y paulino, capaces, si no de inducirnos a error, al menos de hacernos estornudar, perturbando nuestras meditaciones, con grave daño de la seriedad académica y de los respetos debidos a la Metafísica”.

Yo intenté interrumpirle.

—“Me imagino—prosiguió—la sorpresa que le habrá causado oírle afirmar dogmáticamente que el Cristianismo es algo tan arraigado en las conciencias, que todo esfuerzo para desprendernos de él, y eliminarlo de nuestra vida interior, nos lleva a la demencia. Como ejemplo recordó a Nietzsche. En primer

lugar el Cristianismo no ha imperado nunca sobre las almas, en lo que se refiere a sus principios morales, que dicho sea al pasar, fueron superados por la filosofía estoica, la más elevada escuela laica de virtud del Mundo Antiguo. La igualdad de los hombres que proclamaron Séneca, Marco Aurelio y Ulpiano, entre otras inteligencias esclarecidas y bondadosas, derivaba de una concepción racional del universo y de la vida.

“¿Quién se atreve a decir hoy de buena fe que somos cristianos, o lo hemos sido alguna vez si las doctrinas evangélicas—prescindo de su cosmogonía infantil—significan fraternidad, perdón y piedad? Las luchas de clases, la injusticia, la miseria, la crueldad, el ansia de dominio, la santificación de la violencia y el derramamiento de sangre, son espectáculos permanentes en el cambiante escenario de la Historia. Para convencernos de ello, basta abrir los ojos”.

—“En cuanto a Nietzsche”— me atreví a insinuar...

—“Este caso, lejos de apoyar la tesis del profesor Gaos, la invalida; y sorprende que persona culta como es, desconozca la enfermedad de que padecía el forjador del Superhombre. Enfermedad debida a cierta clase de lesiones orgánicas, y perfectamente estudiada por médicos eminentes, cuyo diagnóstico ha de tomarse en cuenta. Mas si Nietzsche cayó en demencia por arrojar al Cristianismo de su alma, ¿cómo enloqueció Pascal que lo aceptó con místico fervor, y aun

hubo de sacrificar la razón en homenaje a la fe del Crucificado?”

Después de una pausa, continuó:

—“Es que los filósofos, por creer sin duda que llevan la verdad en el bolsillo del chaleco, como si fuese un reloj, se olvidan de la naturaleza de nuestra condición, sujeta a ilusiones y error. Poncio Pilatos al fallar en un sonado proceso, que probablemente no se celebró nunca, les dió una saludable lección de modestia. Dudando de lo que la verdad era, se lavó las manos. Y tengo para, mí que sería conveniente que los profesores de Filosofía al comenzar sus explicaciones, ante el mismo auditorio, también se lavasen las manos en una jofaina. No me negará que el gesto del Procurador de Judea le coloca como precursor de Descartes: con ayuda del líquido elemento, y de manera discreta, insinuó la duda metódica”.

Yo asentí.

“También me pareció advertir—dijo—que el Doctor Gaos tuvo especial empeño en mantener una suerte de afectada imparcialidad que autorizaba las más contradictorias esperanzas de sus oyentes, de filiación filosófica opuesta, y aún enemiga. Más que imparcialidad, diría coquetería intelectual, deliberado deseo de obscuridad, que le vedaba abordar con franqueza y resolver con relativa certidumbre los problemas de orden especulativo o moral, que forzosamente repercuten en las luchas de nuestros días. Ello puede ser prueba de tranquilidad espiritual; también síntoma de excesiva prudencia. Pero al filósofo

no es dado exigir siempre actitudes heroicas, si bien los más grandes de ellos, comenzando por Sócrates, han dado pruebas de heroísmo en defensa de sus ideas. Recordemos también, hubo otros, que dieron muestras de cauta timidez. Así fué Hegel que creó un mundo a su imagen y semejanza. Al final de sus cursos en la Universidad de Berlín y un tanto asustado por lo que había expuesto, venía a decir a sus discípulos, curándose en salud: "Yo os he dado los principios. Si las consecuencias os escandalizan, no me las imputéis: vosotros las habéis sacado".

Luego de sonreír con malicia, mi amigo añadió: "Pero nada hay tan noble, elevado y grandioso como la Metafísica. De todos los sueños del hombre, es el más razonable y poético. ¿Sabe usted por qué? Porque la Metafísica se compone de dos cosas: de lo que todo el mundo sabe, y de lo que nadie sabrá nunca..."

12

Elogio de la Pólvora

No pudo ocultar su extrañeza. Al curiosear en la biblioteca, detrás de un primoroso ejemplar del *Symposium*, de texto griego y versión latina, mi amigo encontró en el anaquel una pistola de reluciente aspecto, que cándidamente descansaba junto a la obra del filósofo. La vecindad de Platón y de una Colt

distó mucho de ser de su agrado. Con gesto que envolvía velada acusación, exclamó:

—“De no haberlo visto con mis propios ojos, a los que hemos de atribuir algún crédito, me parecería increíble. ¿Es razonable que un hombre como usted, que acaricia los libros con fruición, amén de otras cosas igualmente deleitables, sea capaz de empuñar un arma de fuego? ¿Qué encierra esa pistola en sus duras entrañas, sino explosiones de barbarie y mensajes de muerte? Justo, lo opuesto al diálogo socrático, donde se exalta el amor en forma tan elevada y bella, que nunca fué superada desde que el hombre se reveló sensible a la verdad y se afanó en perseguirla”.

Lejos de buscar una excusa o corteses atenuaciones, le repliqué con viveza:

—“Ustedes los sabios—mi amigo en verdad lo era—, que tantas cosas admiran, por tradicional prejuicio pacifista dieron en ignorar de modo voluntario o envolver en injustificado desdén uno de los más grandes hallazgos que hacen honor al ingenio de nuestro linaje. Pues nuestra especie no es de grande inventativa ni quimérica imaginación. ¿Quieren un ejemplo? A pesar de los progresos realizados en la penosa ascensión hacia una vida más rica en esperanzas y horizontes, tan solo conocemos siete pecados capitales, como hace cientos de años, sin que se vislumbre la posibilidad de toparnos con el octavo. Pero el invento a que yo me refería, es la pólvora.”

—“¿Se atreverá a sostener que ha producido más bienes que males? Con la pólvora aparecen las armas

de fuego; después terribles explosivos que todo lo deshacen y acaban. Créame; con la quijada de Caín y la tizona del Cid, los hombres tenían bastante para saciar sus instintos sanguinarios”.

—“¡Alto ahí! —hube de replicarle—. Tengo para mí la invención de la pólvora por espléndido regalo; es un instrumento de dominio eficaz sobre la naturaleza, y lo que vale más aún, de emancipación contra la tiranía. Antes de conocerse, el hombre que trabajaba con la inteligencia o con las manos, era un esclavo, por ley escrita o por la fuerza bruta. Vivía con suerte incierta y dolorosa bajo la amenaza constante y desmandada brutalidad de los caballeros, quienes por no dedicarse a otra profesión u oficio que el de las armas, mantenían sus odiosos privilegios de señores de horca y cuchillo. ¿Cómo había de defenderse el poeta o el labrador con la pluma o el arado de las vejaciones y atropellos?”

—“Podían combatirles con sus propias armas”.

—“En modo alguno. Sólo los nobles gozaban del privilegio de montar a caballo: del noble bruto les viene su nombre, y también su estulticia. Los caballeros se adiestraban en el manejo de la lanza y en la esgrima de la espada, pues su permanente holganza dió lugar a ello. Por si esta superioridad, que hoy calificaríamos de técnica, fuese poco, eran los únicos que comían a entera satisfacción para regodeo de su agresiva animalidad. Eran los más fuertes físicamente, y estos sus bríos les permitían portar pesadas armaduras, haciéndoles insensibles a los golpes ajenos,

con ventaja de los propios. Caballero tan sólo ha existido uno: Don Quijote de la Mancha. Y este fué maravilloso engendro de ficción del genio de un poeta”

—“Siga; siga”—dijo mi amigo estremando, no sé si su interés o cortesía.

—Pues bien. La invención de la pólvora, que la leyenda atribuye a un fraile teutón, Schwartz, creó las armas de fuego. ¿Comprende lo que esto significa? Ya no era la fuerza bruta del Señor la soberana. Los humildes, los perseguidos, los débiles, podían abatir a sus verdugos con facilidad, sin esfuerzo físico. Gracias a los arcabuces fusiles y pistolas, un hombre era igual a otro para defender su vida o arrebatarla a su agresor.

—“En este sentido, tiene usted razón”.

—“Aún hay más—continué—. La artillería demolió las fortalezas de los señores feudales, que asaltaban los caminos, ponían las villas a contribución o entraban a saco en ellas. De estos esforzados y caballerosos caballeros, descienden las dinastías reinantes de más abolengo y las casas nobiliarias más antiguas. Por eso cuando algún vanidoso desvaría y se jacta de poseer veinte abuelos conocidos que se ilustraron en las armas e ignoraron las letras, seguro es que el fundador de la estirpe fuese un bandolero de fama o un militarote fanfarrón y cruel. ¿Acaso conocemos algún rey nacido de un remoto filósofo, o duque que descienda de sabio”.

—“Diríase que defiende la violencia”.

“No. Lo que defiende al elogiar la pólvora es el

derecho de legítima defensa, a vivir digna y libremente, los fueros de la igualdad. Las armas de fuego han contribuído tanto como las ideas, al triunfo de la democracia”.

—“Sin embargo, el espectáculo que con dolor contemplamos en nuestros días, no parece favorable a su punto de vista. Sin los explosivos no serían posibles esas locuras de barbarie fascista que destruyen ciudades y asesinan a millares de criaturas. Madrid, Barcelona, y tantas ciudades españolas, con sus columnas de fuego que se alzan al cielo y sus cenizas que el viento dispersa, hacen fe...”

—“Eso se debe a que ha surgido una nueva especie de seres que no tienen otros rasgos comunes de humanidad que vestir camisas de sombríos colores”.

Mi amigo empuñó la pistola con simpatía, examinándola como un niño admira un juguete.

—“La verdad es—dijo con aire convencido—que dos balas inteligentes, justicieras y bien dirigidas, podrían cambiar los destinos del mundo”.

—“¿A dónde hay que apuntar?”—le pregunté.

—“Es usted demasiado curioso”.

Luego volvimos a hablar de Platón, ensalzando sus bellezas.

13

Un Galeote de la Pluma

Después de haber comido, en torno de la mesa mi amigo y yo bebíamos con eclesiástico deleite, conver-

sando sobre asuntos que por no interesarnos a ninguno de los dos, reputábamos de la mayor importancia. Consulté el reloj y hube de despedirme, no sin cortes protestas por parte suya.

—“Mucho le agradezco su insistencia en continuar esta amable plática, y soy sensible a la copa que me ofrece, pero el trabajo me manda con voz imperativa de acento militar y hay que obedecer. Usted olvida sin duda que soy un galeote de la pluma, un esclavo del artículo que con astronómica regularidad y matemática precisión forzosamente ha de publicarse el domingo”.

—“Me parece que ustedes los escritores exageran las dificultades de su profesión u oficio. Esto de escribir no ha de ser cosa tan difícil, y desde luego es menos grato que la copa de coñac que le ofrezco. Sin ánimo de agravio le diré, que hilvanar palabras al arbitrio de su fantasía, no se me antoja empresa de gran monta. El lector es benévolo por naturaleza, ya que el interesarse por lo que otros piensan, es un anticipo de indulgencia a los posibles errores y seguras naderías con que se emborrona el papel”.

—“No seré yo—respondí—quien venga a turbar la placidez de su digestión con plañideras lamentaciones sobre las angustias y torturas de escribir. Pero las palabras son rebeldes, anárquicas, y para expresar la sombra de una idea o el leve temblor de una emoción, se requiere un esfuerzo dictatorial de la inteligencia. Además, he de confesarle con humildad, que en es-

tos momentos no se me ocurre absolutamente nada... ¿Quisiera usted darme el tema?"

—"Un trago más, amigo mío. La bebida es fuente de inspiración. ¿Recuerda aquella oda de Horacio titulada *Ad Amphoram*, que comienza así: *O nata mecum consule Manlio*..."

—"Podría citársela de memoria—le interrumpí—. Desde mis tiempos de estudiante quedó grabada en mi mente: el alegre licor vuelve indiscreto al sabio y le hace descubrir sus pensamientos secretos; con él desafía la cólera de los reyes y la espada del soldado. Por desgracia carezco de sabiduría, no tengo secretos que revelar ni ganas de retar a reyes o incurrir en el enojo de los guerreros. No olvide que la digestión requiere, además de bicarbonato, una relativa tranquilidad".

—"¿Por qué no escribe usted sobre el amor?"

—"Evocar el amor después de haber comido, por razones que le explicarían médicos eminentes, raya en temeridad. Gracias a la nutrición podemos prolongar la vida, pero interrumpirla en su período álgido, aunque sólo sea con la imaginación, puede acarrear graves males, entre ellos la muerte. El amor es algo tan delicado que no permite alteraciones en la circulación de la sangre. Además, es un tema en desuso, que por lo viejo ya no interesa a los lectores".

—"Me parece que exagera. ¿Hay algo más actual, más eterno? ¿No es una deliciosa locura que nos hace llevadera la vida y olvidar a la muerte?"

—"En nuestros días ya no se habla sobre el amor;

vivimos tan de prisa que no tenemos tiempo para ello. Apenas si aparece en las novelas de un modo incidental, y sin atribuirle excesiva importancia. Otello, el noble moro, anda con las huestes de Franco asesinando campesinos y robando gallinas en Castilla; Ofelia, por buena nadadora no podría ahogarse en un lago; y si Werther pide la pistola a un amigo, no es para suicidarse sino para empeñarla”.

—“¿Entonces?”

—“No se habla, no se escribe, no se poetiza sobre el amor. El amor se hace. Y aun sobre esto habría mucho que decir. Luis XIV, que además de rey o precisamente por ello, unía la majestad a la indiscreción, preguntó a un noble duque ya entrado en años: ¿Hacéis vos el amor?—No, *sire*, le respondió, yo lo compro ya hecho”.

—“¿Por qué no escribir sobre asuntos financieros? Todo cuanto a los dineros atañe, es de interés apasionado”.

—“Me guardaré mucho. En cuanto alardease de economista, perdería el escaso crédito que tengo entre mis acreedores. ¿Qué es un economista sino un extraño y abnegado ser de pobre vestimenta y poderosos lentes que maneja los dineros ajenos por pura referencia, sin haberlos palpado en su científica y laboriosa vida”.

—“Y ¿el Estado, las nobles funciones que desempeña, en beneficio de la colectividad social...?”

—“¡Alto ahí! Puesto que estamos en vena de confidencias le diré en voz baja y con temor de que me

escuchen, que yo modesta y pacíficamente soy anarquista . . .”

Mi amigo, bien avenido con la existencia, pensando sin duda en esas cosas misteriosas que se denominan cuentas corrientes, y en las leyes que las garantizan, no pudo ocultar su indignación.

—“Usted es un espíritu disolvente. Yo concibo que no se crea en Dios, pero en el Estado . . . ¿A dónde iríamos a parar?”

Un poco asustado hice un rápido examen de conciencia.—“Le diré a usted—insinué con timidez—. De los treinta días del mes, soy anarquista durante veintiocho . . . Al llegar el primero o el quince, cuando la Administración regala los cheques a sus servidores, entonces, comprendo la utilidad del Estado, admiro su sabiduría, alabo su beneficencia . . .”

Mi amigo me miró con aire sorprendido. —“¿Está usted loco?”

Yo no contesté. Alargué mi mano.

—“A dónde va?”—me preguntó con marcado enojo.

—“A escribir mi artículo para el domingo . . . ¿Acaso olvida que soy un galeote de la pluma?”

14

Una Vida Inútil

—“¿Usted leyendo una novela contemporánea?”
Mi amigo expresó su sorpresa. Tenía en mis manos *La Vida Inútil de Pito Pérez*, de José Rubén Romero.

—“¿Por qué no? Bien sé que a la hora de mi muerte, más que abandonar la vida, que a decir verdad no fué muy amable y risueña conmigo, lamentaré el número inmenso de libros por mí ignorados. De aquí que seleccione mis lecturas con avaricia, pues sospecho que más allá, a donde vayamos, que ello es incierto y misterioso, no habrá bibliotecas para colmar mi curiosidad, insatisfecha en la tierra. Este es una de las razones de mi desdén hacia esos vagos paraísos que la imaginación nos ofrece para consolarnos de la brevedad de nuestra aventura, o de su excesivo tiempo. Pero tengo tal olfato en lo que a la letra impreso concierne, que me bastan unas cuantas páginas para saber si debo continuar mi peregrinación a través de ellas, o detenerme sin remordimientos.

“¿Desapareció el pícaro de nuestro panorama social?—Como no tuviera respuesta, proseguí—Más bien pienso que se cerraron los ojos de los observadores. Los novelistas, verdaderos, aunque inconscientes, historiadores de nuestra vida, la que tejemos con nuestros sueños y actos, y de que somos testigos, no lo ven. Otros afanes inspiran sus ficciones de raigambre humana. Dejemos los negocios y ocios del amor, por enmohecidos, aunque con frecuencia placenteros. Olvidemos el juego de las pasiones, en el cual gana el que pierde; pues nuestra fantasía tan pobre es, que pese al progreso de las artes y de las ciencias no hemos pasado del octavo pecado capital: quien descubriese el noveno, habría de immortalizarse. Hoy la literatura

novelesca cuando se fija en los descontentos, en los rebeldes, cae las más de las veces en aventuras de bandidos, perdiendo así toda nobleza. El que se alza y desafía a la sociedad por motivos personales, egoístas, de baja condición, fatalmente va a encerrarse en el Código Penal, que es su adecuado refugio, aunque ande suelto, y en el artículo tantos o cuantos de esas sabias y previsoras leyes, que si no son justas, ello fuera inmoderada pretensión, al menos son severas y calman el rencor de los que las hacen, con la seguridad de no toparse con ellas. Mientras el pícaro . . .”

Conociendo mis ideas disolventes, mi amigo me interrumpió:

—“Por amor a la paradoja, es usted capaz de defender lo que defensa no tiene. No ignoro sus simpatías hacia determinadas doctrinas, destructoras y nocivas para la sociedad y las buenas costumbres; pero estimo que no llegará su osadía hasta defender al pícaro”.

—“Aquí tiene usted—le dije entregándole el libro—esta novela de José Rubén Romero que acabo de terminar con emoción y gratitud. Léala sin prejuicios. Pito Pérez será su amigo. El se libertará de las páginas tan bellas, graciosas e irónicamente escritas, para hacerle compañía, y aún darle consejos, a usted hombre de orden; de este orden; y también guardián de sus leyes; de estas leyes. Porque este novelista mexicano, ha enriquecido su producción ya valiosa, con una obra maestra. No rectifico el juicio; y cónstele

que en asuntos literarios, no en los amorosos o de dineros, de indulgencia carezco. El ha creado un héroe que por desprovisto de armadura, lanza y dama a quien decir de amores, no es menos heroico que cualquier caballero digno de la biblioteca de Don Quijote, que expurgaran el cura y el bachiller; pues en censuras y expurgos, presbíteros y bachilleres son los amos, o pretenden serlo. Los andrajos que cubren su osamenta, coraza son contra la esclavitud; que un hombre que sabe ser pobre, siempre libre es. Su lanza, es su palabra, audaz, agresiva, demoledora, que se clava en la hipocresía social. Con ella arremete contra los monstruos, gigantes y malandrines que pueblan las ciudades y se enseñorean de los caminos, cometiendo injusticias y haciendo entuertos. En cuanto a su dama, a decir mejor, sus damas, pues algunas tuvo en su forzada soledad, éstas le enseñaron que todo es burla en el amor; y cuando no burla, hastío, desilusión, tristeza”.

—“Confieso—respondió—que es extraño que en esta época en donde los pícaros no faltan, sea un acontecimiento literario que un pícaro salga a escena”.

—“El pícaro amigo mío—me apresuré a decir—de raíces literarias tan humanas como españolas, no es el criminal, que pone la brutalidad de sus instintos al servicio de sus apetitos. El pícaro es el filósofo andariego más allá del bien y del mal, de aquí abajo, y que se atrae honda simpatía por henchido de ternura y de piedad, si bien éstas se ocultan con recatada modestia. Discípulo de Diógenes por su cinismo, al

confesar sus trapacerías para lograr un mendrugo de pan, lo es también de Séneca, llegada la hora del infortunio, para él días y años. ¿Quién con más dignidad que Pito Pérez recibe a esta gran señora que se llama la desgracia? Desde su infancia, con ella trabó conocimiento, y a ella fué fiel, hasta que sus cansados pies descansaron de los caminos al caminar en la nada. Sus correrías por las hermosas y risueñas tierras de Michoacán le enseñaron a amar a la naturaleza y a despreciar a sus semejantes, fuesen sacerdotes, boticarios, jueces, alcaldes, mercaderes y demás personas de calidad, en el tinglado de la farsa. No desconozcamos sus defectos. Era más bien dado a la pereza que al trabajo. ¿Acaso el derecho a la pereza, aunque olvidado por los revolucionarios franceses, no es uno de los del hombre? En sus oídos habituados a escuchar el silencio del campo, resonaban las palabras del Eclesiastés: Todo es vanidad y aflicción de espíritu. ¿A qué afanarse bajo el sol? Para evadirse de la vida, que tan dura y cruel le era, se dió a la bebida: ello es explicación, no excusa. Al final de sus azarosos días quería huír de todos y de todo; incluso de sí mismo. ¡Qué admirables páginas aquellas en que Rubén Romero nos describe sus alucinaciones, mezcla de realidad y poesía, de sátira y ternura! Nuestro buen Pito, sin haber leído la oda de Horacio *Ad Amphoram*, sabía que el alegre licor vuelve indiscreto al sabio y le hace descubrir sus secretos. ¿No era sabio él? ¿No prodigaba su ciencia vivida, destilada por los sufrimientos y el dolor? También

con el vino, decía el poeta de Augusto, se desafía la cólera de los reyes y la espada del soldado. ¿Y quién más altivo que él, frente a la autoridad, la injusticia y la opresión? Tan discreto fué en el morir, que a nadie dió molestias; ni a médicos ni curas, ni a parientes ni amigos. Una noche luego de hacer testamento, legando a los hombres sus desilusiones, amargura, sarcasmos y dolor se tumbó en una calleja de su pueblo para no levantarse. ¿Qué pensaría en sus últimos instantes nuestro amigo Pito? Quizás, que la vida es un punto donde el hombre da cita al amor, la gloria y las riquezas: la única que acude es la muerte.”

15

De los Peligros de un Verbo Inglés

Me hallaba tomando un sabroso cocktail en el Club de Golf, cuando Mister G. H. Tramway, me saludó con exquisita amabilidad. Nada más natural. Era un caballero inglés que a sus probados talentos financieros, unía una noble pasión por los libros. Yo que he conocido toda suerte de ejemplares de la fauna humana, confieso guardar inexplicable y desinteresada admiración, por el capitán de empresa, maestro en un arte que ignoro, a pesar de mi sabiduría: el de hacerse rico.

—“¿Por qué no jugamos una partida de Golf?”
—dijo con el ánimo de serme grato.

Semejante invitación me causó igual asombro que si me hubiese propuesto aclararle el misterio de la Santísima Trinidad o resolverle el problema científico de si los mosquitos sudan. "Aunque usted me vé aquí—le contesté—desconozco las reglas elementales de ese juego, y a serle franco, no comprendo sus placeres ni ventajas. Seguir una bolita lanzada al espacio y que al caer se desliza sobre fresco y mullido césped, para buscar su sepultura en un hoyo, la tengo por diversión aburrida: para regodearse con ella, precisa ser inglés. Otra cosa sería seguir una idea o a una mujer hermosa".

—"Error, amigo mío. El golf despierta la inteligencia e influye de manera decisiva en la vida de los pueblos y en las relaciones internacionales. Es una inagotable fuente de inspiración; y muchas de las ideas geniales que se les ocurren a los gobernantes de mi país, a este juego se deben. ¿Cómo se explican de otro modo la invención del Comité de No Intervención en España, el acuerdo anglo-italiano y la nota enviada por Sir Nerville Chamberlain a México pidiendo la devolución de las concesiones petroleras? La prosperidad del Imperio de S. M., el respeto de que goza en el mundo entero y el temor que inspira su poderío, no son ajenos a este deporte inocente pero sano que aviva el seso y despierta energías impetuosas en los ministros de mi patria. Como contraste, recuerde que Mussolini y Hitler no juegan al golf; y de ello se resiente su política".

Fracasado su intento, me hizo la merced de sen-

tarse en mi mesa. Unos cuantos whiskys desataron su lengua, habitualmente perezosa, e hicieron vibrar su patriotismo.

—“Usted comprenderá la justicia que nos asiste al exigir, si bien sea de manera cortés, como corresponde a los Lores que dirigen nuestra Cancillería, la devolución de esas concesiones petroleras de que disfrutaban nuestra aristocracia y burgueses a costa de tantos sacrificios. Las necesitamos, como necesitamos la Biblia y las carreras de caballos. Pues por un inexplicable olvido del Creador, el petróleo se esconde en las entrañas de la tierra mexicana, en vez de brotar en Manchester o Glasgow. Mas no hay que alarmarse; esta distracción de Jehová la enmendaremos nosotros. La devolución, *the restoration*, como decimos en nuestra lengua, se halla plenamente justificada...”

Yo le interrumpí: —“Mi querido amigo. Ustedes poseen sin duda el idioma más rico en voces; y pacientes filólogos afirman que sus palabras pasan de cincuenta mil. Pero hay una, tan sólo una, que es peligroso pronunciar a ustedes los ingleses”.

—“¿Cuál?”—preguntó sorprendido.

—“Esa misma que usted acaba de recordar: *restoration*; en romance, devolución. ¿Se atreve usted a conjugar el verbo?”

—“¿Por qué no?”—Inocentemente comenzó: “I restore; yo devuelvo...”

—“¿Sí? Pues terminó con la grandeza del Imperio Británico. En Europa, Inglaterra tiene que devolver la libertad a Irlanda, Gibraltar, Malta y Chipre.

En Asia a Palestina, Irak, Adem, la India, Borneo, Ceylán y Hong-Kong. En Africa, al Transvaal, Sudán, Suez, Zanzibar, Uganda y Santa Helena”.

—“¿Santa Helena también?”

—“¿Acaso reservan ustedes la isla para amarrar a los tiranos caídos como hicieron con Nopoleón? No olvide que en la lucha de hoy no se hacen prisioneros. Sobran las cárceles. Además no merecerían honor semejante. El Emperador era un hombre de genio, que a la manera de Prometeo, mostró su grandeza encadenado, herido por la adversidad. Y al contemplarse con la espada rota, conquistó la gloria con la pluma. Pero volvamos a nuestro asunto. En América, Inglaterra debe la Independencia al Canadá, Labrador, Terranova, Guayana, Bermudas, Jamaica, Belice, en Oceanía, a Australia, Nueva Zelanda y Nueva Guinea. Y cónstele que aún quedan en el mapa algunos argumentos a mi favor”.

Mister Tramway enrojeció de cólera. Luego logró dominarse:

—“Supongo—preguntó con tono irónico—que cuando menos nos dejará usted la Torre de Londres”.

—“De ninguna manera, amigo mío. Fué un castillo romano. Desde sus ventanas, un César imbécil, cruel, calvo y cornudo que se creía un Dios, Claudio, arengó a sus legiones...”

—“¿Pero qué quiere decir con esto?”

—“Que ustedes los ingleses tendrán que devolver la Torre de Londres a Mussolini...”

La Irrupción de los Bárbaros

Aunque nada tiene de Júpiter, Don Venancio llevaba con orgullo un haz de flechas. No en la mano, cosa que me hubiese alarmado, sino en el ojal de la americana. Ello por inofensivo y mitológico, llevó a mi ánimo una impresión tranquilizadora.

—“Yo siento mucho—me dijo mientras removía con la cucharilla su taza de café—que la barbarie de sus compatriotas—no los míos—antes encerrada en las fronteras, se haya hecho pública en Francia, el país más civilizado, humano y generoso. De su generosidad nadie ha de dudar. ¿No entregó Checoslovaquia a Hitler? ¿No ofreció España a Mussolini? Pero los actos de vandalismo realizados por esa avalancha humana al internarse en las tierras de la dulce y sonriente Francia, es algo que suscita vergüenza y mueve a indignación. Y todo por desconocer los bondadosos sentimientos del caudillo providencial, que en cuestión de españolismo superó a mi paisano Don Pelayo, al Cid Campeador y al mismísimo alcalde de Móstoles. Ciertamente es que ha destruido sus ciudades, arrasó sus campos, fusiló a millares y millares de hombres en la retaguardia, y ametralló a los ancianos, mujeres y niños. Lo hizo por puro amor a España; para salvarla de los horrores de la República y de la democracia. Y no considerándose bastante fuerte para su noble empresa, abrió las puertas a la invasión. La excelsa fi-

gura del general Franco sólo es comparable a la del Conde don Julián. Gracias a él, España se vió sometida a la dominación musulmana durante siglos”.

—“¿Pero qué han hecho mis compatriotas en Francia?”

—“¡Ahí es nada! Por mucho que sea su fanatismo político, ha de asombrarse de ello. Después de la evacuación de Barcelona, llegaron a la frontera hambrientos y extenuados. Muchos de ellos, antes de alcanzar la tierra de promisión, quedaron muertos o heridos en los caminos cubiertos de nieve. Pues nuestros amigos, los bravos aviadores italianos, les persiguieron de modo heroico durante la marcha. Hacía un frío terrible. Por fin pasaron los Pirineos. ¿Qué dirá usted que hicieron?”

Yo escuchaba con atención.

—“Pues sin pedir permiso a las autoridades, se pusieron a cortar árboles y arrancar cepas para hacer fuego y calentarse. Comprenderá usted que esto es monstruoso, criminal, intolerable. Toda persona que tenga algo que perder—me refiero a bienes, a sentimientos no—ha de alarmarse. ¿A dónde iríamos a parar si no se respeta la propiedad por encima de todo? Este hecho inaudito, abominable, ha producido un verdadero pánico, sobre todo entre los juristas, que no conciben se apodere nadie de lo ajeno sin invocar el código civil, fundamento de la civilización y de la moral universal”.

Yo creí que soñaba.

—“Pues aún hay más. Esas muchedumbres—la mayor parte mujeres y niños—llegaron en un estado

de suciedad indescriptible. Por imperdonable descuido, durante su viaje dejaron de bañarse. ¿Nó es una ofensa a Francia, patria de los refinamientos y de Madama de Pompadour, ésta invasión de harapientos y piojosos? Bien es sabido que su rey más ilustre, Luis XIV, que amaba la pompa y cultivaba la majestad, era refractario a las abluciones. Tan sólo se lavaba con un pañuelo rociado con Agua de Colonia. Pero esto, justificable en un monarca que persiguió a los hugonotes, y antes de visitar a su querida, la marquesa de Maintenon, se confesaba con un jesuíta para pecar a gusto, es imperdonable en los rojos. La democracia, entre otras cosas es miseria, mugre, peste”.

Luego de una pausa, añadió:

—“Esto le explicará que la prensa sería de la República gala se sienta indignada y muy razonablemente haya calificado de hordas a los refugiados. Había que imponer el orden, el respeto a la ley. Y gracias a los muy cultos soldados senegaleses, que repartieron algunos culatazos amicales, el orden se impuso y triunfó la ley. No quiero evocar, por no herir su olfato, cómo dejaron los lugares en que se hacinaban; pues en su éxodo olvidaron llevar consigo esos inventos sanitarios, que juntamente con el descubrimiento del paraguas, han inmortalizado a los ingleses. Y tenga presente que los campos de concentración se hallaban rodeados de alambradas con puás, para hacerlos más confortables. Un detalle que es un argumento definitivo contra su suciedad: después de comer las sardinas arrojaban las latas al suelo...”

—“¿Pero querrá usted que se coman las latas también?”—interrumpí.

—“Le confieso que la culpa de esto la tiene Francia. Si al principio del levantamiento salvador entrega al Gobierno de la República las armas que le tenía vendidas con arreglo a un tratado; o después del Comité de No Intervención, hubiese cumplido con su palabra, impidiendo la entrada de material y tropas en España, es evidente que nosotros habríamos sido derrotados de manera aplastante, y ahora se vería libre de esa plaga de ancianos, mujeres y niños, que son los más...”

—“Por una vez estamos de acuerdo”—afirmé.

—“Pero lo que clama al cielo, es la ingratitud de los españoles, que lejos de reconocer la generosidad francesa, protestan por el trato que reciben. Yo se que comen mal, que pasan frío y que están no como refugiados, sino como prisioneros. Y esto podía evitarse, pues el Gobierno de Daladier, con pretextos jurídicos que no son del caso, se incautó—digámoslo así—de mil quinientos millones de francos en oro, que el Gobierno republicano de España tenía depositados en un Banco de París, creyendo ingenuamente que allí estaban seguros. ¿Nó se podía emplear este enorme tesoro en favor de los refugiados? Se podía... pero no es posible. Pues el Gobierno de Daladier, que se había negado a devolverlo a su colega de república el Doctor Negrín, ha ordenado que se le entregue a su colega amigo en fascismo, el general Franco, con gran contento de Mussolini, que en lo que respecta

al oro, sólo ve el que refulge en el disco solar, en los desiertos de Etiopía”.

—“Esos elogios que usted hace en Francia—le contesté después de agotar la paciencia—creo que tan sólo los merece su Gobierno. El pueblo francés es muy otro, dicho sea en su alabanza y honor, y espero que el eclipse de su grandeza, habrá de durar poco tiempo. ¿Qué es Daladier, sino un profesor mediocre, que por intrigas de baja política, en alianza con el azar, usurpa los destinos de Francia y está manchando la historia de su patria? La Historia presente y comprometiendo su futuro. Dantón, frente al enemigo exigía audacia y más audacia. El, aconseja timidez y claudicación. En vez de dar ánimos a su pueblo para la lucha que se avecina, le deprime y desmoraliza. ¡Qué diferentes eran los hombres de 1914! Yo he sido testigo de la varonil serenidad con que París acogió la orden de movilización para marchar a la frontera invadida. Bastaron unas sobrias palabras de Gallieni, para que cada soldado se excediese en el cumplimiento de su deber. También he sido testigo de la resistencia y el heroísmo de los *poilus*, en las trincheras, sucios, barbudos y cubiertos de piojos, cuando la furia alemana amenazaba las libertades del mundo, como ahora sucede. Francia no es ese puñado de políticos profesionales que apoyado en un rebaño de diputados traidores a sus ideas, ha consentido, ayudado y sancionado el crimen de España. Tampoco esos funcionarios egoístas y crueles con máscara republicana e instintos nazis, que persiguen y maltratan a los re-

fugiados españoles fieles a sus ideales en la desgracia y la adversidad. La Francia del pensamiento y del trabajo, la que no gobierna hoy sino es desgobernada, recordando su gloriosa tradición humanista y jacobina, no habrá de entregarse sin combatir, ni combatir sin vencer”.

—“¿Pero qué piensa usted de las fechorías de los refugiados españoles?”—se atrevió a insistir.

—“Que me hago solidario de sus crímenes. Puede usted pregonarlos a los cuatro vientos. Mas tenga presente que de esas hogueras encendidas por manos fatigadas y temblorosas pero libres, sin permiso del guardabosques, ni autorización del gendarme, ni conocimiento del Alcalde, ni aprobación del Prefecto, brotan llamas que no se apagarán nunca: es el fuego sagrado...”

17

La Flecha en el Cisne

Mi amigo insistió tanto, que me dispuse a acompañarle en la cacería. Al filo del amanecer, aun bañados en sombras, salimos en la inquieta y ruidosa compañía de dos galgos. Su certero instinto les advertía de la proximidad de los goces anexos a su canina condición, y alborozados, saludaban el alba con sus retozos y ladridos. A poco caminábamos por el monte, que húmedo aun se desperezaba de su sueño bajo nuestras pisadas. Un suave resplandor de Oriente avanzaba

con prisa, acariciando el paisaje con risueñas promesas de luz. Mientras atravesábamos la llanura, con deseos de ganar la montaña que se perfilaba en la lejanía envuelta en ligera niebla, mi amigo mostrándome con orgullo la escopeta, y con un tono que traicionaban instintos belicosos, exclamó con júbilo: “¡Hoy vamos a hacer una matanza terrible!”

Hombre pacífico, de carácter dulce y corazón compasivo, que en las calles de la ciudad se condolía hasta de la suerte o infortunio de los perros vagabundos, escopeta al brazo, se revelaba como otro muy distinto del amigo que yo conocía y estimaba. Bastaban un arma y las perspectivas de indefensas y anónimas víctimas, para que se despertasen en él instintos de agresión y de muerte, incompatibles con su natural bondadoso y comprensivo.

—“Para mí—hube de responderle—, lo más encantador de la cacería, consiste precisamente en que no haya caza. Es un honroso pretexto: un amable incentivo para hundirnos momentáneamente en la naturaleza, percibir sus misteriosas palpitaciones, recrearnos en sus bellezas de infinita diversidad, y aprovechar sus lecciones de indiferencia hacia todo lo que alienta y vive en ella. Su poder creador, inagotable, y ajeno a la suerte de sus criaturas, lleva al pensamiento brisas de serenidad. La caza es un delicioso paseo, a condición de que no haya derramamiento de sangre... Yo siempre, como antídoto de la escopeta, llevo en el bolsillo algún libro de amable lectura: hoy le tocó a Virgilio.”

—“¿Entonces?”—respondió un tanto asombrado de este elogio de la caza sin víctimas. Y tuvo a bien tacharlo de paradoja.

—“Usted por cazador—le dije—no ignora el placer inefable que sentimos, cuando dejando la escopeta en tierra nos recostamos a la sombra de un árbol frondoso o en las orillas de un arroyo transparente y murmurador. Con la vista clavada en lo alto seguimos con curiosidad los juegos caprichosos de las nubecillas suspendidas en el azul, y escuchamos el silencio. Nuestra conciencia se desvanece con agradable suavidad; diríase que el espíritu se disuelve en la Naturaleza a manera de anticipo de la disolución de nuestro cuerpo en la tierra, que nos sirve de efímero lecho a nuestros sueños de hombres despiertos. A veces, mientras nos hallamos entregados a este dulce divagar, un ave cualquiera se acerca a nosotros, ignorante del peligro que la amenaza. Posada en una rama, hace graciosas piruetas, como contenta de sí misma. De un corto vuelo cambia de lugar: allí descansa. La escopeta está al alcance de la mano. Sólo tenemos que hacer una ligera presión con el dedo para que el pájaro caiga a nuestros pies. Su vida depende de nuestra voluntad o nuestro capricho. Entonces sentimos una misteriosa invasión de alientos búdicos, y la piedad se extiende a todos los seres y todas las cosas. O por orgullosos y conscientes de nuestro poder, remedando a los Dioses, señores de horca y cuchillo, les perdonamos la vida por magnanimidad. A mí me gusta la caza, pero con indulto general.”

Mi amigo, quizá razonablemente, tomó a broma estas reflexiones. Se internó en un bosque que trepaba en la ladera de la montaña seguido de los galgos, mientras yo, cómodamente apoyado en el añoso tronco de un pino, me dedicaba con deleite a la lectura de Virgilio. Luego de algún tiempo, añorando el dulce paisaje de Mantua reflejado en las aguas del Mincio, quedé dormido.

Al despertar, mi amigo se hallaba sentado junto a mí, y orgulloso de sus proezas cinegéticas, mostraba unos cuantos conejos y dos magníficos patos como botín. Sus ojos, de ordinario apagados, brillaban con ardor; de su escopeta se desprendía un tufillo a pólvora que respiraba con marcada complacencia.

Yo le felicité. Mas para mis adentros, por hermandad de ideas, evoqué un episodio de Parsifal. El héroe de la vieja leyenda rejuvenecida por el genio de Wágner, por iluminaciones de su alma, penetra en los secretos de la naturaleza. Al entrar en Monsalvato, con una flecha mata a un cisne. Gurnemaz, su viejo y fiel escudero lo censura. Y Parsifal, sencillo y puro, siente la revelación del dolor universal por la herida del ave que agoniza. Se arrepiente y rompe el arco... ¡No matarás!...

18

Fuego y Ceniza en la Bastilla

—“Usted que es jacobino, sin duda alguna habrá

celebrado el 14 de julio. Al menos con el recuerdo, ya que es de rito entre los revolucionarios”.

Quien esto decía, y no sin malicia, era un profesor de Historia, que desempeñaba con lealtad su elevada misión, pues no creía en el pasado y desconfiaba del presente. En cambio, veía con simpática indulgencia el futuro, como laudable pretexto para escapar a la tiranía de lo existente, gracias a los sueños bellos y generosos, que entretienen las esperanzas de los hombres, desde los lejanos tiempos en que Platón, con ideas puras, edificaba una República, sobre las ligeras y fugitivas nubes del cielo de Atenas.

La ironía que se desprendía de sus palabras, picó mi amor propio. Hube de acallar la amargura, y ocultar la desilusión, que al adversario, por cortés y tolerante que sea, no han de revelarse los instantes de desaliento, que las horas nos traen, y se llevan los días.

Hice un esfuerzo.—“Si algún pueblo ha demostrado el poder avasallador de las ideas—respondí—este pueblo es Francia, y la toma de la Bastilla es un ejemplo de ello. Cuando la muchedumbre enardecida se apodera del Castillo en 1789, lo que hace en realidad, es destruir un símbolo. La Bastilla entonces era un recuerdo doloroso de injusticia y de arbitrariedad: la encarnación en piedras seculares, del Antiguo Régimen. La noticia de este suceso alentador, corrió velozmente por Europa. Cuenta un testigo, que al saberla, los transeuntes se abrazaban en las calles de San Petersburgo. En la Roma Papal hubo manifestaciones de

júbilo, como en Londres, Madrid y Nápoles. Los pueblos que sufrían el despotismo, saludaron la demolición del baluarte de la intolerancia y del capricho real, a manera de una aurora de libertad”.

Ante este inesperado entusiasmo, mi amigo sonrió.

Yo afané nuevos bríos.—“Mas si las murallas cayeron derribadas por las balas, azadas y picos, fueron las ideas las que encendieron las mechas de los cañones, y animaron las manos de los revolucionarios en su ruda labor. Y entre los héroes anónimos de la jornada, reviven sombras augustas, que es grato evocar. Allí, mezclado con las masas, está Voltaire. El Patriarca de Ferney, envuelto en sus pieles, regio regalo de Catalina de Rusia, muestra su eterna sonrisa de sarcasmo y bondad. El glorioso anciano, ha prodigado las riquezas inagotables de su espíritu, en defensa de la causa de la Humanidad. También sus temibles ironías a favor de los humildes, de los perseguidos. *Ecrasez l'infame*, pone como rúbrica a millares de cartas, que llegan a todos los rincones de Europa. Es decir: aplastad la superstición; todas las supersticiones, que embrutece al hombre y lo hacen siervo”.

“No lejos del apóstol de la tolerancia, se halla un gran señor de grave aspecto y perfil romano. Es el Magistrado Montesquieu. En su juventud, valiéndose de imaginarios viajeros persas, hizo la sátira más inteligente, divertida, licenciosa y cruel de los apagados resplandores del Rey Sol. Luego, en libros sabios, demostró los fundamentos del régimen constitucional, y sus excelencias para el gobierno de los pueblos libres.

Como testamento político, nos legó esta sentencia: "La democracia reside en la virtud." Un hombre de aspecto de titán, anda con agigantados pasos. Desaliñado en el vestir, yergue su noble cabeza pensadora con aire de reto. Es Diderot. Acaso viene del Café de la Regencia, donde ha conversado con el sobrino del músico Rameau, derrochando pensamientos geniales y profundas paradojas. O de un taller de artesanos, pues el filósofo, por vez primera en la Historia, revela lo que la civilización debe al trabajo manual, tenido hasta entonces por indigno y servil. Lo rehabilita para siempre en sus artículos de la Enciclopedia, al describir las herramientas y máquinas, y dar a conocer, a los que cerraban los ojos y se tapaban los oídos, el doloroso esfuerzo del obrero, que con sus manos, acaba y completa la obra de la Creación misma".

"Un caballero de porte distinguido, abandona los problemas matemáticos que le inquietan, y lanza miradas de satisfacción al contemplar las columnas de humo que brotan de la Bastilla. Es D'Alembert, que en famoso discurso, hace un balance magistral de los conocimientos humanos, y explica, con optimismo alentador, los progresos de la razón, y los adelantos de la ciencia. Cerca de él, un hombre melancólico, sorprende por la timidez de sus maneras. Fué huérfano, lacayo, copista, músico, herbolario y perseguido en todas las tierras. El primer deber de un alma noble, dice Schiller, es rebelarse contra su siglo; y contra su siglo se rebela. Con audacia de ideas, embellecidas por la pasión, en plena época de las luces, de apología

del pensamiento y sus gloriosos destinos, sostiene que la civilización corrompe al linaje humano. Es Juan Jacobo Rousseau. Volvamos a la Naturaleza, exclama con acentos desgarradores. La propiedad, afirma, es el origen de la desigualdad entre los hombres. ¿Por qué hemos de olvidar el sentimiento, que es la esencia misma de las criaturas? Frente al artificio de la familia aristocrática, pinta en forma conmovedora la vida tranquila del hogar; en medio de la licencia de las costumbres exalta la virtud. En contra de los fueros de la inteligencia, proclama los derechos del corazón. Huyamos de las ciudades, añade que envilecen al hombre, para refugiarnos en el seno de la Naturaleza: descubre los goces del paisaje. ¿Dónde está el niño?, interroga con angustia, quién de niño tanto sufriera. Descubre al niño y le emancipa con un solo libro: *El Emilio*. También emancipa al pueblo con otro: *El Contrato Social*.

Mi amigo interrumpió:—"Por usted no pasan los años, ni en usted muerden las decepciones. Si no temiese incurrir en descortesía, habría de reconocer, que el jacobino es una especie eterna en la fauna humana".

Dándole las gracias con la mirada, proseguí:—"Estos son los conquistadores de la Bastilla, los forjadores de un mundo nuevo, que hemos de continuar hacia horizontes más libres, humanos y dulces. ¿Será Francia leal a su tradición revolucionaria?" (Yo involuntariamente pensé en la caída de la República Española, debida a que su Gobierno le negó armas para

defenderse, y autorizó la invasión enemiga). “¿Aceptará, con la audacia que aconsejara Dantón, el cumplimiento de su destino histórico?” (El recuerdo de los campos de concentración donde sufren millares de españoles aprisionados por alambradas y mercenarios senegaleses, atravesó mi memoria como un relámpago de horror).—“Así lo esperamos; así queremos creerlo, los que en Francia amamos sus espléndidas cosechas de Humanidad, y fecundas semillas para todos los pueblos”.

La comedia que representaba, por dolorosa se iba transformando en drama. En un arranque de sinceridad confesé a mi amigo: —“Todo cuanto ha oído, refleja las convicciones de mi vida entera; nada tengo que rectificar, y menos de arrepentirme. Más en verdad le digo, que sólo en Madrid o Berlín, en Praga o en Roma, podría celebrar de corazón el 14 de julio. Habrá pues que esperar, con paciente impaciencia. Mientras llega ese día evocar la toma de la Bastilla es una ironía de los pueblos esclavizados por el terror, y un sarcasmo a los hombres, muy hombres que allá en tierras de España pagan en silencio, con sus vidas heroicas, el amor a la libertad”.

19

De los Riesgos en las Cervecerías

—“Desengáñese. Eso de frecuentar tabernas y cervecerías suele traer muy malas consecuencias. Me

lo advirtió, hará cuarenta años un tío mío, que era canónigo de estado e indulgente por naturaleza. Y la experiencia que coseché, sin haber sembrado nada, confirma su consejo, que por fortuna he seguido con severidad.”

Yo pretendí rebatirle, más para justificar mis debilidades, que ahuyentar sus virtudes.

—“Una de las cosas más difíciles de perder—dije con lentitud, mientras cruzábamos la Alameda—es el tiempo. Poseerlo, ser dueño y señor de él, implica fabulosas riquezas. En las tabernas fluyen suavemente las horas. Y el líquido, elemento esencial para la existencia armoniosa del Universo, según demostró cumplidamente Empédocles, al penetrar en nuestra triste animalidad, nos vuelve alegres, bondadosos, cordiales. No siempre, fuerza es reconocerlo. Que cada uno de nosotros lleva agazapado en su intimidad un orangután, dispuesto a dar señales de vida al menor descuido. Pero si el zumo del mosto no nos mejora, cuando menos nos cambia. En ello ganamos. Ser permanentemente el mismo, produce hastío y desesperanza. Podemos soportarnos a condición de sentirnos diferentes, opuestos, contradictorios. Un gran poeta italiano que tuvo veleidades de dictador, ensalzó con belleza griega a la Diversidad, Sirena del Mundo. Y ante esta sirena ponemos nuestra atención alerta, rectificando así a Ulises, que por prudente, al taparse los oídos, cegó sin saberlo, claro manantial de deleites.”

—“Confieso—respondió mi amigo—que una copa

encierra muy nobles y mágicas posibilidades de transformación. Añejos ritos religiosos llegan a divinizar el vino. Y de sus excelencias hay ejemplos conmovedores. Persona tan respetable como el patriarca Noé, que aunque judío fué precursor de los acorazados de bolsillo, último alarde del ingenio teutón, perdió la cabeza por rendirle homenaje ferviente. A decir verdad, Dionysos o Baco, a quien se atribuye su descubrimiento, no era un borracho de faz jocunda, grosero y brutal, coronado de pámpanos, sino un Dios humano y civilizador. Ahora bien; la cerveza es cosa muy distinta.”

—“No obstante—contesté—también esta bebida tiene un origen divino. Los griegos proclamaban que procedía del egipcio Osiris, protector de los muertos en sus misteriosos viajes por ignotas regiones. Y puede asegurarse que en tiempos de Julio César, los germanos no la conocían. Hubo de transcurrir más de un siglo para que este espumoso, refrescante y optimista líquido, arraigase en los habitantes de más allá del Rhin. Tácito da fe, e irreverencia sería negarlo. De este hecho, al parecer insignificante, un psicólogo sacaría saludables enseñanzas. Por lo pronto significa que los bárbaros—así se llamaba a quienes hoy designamos de otro modo—desdeñaban las uvas, y tenían manifiesta preferencia por la cebada, de cuya fermentación se fabrica. ¿Qué quiere decir esto? Quizás algún sabio nazi pueda explicarlo. Yo desde luego me declaro incompetente, y muy gustoso cedo el paso a

quien pueda arrojar alguna luz sobre tan importante asunto.”

Una maliciosa sonrisa sirvió de comentario.

—“Si la cerveza tiene una ascendencia divina—proseguí—justifica el culto que durante la Edad Media se la tributó en los conventos. Nada menos que una Santa, Hildegarda, entre las muchas obras de caridad que practicaba con evangélico celo, cuenta en su piadoso haber la distribución de recetas para elaborarla. Al lado de los honores eclesiásticos, recibió honores reales. En 1591, en Munich se inauguró una cervecería de la Corte: la *Hofbraubaus*.”

—“¿Ha dicho usted en Munich?”

—“Sí. Y juzgue de las coincidencias de la Historia. Precisamente en la capital de Baviera y en una cervecería surgió el nazismo. Si no la mano de la providencia puede verse en ella un dedo, cuando menos. De no tener que escribir para resolver el cotidiano problema de la mantención y sus derivados, compondría un volumen de cuatro mil páginas, con objeto de demostrar la influencia de la cerveza en la metafísica alemana. Ha sido su acicate intelectual para meditar de tejas arriba. Sin unos cuantos vasos de cerveza, créame, es imposible entender la posibilidad de los juicios sintéticos a *priori* en Kant. También la doctrina del idealismo absoluto de Fichte, y la identidad del ser y del no ser en Hegel. Me reveló este secreto trascendental, un eminente profesor de una vieja Universidad, a orillas del Lahn, en un atardecer de primavera, mientras probábamos el contenido de

un gigantesco tonel. Y para transformar el superhombre de Nietzsche en algún dictador de los que por ahora se estilan, se necesitan copiosas libaciones.”

—“No me negará que sus efectos han sido grandiosos.”

—“Se lo concedo. Si la metafísica se compone de lo que todo el mundo sabe, más de lo que nadie sabrá nunca; en lo que nadie sabrá nunca, los alemanes han alcanzado las cumbres de la sabiduría. Pero conozco que cuando los filósofos se callaron y los pintores de brocha gorda dieron en especular sobre cosas de tejas abajo, sus resultados fueron deplorables. En vez de exaltar la inteligencia humana, que es comprensión, orden, armonía, despertaron instintos feroces, y se entabló una lucha a muerte entre el razonamiento y el grito.”

—“Le repito que siempre he sido enemigo de frecuentar las cervecerías. Pero de todas suertes me parece que el pronunciar en ellas discursos, entre trago y trago, en modo alguno justifica el hundimiento de la bóveda, no celeste, sino arquitectónica, aplastando a parlachines y bebedores en medio de espantosos fuegos. Esto, no se había visto hasta ahora.”

—“Error, amigo mío. Lo sucedido últimamente en Munich, en la histórica Buergerbrau, con su cortejo de muertes lamentables, y algún susto, que no es de lamentar, se halla de acuerdo con famosas tradiciones. En el Bodegón de Auerbach, que existe en la plaza del Mercado en Leipzig y yo visité en mi juventud, un noble caballero y su espolique, dado a

diabluras, por ser quien era, convirtieron el vino en llamas, sin que semejante travesura se atribuyese al servicio de espionaje inglés. ¿Puede dudarse del patriotismo de Fausto y Mefistófeles?”

Mientras conversábamos, de modo inconsciente dirigimos nuestros pasos a la cantina. Mi amigo y yo nos contemplamos sorprendidos. Estábamos al pie del mostrador, ante dos vasos de cerveza. Un ruido alarmante hizo que con angustia clavásemos la mirada en la montera de cristales, suspendida sobre nuestras cabezas. Era un gato de la vecindad, que en busca de placeres galantes, daba terribles saltos precursores de su regodeo sentimental.

Nos tranquilizamos.

—“Ve usted—le dije—. He aquí una ventaja de no ser nadie...”

20

Escenas de la Vida Diplomática

(En un despacho ricamente amueblado. El mitológico y palpitante asunto del Rapto de Europa, lo ofrece un Gobelino. La imagen del Cardenal de Richelieu, se refleja en viejo retrato. En otro, la bonachona de un desconocido señor, con aire de comerciante acomodado, cuyo pecho cruza una banda de tres colores. El rojo ha palidecido. Cae la tarde. Un aire tibio penetra por grandes ventanales abiertos. En el fondo, imponente y retador, se alza el Kremlin. Sen-

tados en torno de una mesa de te, con tres botellas de cognac, conversan dos caballeros de porte aristocrático: Lord Chesterfield y Malborough, Embajador de Su Majestad el Rey de Chamberlandia, y Su Excelencia el conde de la Tour Eiffel de la Barcelonette, representante de la República de Daladierandia).

Mylord. (Ajustándose el monóculo). —“Sí, mi querido colega. Los oscuros y complicados asuntos internacionales, se ven con meridiana claridad, a través de este pedazo de vidrio. No en vano lo usamos los de la “carriere”, para mirar las cosas de arriba a abajo, con elegante impertinencia, como corresponde a personas de nuestra condición, y mantener a respetable distancia a los demás. Pese a la democracia, nosotros somos nosotros.”

El conde. —“Estoy de acuerdo. Y a la invención del monóculo, que juntamente con el descubrimiento de la ley de la gravedad, hacen honor al ingenio de su país, ha contribuído no poco a los triunfos diplomáticos de que sin jactancia podemos enorgullecernos. En mi patria, la plebeyez de la República no ha logrado desterrar las nobles tradiciones del “Quai d’Orteil”, entre las cuales se cuenta el empleo de ese adminículo.”

Mylord. (Con aire de cansancio). —“Lo más lamentable es que nuestros Gobiernos no aprecian los sacrificios que hacemos por servirlos con abnegación. El trabajo me abruma. En esta semana, he tenido seis almuerzos y siete cenas. Y hasta un bautizo; pues la mujer del Encargado de Negocios de Milongaria, por

complacer a un amigo de su marido, que es primo del Kedive, tuvo a bien dar a luz, y me vi obligado a asistir a la ceremonia; no a la del alumbramiento, sino a la eclesiástica. Por cierto que el angelito, nació mulato. El médico de la familia ha explicado científicamente este fenómeno. La madre se impresionó demasiado, una noche, al tropezarse con un portero negro en un cabaret de París."

El conde.—"¡A quién se lo va usted a decir! Las exigencias de la vida social agotan mis fuerzas, ya muy gastadas en el servicio de mi patria. Me mordió un perro en Calcuta, cogí un reuma en Londres, me dieron el timo del portugués en Lisboa, me casé a la fuerza con una bailarina de Kentucky en Nueva York, y en Roma me demandó ante los tribunales un tenor napolitano, por dejarle afónico, a consecuencia de un susto que le di con mi automóvil. Pues bien, ninguno de estos hechos constan en mi expediente. ¡Qué ingratitud! En confianza le diré que estoy muy preocupado."

Mylord. (En voz baja). —"¿Cree usted, que los de aquí, van a entenderse con los de allá? Yo no sospecho nada. Mi servicio privado de información, me trae todos los días noticias tranquilizadoras. Ayer mismo, el compadre del cuñado de una tía de la cocinera de Ponteakí, me aseguró que en las altas esferas reinaban—permítame la palabra—los mejores deseos hacia nosotros. Ciertamente es que las negociaciones durarán todavía tres o cuatro meses, porque marchan con rapidez. Pero el resultado final, será favorable a

nuestras intenciones. Hay que mantener la paz cueste lo que cueste. Y de costar algo, que lo paguen los demás. Los ejemplos de España y Checoeslovaquia son alentadores. ¿Es razonable que por la independencia de Tornonia, el Primer Ministro interrumpa sus partidas de pesca, y los honorables miembros del Parlamento, se queden sin vacaciones? Volviendo a su asunto. ¿Por qué está preocupado?"

El conde. —"Usted que es un viejo amigo, no ignora mi íntima y duradera *"liaison"* con Madame Lulú de la Foret de Vincennes. Yo tuve el honor de suceder en sus encantadoras debilidades, al Príncipe de La Ligne Derraillé, que por pura sangre de bastardía, descende de un rey godo y de una echadora de cartas de Jerusalem. Ello es, que mi amiga ha concentrado todo su afecto, en dos seres que la corresponden con amor y gratitud: el Barbas y yo."

Mylord. —"¿El Barbas?"

El conde. —"No sea usted mal pensado. El Barbas es un Lulu de Pomerania. Este simpático animalito, es mi chifladura. Dormía en nuestra alcoba. Hace unos días estaba muy enfermo, y temo haya muerto. Comprendera usted mi honda preocupación. Pero se me ocurre una idea.—" Toca el timbre y el criado, luego de llenar las copas, recibe órdenes de pedir una comunicación telefónica con París.

Mylord. (Sorprendido). —"¿Va usted a hablar con..."

El conde. —"No; de ninguna manera—". Hay un silencio. Apuran el cognac. (Suena el teléfono).

“¡Allo Allo! *c'est moi, ma chérie*. ¿Cómo está el Barbas? Temo que me ocultes una desgracia. Ponle al aparato. (Se escuchan ladridos). ¡Guau! ¡Guau! ¿Eres tú, monada? Ya estoy tranquilo. Aquí todo va muy bien. El éxito es seguro. Díselo a Madame Chapeau, para que se lo cuente a su amiga, la condesa húngara. *Au revoir! Baisers*.”

Mylord. —“Usted es un hombre de ideas geniales. ¡Mire que hacer hablar, digo ladrar al perro por teléfono!”

El conde. (Se asegura de que están cerradas las puertas). —“Yo nunca me siento tranquilo en este país bárbaro. Se me figura que las paredes oyen, y que los más graves secretos de Estado, los conoce la policía. Hace años y no digo cuántos, cuando era niño, gracias a las piadosas y saludables enseñanzas de mi nodriza, veía por todas partes el Ojo de la Providencia que me vigilaba. No se por qué causa, se hallaba encerrado en un triángulo. Ahora es otro, el ojo que veo.”

Mylord. —“¿No estamos en Moscú?”

El conde. —“Sí; sí. A veces creo que me van a envenenar de modo artero, y tomo precauciones. El sábado último, en la Garden Party, una bellísima mujer, esposa de un alto funcionario, a la sombra de un pino verde, me ofreció sus labios. Pues me negué a besarla, por temor a que su boca, además de los efectos deleitosos, me produjesen otros de carácter mortal. Estamos en Oriente.”

Mylord. (Bebe otra copa). —“Mi querido amigo.

Me parece que podemos envanecernos de nuestra gestión, modelo de astucia y celo. Aquí no pasa nada; ni pasará nada. Claro está, que me doy cuenta de la misión trascendental que nos fué confiada. Y para no olvidarme de ella, mi ayuda de cámara, todas las mañanas al despertarme, tiene órdenes de decir: Ya es hora de que se levante su Excelencia, que cosas muy graves e importantes tiene que hacer hoy."

(Suena el teléfono. El Embajador de Daladierandia coge el aparato). —"¡Allo! ¡Allo! Sí; soy yo, Excelencia. ¿Qué se ha firmado el pacto? Enhorabuena por el éxito, señor Presidente. Espero tendrá en cuenta mis servicios. La Gran Cruz, colmaría mis ambiciones... ¿Cómo? ¿Que el pacto no lo han firmado con nosotros, sino con los otros?" (El Embajador palidece, y se deja caer en un sillón. Su colega, lanza en correcto inglés una blasfemia).

Mylord. —"¡Que esto me suceda a mí! A un Chesterfield, a un Malborough!"

El conde. —"Todo es humo y ceniza."

21

La Suerte está Echada

Me sorprendió en flagrante delito. No hubo modo de escapar, o discreto disimulo para encubrir la vergüenza; y aunque yo no lo vi, sin duda se reflejó en mi cara con la sinceridad de un pecado juvenil.

—"¿Pero usted?"

Yo, ingenua y confiadamente, compraba un billete de lotería. Sintiendo necesidad de justificarme, me adelanté.

—“Pues sí. Usted ha sido testigo de una de mis debilidades, y celebro que no fuese de otras mayores. Como ser dotado de razón, estoy convencido del determinismo universal. El movimiento de esta mano para saludarle, estaba fijado y previsto antes del nacimiento del mismísimo Adán.

“Por ello considero inútil cuanto se haga por quebrantar nuestro sino. Pero como legítimo descendiente del hombre de las cavernas, que a veces habla en mí, en momentos de ensayo, abrigo la consoladora ilusión de forjar mi propio destino, creando sucesos, que puedan favorecerme en esta aventura del vivir, de que soy irresponsable.”

—“¡Bueno! ¡Bueno!—dijo con aire indulgente.— Pero confiese, que el dinero que no se gana con el esfuerzo de la inteligencia o de las manos, es causa de vicios, y produce hondas perturbaciones: fomenta la holganza y relaja la disciplina social.”

Como nuestra conversación se hallaba en los comienzos y tenía aspectos de prolongarse, decidimos deambular por las calles, sin otro afán que el muy ameno de seguir en compañía.

Yo insistí:

—“Si como moralista en mis breves ratos de buen humor, exalto las virtudes del trabajo para la conquista del pan, en las horas largas y grises de que está preñado el día, las acato sin regocijo, con filosófica

resignación. Mas estimo lícito y razonable apelar a la suerte, con el propósito de allegar dineros que permitan algunas comodidades a la delicada animalidad, y den ánimos para descansar la vista en el porvenir, con risueño gesto de confianza."

—"A pesar de todo, usted estará de acuerdo, en que no debe aceptarse el dinero, cuyo origen no quede justificado ante la moral."

—"Aquí entre nosotros, y en voz baja, le diré que es más importante saber a dónde va el dinero, que de dónde viene. El Emperador Vespasiano dió cumplida lección a Tito, amor y delicias del género humano, al probarle que las monedas no tienen olor; pues aquellas áureas, contantes y sonantes que mostraba su hijo, procedían de un impuesto sobre las letrinas."

—"¿Pero aprueba esa institución absurda y loca de la lotería, que distribuye las riquezas, sin tener en cuenta las necesidades y méritos de quienes las reciben?"

—"Tengo para mí que la lotería es una de las instituciones más sabias y benéficas que inventó el ingenio humano. Es un juego: es decir, algo que entretiene esperanzas y mantiene ilusiones. Y más de un espíritu sutil y malicioso, demostró sus raíces metafísicas. No lo dude. Cuando compramos un billete para el sorteo, realizamos un acto de incalculable transcendencia."

—"¿Habla usted en broma?"

—"No; en serio. Cuando compramos un billete, ¿sabe usted lo que hacemos? Obligar a la suerte, esa

incógnita muda, a que nos responda sin dilaciones ni excusas, en el acto, con un sí o un nó. Nada de aguardar día tras día, de sembrar los años con nuestros sudores, en espera de una lejana recompensa, que puede quedarse en el camino. Pues la muerte nos acecha y muerde en los talones. Aquí me tiene usted. Esta noche, dentro de unas horas, tendré la prueba de si el destino me sonríe, o tomó en ojeriza.”

—“No me convenceré nunca de sus ventajas. Además, desparrama sus bienes sin fijarse en quién...”

—“En eso, está usted en lo cierto. Y si yo tuviera alguna influencia, cuidaría de que de vez en cuando, la suerte coincidiese con la justicia, para que los premios cayesen en los humildes, en los miserables, que saben existe el dinero, por no haberlo tenido nunca.”

—“¿Qué? ¿Se atrevería usted a aconsejar que se hiciesen trampas?”

—“En modo alguno. Tan sólo me atrevería a corregir discretamente el azar, cosa equitativa y justiciera.”

—“Desengáñese. En estos tiempos bárbaros en que vivimos, el dinero, por desgracia, es aún necesario. Pero es el gran corruptor, el enemigo de la virtud, que tuerce más destinos que endereza, y ocasiona más naufragios que salvamentos.”

—“De acuerdo. Y no dudo que en la sociedad futura, las manos de los hombres por puras y bondadosas, rehusarán el contacto del dinero. Y allá por los años dos mil...”

Me interrumpió:

—“Añada usted ceros a la derecha.”

—“Por complacerle, no tengo inconveniente”—le contesté.

Luego:

—“No olvide que la lotería es una institución esencialmente conservadora; la prima de un seguro a favor de los ricos, para que los pobres no pierdan la esperanza de serlo. Sin esta esperanza se harían impacientes. De la impaciencia brota el descontento, y del descontento las revoluciones.”

En esto habíamos llegado a la ciudad. Un vendedor se acercó ofreciéndonos la suerte. ¡El 4444! ¡El gordo que ahora sale! Pretextando una visita, tuvo a bien despedirse mi amable compañero. Yo sentí una corazonada. Volví sobre mis pasos, y no pude ocultar mi asombro: estaba comprando un billete de lotería.

—“¿Pero qué hace usted?”

El me miró con aire confuso, apesadumbrado, como si estuviese cometiendo un crimen.

—“¡Ya lo ve! Estoy echando un cable a la Providencia.”

22

Tres Caballeros en Torno de una Mesa

“Yo soy Cándido”, me dijo un joven ataviado a la usanza de gentilhombre alemán, que se jactara de francés en la Corte de Luis XV. Y lo creí, que la bon-

dadosa ingenuidad de la cara justificaba el nombre. Extrañado de mi indiferencia, insistió: "Yo soy Cándido, el afortunado esposo de Cunegunda, el discípulo del optimista Pangloss, el amigo del pesimista Martin, el amo de Cacambo. Mis aventuras, aunque lejanas, deben serle conocidas. Las divulgó con aviesa intención un Monsieur de Voltaire, de escandalosa fama, quien sostenía con filosófica terquedad, que este mundo es el peor de los mundos posibles, con agravio de los piadosos designios de la Providencia. Pues hay que cerrar los ojos, taparse los oídos, y aun apretarse las narices, para negar los dones con que nos abruma la Creación. Por ello hemos de dar cumplidas gracias al autor de tanta maravilla. Si existen males, de su conjunto brotan bienes; si dolores hubiere, su mezcla es deleitosa".

Mi silencio agravó su locuacidad: "¿Y quién mejor que yo puede dar fe? He conocido los gloriosos placeres de la guerra, los saludables efectos de las hogueras inquisitoriales, las caricias de un terremoto en Lisboa, la mansedumbre evangélica de los jesuitas en el Paraguay, las áureas abundancias de El Dorado, la lealtad de los hombres, la inquebrantable virtud de las mujeres, el noble orgullo de los grandes señores, las ventajas de la miseria, la generosidad de los usureros, la indulgente justicia de los magistrados, la sabiduría de los teólogos y la clemencia del Gran Turco. Y luego de mi accidentado peregrinar, sin que nunca buscara reliquias milagrosas, terminé mis

humildes días a orillas del Bósforo, en plena dicha, cultivando mi pequeño jardín”.

Anudé mis recuerdos, y remontándome a la fecha probable de su nacimiento en el castillo que el barón de Thunder-ten-tranckh, poseía en Westfalia, con una puerta y algunas ventanas, dí en calcular su edad, y, descontando los réditos, se hallaba cerca de los dos siglos. Hecho sorprendente, en pugna con su aspecto de mancebo. Abrigué la esperanza de que, habiéndose escapado de quiméricas tierras regadas con aguas de Juvencia, me revelase el secreto, para vencer las horas en la cotidiana batalla, que ellas y no yo, entablan conmigo. “¿De dónde vienes?” El interpretó mi curiosidad, por angustia metafísica, y comenzó a descubrirme su paraíso, que era el mejor de los paraísos posibles. “No, amigo Cándido—le repliqué—. Nada deseo saber del más allá. Cuando allí vaya, gustaré de descubrir por mí mismo la celeste o infernal mansión, con la impertinencia de un turista inglés. Lo que me interesaría saber...” Me impidió acabar el pensamiento. “Desde luego—dijo—la temperatura es muy benigna. Quizás en otro tiempo hubiese calderas, pero hoy la calefacción eléctrica las reemplazó con ventaja. Cuando yo llegué, sin saber cómo, ni haberlo solicitado, que no otra cosa sucede al entrar en la vida, un anciano venerable e iracundo de luengas barbas y ganchuda nariz, tenía la pretensión de darnos órdenes, y hasta nos amenazaba con disparar cohetes. Pero formamos un sindicato de sombras desterradas, que eso somos, y le obligamos a

entrar en razón, amén de raparse las barbas. Desde entonces el pobre viejo, ignoro la causa, se consuela lanzando terribles maldiciones en hebreo sobre un pintor de brocha gorda, que hace frecuentes viajes de ida y vuelta de Berlín a Varsovia, y se queda con las ganas de entrar en París. Don Jehová, que así lo llaman en las alturas, nos aconsejó que prescindiésemos de usar camisas; lo que nosotros los hombres hicimos con gusto, y las mujeres sin disgusto. En su sabia opinión, estas prendas de intimidad, que más que ocultar detalles sin importancia, avivan el deseo de conocerlos, originan terribles y feroces discordias entre los mortales. También nos rogó que nos abstuviésemos de llevar botas con espuelas, pues su abuso despierta deseos de montar a nuestros semejantes sobre las espaldas y hacerlos caminar al trote”.

Pretendía continuar su relato con enternecedora ingenuidad, pero esta vez me opuse con demasiado rigor, por enemigo de chismes y consejas. Cándido se apenó, y para enmendar mi rudeza, le recordé con simpatía una de sus más sonadas aventuras, cuando en una posada de Venecia y en tiempos de Carnaval, se topó nada menos que con seis reyes destronados.

“Si quieres—dijo—puedo llevarte a una posada o Gran Hotel, para que veas otra reunión de reyes, que por veleidades de la fortuna quedaron reducidos a la simple condición de mortales. Y para conservar ésta se avinieron a todo, con mengua de su orgullo y grandeza, además de haber dado gracias a los dioses.

A decir verdad, no son monarcas, pues coronas nunca tuvieron. Me refiero a las reales, que sobre las otras indiscreto sería entrar en averiguaciones, y para ahuyentar tu malicia te diré, que aludo a las del martirio. Son todopoderosos e inofensivos. Si les cortan las uñas no arañan; si les atan las manos no matan; si les ponen bozal, no muerden. Como atravesé la Laguna Estigia, si bien un poco mareado, tengo algo de zahorí, y voy a ofrecerte el consolador espectáculo de una cena de dictadores *desdictadorizados*. Mira; en 1941, va a suceder esto" . . . Agarró un tapiz persa que había en mi despacho, y que yo no me atrevía a pisar, por tener la efigie de Mahoma y no haberlo pagado, y lo arrojó por el balcón. Con gran sorpresa mía y de Newton si viviese, quedó suspendido en el vacío. Cándido me tomó de la mano, saltamos la barandilla y caímos en él dulcemente. Nos elevamos y con vertiginosa rapidez devoramos los cielos. Su mirada, llena de bondad, me inspiró confianza, que por haber permanecido siempre a ras de tierra, sentía miedo de las alturas. Nos cruzamos con una bandada de cuervos, bien cebados y que graznaban en tudesco. Un gigantesco avión surgió en el horizonte con un piloto más gigantesco aún. A fuerza de soplar y resoplar, apagaba los ruidos del motor. "¿Es Wotan?" pregunté en un alarde de erudición mitológica. "No; el Mariscal del Aire". Abandonando las brumas nórdicas volamos sobre tierras risueñas y soleadas, donde florecían los limoneros. "¡Es un Caproni!", exclamé al contemplar su inconfundible silueta.

Entramos en una región abrasadora. En medio de un bosque de cocoteros atalayamos una ciudad muy blanca, en donde todos sus habitantes eran negros. Aterrizamos en Monrovia, capital de la muy libre República de Liberia. Como era en Carnaval, la gente se aburría de una manera concienzuda y alegre. Llegamos a un restaurant elegante: como atractivo había una orquesta de rubicundos músicos. El barman, entre *cocktail* y *cocktail*, para animar a sus clientes leía en voz alta versículos de Jeremías, en una Biblia, regalo de un petrolero americano. Sentados en torno de una mesa redonda, había tres caballeros. Los caballeros de la mesa redonda, ocultaban sus rostros con antifaces. Bebían cerveza de Munich, Asti espumoso y vino de Jerez, en espera de sabrosos platos. En lugar de palabras, cambiaban suspiros desgarradores. Tres criados se dirigieron a sus amos, al mismo tiempo: "Señor... Señor... Señor..." llamándoles por sus nombres, sin olvido de los merecidos tratamientos.

Los enmascarados, se reconocieron. "¡Ah, eres tú! ¡Qué sorpresa! ¡No podía imaginarlo! Yo creí que te habían fusilado. Yo que te habían ahorcado. Yo que te habían descuartizado. ¡Qué suerte tuviste al escapar! ¡Pues mira que tú! ¡De buena te libraste!"

Mascando chicle apareció un policía, para comprobar que infringían los bandos municipales. Las negras máscaras de los tres héroes, palidecieron.

"¿Te convences—dijo Cándido—, que este es el mejor de los mundos posibles? Ahí los tienes, sobre la tierra, mientras millones de hombres, por causa

suya, se hayan debajo de ella. ¿Cómo desconocer en todo lo acaecido la mano justiciera de la Providencia? ¿Quién habrá de negar su sabiduría? ¿Quién su bondad? Acaso logren terminar sus días, como yo, cultivando su jardín. Más en su jardín nunca brotarán rosas, sino cruces”.

Luego sentí que me dormía. Era que despertaba.

23

Aguas Turbias y Suicidios Claros

Con aire de júbilo, Otto, representante de la raza aria y de una fábrica de juguetes de Nuremberg exclamó al verme:

—“Aunque adversario no podrá usted menos de admirar a la marina germana. La proeza del *Graf Spee*, es algo incomparable. Un aliento heroico hinchó las velas de éste navío.”

—“Arriemos las velas en honor de la veracidad histórica, ya que el crucero, por desdeñoso de los vientos, confiaba al petróleo su andar. Y si su destino despendió de una respiración heroica, convenimos en que ésta es de corto resuello. No quiero decir que desconocía las virtudes militares de sus compatriotas. Tengo a Federico el Grande por uno de los más ilustres capitanes de todos los tiempos, si bien admiro en él más sus cartas a Voltaire, que las concepciones estratégicas. Y dando un salto, arriesgado quizás, de Sans-Souci a nuestros días, es justo afir-

mar que en el caprichoso e inestable elemento que es el agua, los marinos son tan arrojados como sus compañeros de tierra firme. Pero ese honroso combate, y hundimiento, también honroso, en el estuario del Plata, que contempló por vez primera Magallanes, no se explica sin muy arraigadas tradiciones de nobleza y caballerosidad."

—"Celebro mucho advertir que es usted un espíritu justiciero."

—"¿Cómo no he de serlo? ¿Ha oído hablar de Almería?"

—"Confieso que de un modo vago."

—"Pues me voy a permitir refrescar su memoria. Almería es una vieja ciudad mediterránea de tan rancia prosapia, que cuando los abuelos de los Electores de Brandeburgo se cubrían con pieles de oso, y comían carne cruda, sus habitantes gozaban desde hacía siglos, de los beneficios de una cultura refinada y humana. Por ello cualesquiera de sus hijos, el más humilde salvo el monóculo, puede ofrecer lecciones de distinción y señorío a los desendientes de sus reyes, príncipes y duques. Dejemos esto, y volvamos a Almería, desde luego con la imaginación, pues en lo que a mí personalmente atañe, el viaje por ahora me parece difícil de realizar. En la primavera de 1937, un crucero hermano del famoso *Graf Spee*, creo que el "Almirante Scheer", surgió como Venus de la espuma del mar, frente al pacífico e indefenso puerto, bañado en luz, alegre y confiado. Sin previo aviso, durante unas horas lanzó la furia de sus cañones so-

bre la población. Se derrumbaron casas; hubo cientos de muertos y heridos, entre ellos mujeres y niños. Recordemos que en la costa no había una sola batería que pudiese repeler la agresión. Recordemos, aunque es vano por inolvidable, que el único que felicitó al *Fuehrer* por esta hazaña, fué el generalísimo Franco: cuando se trata de exterminar a los españoles, no puede contener su alborozo.”

Otto, aunque de colores muy sonrosados, palideció, y pretendiendo desviar la conversación, dijo:

—“Esa salida de Montevideo para hundir el barco en aguas neutrales, y a diez millas del enemigo, es sencillamente grandiosa...”

—“¿Grandiosa? Pues escuche usted. Allá por los años de 1898, hallándose España en Guerra con los Estados Unidos, su flota estaba encerrada en Cavite, en el Archipiélago Filipino, que por un azar inexplicable, descubrieron los españoles, y no los alemanes. Eran unos cuantos barcos viejos, algunos de madera, con artillería escasa y deficiente. La escuadra rival, al mando del comodoro Dewey compuesta de cruceros y acorazados de tipo moderno, la doblaba en tonelaje y cañones. Pues bien; el almirante Montojo tuvo la osadía de trabar batalla, sabiendo que iba a la muerte. La armada española fué destruída. Como detalle curioso, ha de saberse, que sucumbieron ciento un marinos, y hubo doscientos ochenta heridos. Los americanos tuvieron siete hombres lesionados.”

Un gesto de asombro fué su respuesta.

—“Aún hay más—insistí. En el mismo año, en Santiago de Cuba, acaeció algo parecido e igualmente absurdo. El almirante Cervera se hallaba bloqueado. Dió orden de zarpar. Los oficiales y tripulantes enfermos en el hospital y consumidos por la fiebre, se dieron de alta. Salió del puerto sabiendo que iba a la muerte, pues la superioridad del enemigo era aplastante. Los barcos lucharon, se hundieron, ardió y encallaron. Sus cañones, anticuados, no alcanzaban a los acorazados del almirante Sampson. Y ante este gesto de desesperación y de dignidad en la desgracia, los americanos, en el fondo buenos muchachos y sentimentales, quedaron admirados. Cuando desembarcó Cervera en Nueva York, fué aclamado por la muchedumbre, como si se tratase de un compatriota victorioso.”

Pretendiendo quitar importancia a estos sucesos, que cuentos parecen, Otto respondió:

—“¡Son cosas tan lejanas!”

—“¿Quiere usted algo de nuestros días? Apenas hace un año, un modestísimo destroyer de la flota republicana, el “José Luis Díez”, abandonó Burdeos para ganar un puerto en la Península. Era acechado por los facciosos y sus cómplices, los alemanes e italianos. Por fin llegó al Estrecho y encontró al enemigo, diez veces superior en poderío. Las baterías de la costa africana vomitaban fuego sobre él. Entró en combate, arremetiendo contra todos. Maltrecho el barco, y con un cargamento de muertos y heridos, fondeó en Gibraltar. Según la lógica nazi, era natural

y hasta glorioso, que su misma tripulación lo echase a pique. Los españoles son absurdos. El capitán Castro, un jovenzuelo de veintidós años, que quizás a estas horas se pudra en un campo de concentración, dió orden de salir. Y salió a toda máquina, arrojando metralla, hasta abordar un navío adversario. El "José Luis Diez" no se rindió, siguió combatiendo, y cuando iba a naufragar, encalló en una playa. ¡Qué quiere usted, amigo Otto! Los españoles son así. No hunden sus propios barcos: dejan ese trabajo al enemigo."

Hubo un silencio.

—"Por cierto—dije—es muy extraño que ninguno de estos marinos, que desafiaron a la muerte, cara a cara, sintieran la necesidad de suicidarse, como lo ha hecho con estoico y misterioso valor el capitán Hans Langsdorff. Y su tesis, de que la derrota o el fracaso, exige el sacrificio voluntario de los que mandan, es peligrosa. Ella habrá dado que pensar a los mandones."

24

Un Mártir sin Fe

Por ser persona de acendradas creencias, que no le vedan el disfrute de bienaventuranzas terrenales, mi amigo insistía en los azares de la conversación:

—"Desengáñese; sin fe no puede haber martirio. Hasta la misma palabra de noble prosapia griega, viene en apoyo de mi opinión. Rendir testimonio al precio de la sangre, es prueba inequívoca de sinceridad

y amor a Dios. Sólo los cristianos han prodigado inagotables riquezas de heroísmo, en las torturas y el dolor. Ahí está la Historia, que coincide con la verdad; caso no frecuente, salvo en la inspirada por la Revelación. La piedra de toque de la religión, son los mártires.”

—“Renán afirmaba, que después de las mujeres”—interrumpí.

—“Aunque el nombre que usted acaba de citar no suena bien en mis oídos, fuerza es confesar que tenía razón. Ello es un designio de la Providencia, en su infinita sabiduría, y que escapa a nuestro entendimiento. Si Eva fué causa de la perdición del género humano, al crear el pecado original, el más original de los pecados, lo reconozco, llegada la hora de la redención, sus culpables hijas comprendieron que su deber era salvar cuantas almas pudieran, con el ejemplo. Y en los primeros siglos de nuestra era, ofrecieron sus tiernos y delicados cuerpos a la cruel brutalidad de sus verdugos. Los hombres, quizás por la costumbre de seguir a las mujeres, fueron a su zaga en el martirio; sin que esto quiera decir que se mostrasen inferiores en desprecio a la vida temporal, para alcanzar la eterna. Si fuera preciso, que no lo es, pues existen otros medios infalibles, bastaría el martirologio para probar la verdad de la religión.”

—“No he de ser yo—repliqué—quien deje de rendir justa admiración a los cristianos primitivos, que poseídos de su verdad se negaban a practicar inocentes y pueriles ritos, en los altares consagrados a los

Emperadores. Mas parece ser que en cuanto al número de víctimas, no a sus sufrimientos, se ha exagerado un poco. El mismo Tertuliano, en su refutación a Celso, sostiene que ha habido pocos mártires, y de tarde en tarde. El vizconde de Chateaubriand, retórico galante, en su deseo de complacer a muy bellas damas de su amistad derrochó imágenes para exaltar a los mártires, con catacumbas o sin ellas. Así se formó una leyenda, que no trato de desvanecer, por sensible a la poesía."

—"Esperaba que habría de hacer salvedades a la evidencia misma. Pero los relatos de autorizados y verídicos historiadores, algunos paganos, desafían el escepticismo de los siglos, para confusión de incrédulos. Al cristianismo cabe el honor y el dolor, de haber producido mártires."

—"Su celo le lleva a permitirse excesivas familiaridades con la Historia, que hace un momento invocaba en beneficio suyo. El martirio no es patrimonio exclusivo del cristianismo. Todas las religiones, exceptuada la de Buda, por esencia tolerante, ofrendaron mártires. La ciencia, la filosofía, la libertad y la patria, también. ¿Quiere usted algunos nombres excelsos? Sócrates, Juan Juss, Etienne Dolet, Vanini, Miguel Servet y Giordano Bruno, perecieron por leales a sus convicciones. Y algunos de ellos, no creían, sino sabían, cosa muy distinta; pues la sabiduría, que es amor, también mueve al sacrificio. Esto no pudo comprenderlo nunca un cura de Meudon, de costumbres licenciosas y gran gozador de la vida, quien

sostenía con poderosos argumentos, que por la verdad se puede llegar a la horca, exclusive.”

—“Le concedo que el error puede arrastrar a la muerte, y ello es de lamentar. Mas debe afirmarse que no ha habido un solo mártir sin fe en algo, llámelo como quiera.”

—“¿De modo que usted no concibe un mártir sin fe?”

—“¡No; no lo concibo!”

—“Si lo permite, voy a referirle la historia de Peregrinus, que con sus cenizas errantes y dispersas desde hace dieciocho siglos, se complace en desmentirle.”

—“Le escucho muy gustoso.”

—“Peregrinus fué un filósofo que nació en Lamp-saca y murió en Olimpia al correr el año 165 de nuestra era. Desterrado de su ciudad por mala fama—se le acusaba nada menos que de parricidio—, ingresó en la escuela de los sofistas, que amaban más la rebusca que la busca de la verdad. Recorrió en singulares andanzas la Grecia y el Asia menor. Sus contemporáneos le llamaban Proteo, por la facilidad con que cambiaba de doctrinas, dando así laudable ejemplo de modestia. Nadie que se precie de razonable habrá de abrigar la pretensión de poseer la verdad, con exclusión de los demás hombres. Ella no es como el oro; no disminuye repartida. Sin ser agraciado como San Pablo con revelación alguna en caminos, cansados y tortuosos, abrazó la religión cristiana, lleno de fervor. En Roma, prodigó sus rencores contra el paganismo, lanzando terribles diatribas al Empera-

dor Trajano, aunque gentil tan dulce y bondadoso, que un Papa ilustre le sacó de los infiernos por decisión eclesiástica y justiciera. Algunos autores aseguran que alcanzó los honores del obispado. Lo cierto es que estuvo en prisión y se negó a la fuga, esperando la gloria del martirio. Ambición frustrada. Fué puesto en libertad por la clemencia del Príncipe, y abandonó a Cristo, no por razones de orden dogmático, sino por motivos de glotonería. Débil a los encantos de la cocina, dió en menospreciar ayunos rituales: las exigencias del estómago triunfaron de las ansias de salvación eterna. La gula fué causa de su perdición.”

Como mi amigo hiciera un gesto de extrañeza, me apresuré a tranquilizarle.

—“Luego y sin el menor esfuerzo, se hizo cínico, que de todas las doctrinas es la que más conviene a la humana condición. Y haziado de la vida se decidió a abandonarla de manera solemne y pública, para demostrar el desprecio que por ella sentía. En esto no imitó la sabiduría de los perros, que en trance de morir buscan un rincón solitario y oculto a miradas extrañas. Repartió sus bienes, y citó a Grecia entera para que fuera testigo de su muerte en el Circo de Olimpia en ocasión de celebrarse próximos Juegos. Luciano de Samosata, que lo mismo hacía hablar a los dioses, que a las cortesanas, filosofaba sobre las moscas, o aprendía muy sabias lecciones de un gallo, narra este singular suceso que contempló con sus propios ojos. Al llegar la noche fijada, apareció Peregrinus rodeado de cristianos que creían en él, y le

aturdían con sus cánticos, proclamando su gloria. Pronunció un discurso en alabanza de la nada, y se arrojó a la hoguera. Desapareció entre las llamas, lanzando gritos desgarradores.”

—“En verdad era un ser extraño.”

—“Pues la Iglesia no tuvo a bien canonizarle, a pesar de su sacrificio. Vea usted, cómo puede haber mártires sin fe. Aunque lo más usual, es la fe sin martirio.”

25

Una Imprudencia Temeraria

Era la hora de la siesta. Sentados en butacas de mimbre, en el jardín, mi amigo y yo gustábamos de las dulzuras del silencio, siempre grato de escuchar. El vientecillo de la sierra, templado por los rayos tibios de sol invernal, nos envolvía en una atmósfera de placidez. De manera súbita sentí un ligero espasmo nervioso. Una, dos, y hasta tres veces, en forma explosiva, lancé el aire por nariz y boca, contrayendo los músculos de la cara sin elegancia alguna. Dicho en romance: estornudé ruidosamente.

—“¡Jesús!”—dijo mi amigo. Luego, como arrepentido, pretendió excusarse, creyendo sin duda que habría de burlarme de su exclamación, pues mi escepticismo le era notorio. Yo me apresuré a tranquilizarlo.

—“Lo que usted acaba de hacer, de modo inconsciente, confirma uno de los más viejos y venerables

ritos de la humanidad. Investigar su origen, es ardua tarea. Pero sus resultados compensan el esfuerzo, por prestarse a hondas meditaciones filosóficas. Aunque le sorprenda, puedo afirmarle que el estornudo es uno de los caminos más seguros, pintorescos también, para descifrar esa incógnita que es el hombre. Y sin desdén hacia los sabios que en laboratorios, mediante aparatos misteriosos, todos de precisión, palpan, pesan y miden el alma, ni menosprecio de teólogos, que especulan sobre su inmortalidad, amén de arriesgarse en diabólicas aventuras con espíritus malignos, lo cierto es que el estornudo es fuente de ricos conocimientos.”

—“En verdad, no me lo explico.”

—“La filología comparada nos demuestra que en numerosas lenguas la palabra “soplo” y “espíritu” son idénticas. Si no temiese abrumarle con ajena erudición, le recordaría que espíritu, *spiritus*, viene de *spirare*, respirar, y *alma*, de *ánima*, soplo. Lo mismo acontece en griego, en sánscrito, en hebreo, en árabe, en eslavo y en alemán. En tiempos de mentalidad primitiva, el alma fué semejada por el aire, elemento impalpable y sutil. De aquí su confusión con el soplo respiratorio, considerado como esencia de la vida. Su desaparición era signo infalible de muerte. El espíritu se iba cuando el aliento cesaba. Por ello no deja de ser lógico que los indígenas de la Polinesia tratasen de cerrar la boca y la nariz de los moribundos. Y Virgilio cuenta en la Eneida que los romanos obliga-

ban a uno de los parientes del agonizante a inclinarse sobre él para aspirar su alma a la salida.”

—“¡Qué extraño es todo esto!”

—“Menos de lo que usted se imagina. ¿No decimos aún “recoger el último súspiro”? El hombre comenzó a inquietarse acerca de la suerte de los espíritus de los muertos. Con ansiedad se preguntaba a dónde iban después de sus andanzas terrenales. Unos, por ambición quizás, ganaban los astros. Otros, modestos, encarnaban en bosques y ríos, mares y montañas, árboles y piedras, o en animales. Mas existían muchos, tan apegados a la aventura del vivir, que erraban al azar por campos y poblados, en espera de adueñarse del cuerpo de algún semejante. Los había bondadosos y dañinos; protectores y enemigos. Por eso se les invocaba o temía, procurando mediante plegarias y sacrificios, obtener sus favores o aplacar sus cóleras. Satanás, gran personaje, antaño poderoso y hoy olvidado por quienes le deben su influencia y prestigio, andaba igualmente en acecho para introducirse en los cuerpos de los vivos. Los tentaba e inducía al pecado, para arrastrarlos a la perdición eterna. Ello fué causa de terribles y dolorosas perturbaciones. El intruso luchaba con denuedo dentro del poseído, que caía en la locura o se elevaba al éxtasis.”

—“¿Pero qué relación existe entre lo que usted dice y el estornudo?”

—“¿No lo ha adivinado? Precisamente gracias al estornudo, esos espíritus indiscretos o diabólicos, entrados subrepticamente, de contrabando, eran arro-

jados de modo brusco y salvador. ¿Comprende usted ahora la importancia trascendental de este pequeño espasmo? Todos los pueblos lo saludaron con respeto, mediante conjuros. Los griegos decían: Que los Dioses te favorezcan; los romanos, Salve; los indús, Vida; los judíos, Buena vida; los musulmanes, Gloria a Alá; y los cristianos Jesús o *Dominus tecum*. En general los helenos lo consideraban buen augurio, como lo comprueba Homero en la Odisea, al referirse al feliz estornudo de Telémaco, que hizo reflexionar a la casta y fiel Penélope, aunque matrona, inventora del *flirt*. Hasta insignes guerreros no desconocían sus excelencias. Xenofonte, en plena Retirada de los Diez Mil, al escuchar la manera ruidosa con que lo hizo un hoplita, sintió renacer sus bríos. Y Apuleyo, en El Asno de Oro, narra un sucedido que al caso viene: Habiéndose ocultado un mancebo en el aposento de una dama caprichosa y de calidad, lanzó un estornudo; y el marido, en vez de vengar su honor, exclamó muy ceremoniosamente: ¡Que Dios te bendiga! Para fin de historias recordemos que Carlos VI, rey de Francia, al ser exorcizado por un piadoso sacerdote éste se empeñó en enviar al Diablo al cuerpo de unos pobres hombres que tenía encadenados, con el caritativo deseo de que le sirviesen de refugio a su salida.”

En esto sentí unas ganas terribles de estornudar, y por esfuerzos que hice, no pude vencerlas. Lancé tres, y muy sonoros. Al mismo tiempo, mi amigo comenzó a dar grandes bostezos.

—“Lo que usted hace—le dije—es una imprudencia.”

—“Le pido mil perdones—respondió—. No lo interprete como aburrimiento, que mucho me interesa lo que usted refiere. Es la hora de la siesta, y contra mi voluntad, fué imposible contenerme. Si la pobreza hace gemir, según Rivarol, el bostezo es prueba de satisfacción; y yo me encuentro bien avenido con la existencia. Tampoco olvido, que ser adulator y no bostezar ante los poderosos, es el secreto del triunfo en la vida.”

—“Repito que ha cometido una grave imprudencia... ¿No acabo de estornudar? ¿Ignora usted que el bostezo es una ocasión propicia, para que los espíritus malignos penetren en su cuerpo? ¿Con qué fin se hace la señal de la Cruz, en estos trances?”

El se apresuró a cerrar la boca. Yo también.

26

Desventurado Fin de Satanás

Sentí que una ola de calor seco envolvía mi cuerpo; en las narices un desagradable tufillo a azufre, mientras mis ojos veían surgir grandes y caprichosas llamas que a manera de arabescos de fuego, rompían la oscuridad. ¿Me habré muerto sin darme cuenta de ello?, me pregunté no sin inquietud. Y como la posibilidad de descender a los infiernos, la había examinado en mi vida con filosófica calma, no hubo de

sorprenderme en demasía. Aparte los excesos de la temperatura, no sufría dolor o tormento alguno, observación que reconfortó mi ánimo. Además mi fuerza de resistencia era tal, que me prometía de antemano encontrarme allí, al cabo de unos días como el pez en el agua, pues la vida es el mejor aprendizaje para residir cómodamente en el infierno.

Un ruido espantoso turbó mis reflexiones; cayeron rayos en derredor con la cortesía de no herirme, y cuando volví a abrir los ojos con impaciente curiosidad, me encontré junto a un ser extraño, más grotesco que terrible, en quien con certeza no se sabía dónde cesaba la animalidad y comenzaba el hombre. De nariz larga y ganchuda, orejas como alas de murciélago, ojos encendidos y saltones y barba en punta, al respirar por la nariz arrojaba columnas de fuego. Sentado en un sillón, cruzaba sus piernas con gesto displicente, y apoyado el codo del brazo derecho, en una mesa, sostenía con la mano su cabeza en actitud de meditación. No había duda, me encontraba ante el mismísimo Satanás. Yo, que durante mi peregrinar por la Tierra, me había visto forzado a adular con elegancia y moderación a los poderosos, procuré congraciarme con él. Respetuosamente me atreví:

—“¿Qué, mucho trabajo, don Satanás?”

Entonces se dignó fijarse en mí, y a medida que me contemplaba, sus rasgos se hacían más humanos, hasta adquirir una expresión de simpatía dolorosa.

—“Aquí donde usted me ve, respondió con bon-

dad, soy el sér más desgraciado de la Creación; y no lo digo por aquellas disputas que tuve con mi correligionario Jehová hace tantos años, pues en seguida nos entendimos y trabajamos en perfecta armonía. Sin mí, que soy la tentación, no podría darse el gusto de castigar o perdonar. Pero lo que hoy me sucede, es algo monstruoso. Nadie se acuerda de mí, nadie cree en mí, nadie me teme. En otros tiempos, yo era el personaje principal de la comedia humana. Si usando de los derechos que me confirió el Señor de los Ejércitos, penetro en algún cuerpo mortal, el endemoniado lejos de inspirar terror o respeto por sus dones proféticos o de adivinación, provoca risa o piedad. Nadie me atribuye la menor intervención en estos sucesos, que antaño conmovían a los pueblos y los hacían postrarse de rodillas en las naves de las catedrales, ante imágenes milagrosas. Ahora los médicos, mis más encarnizados enemigos, lo achacan a un desequilibrio nervioso. Hasta la misma Iglesia me olvida con terrible ingratitude, pues yo me he esforzado como ninguno por su grandeza y prosperidad. Si un obispo ve a uno de sus familiares cometer extravagancias, prorrumpir en blasfemias, reivindicar los fueros de la barraganería o predicar el reparto de los bienes y la fraternidad humana, ni su misma Ilustrísima cree que el diablo sea la causa. Y en vez de exorcizarle como mandan los Cánones, para expulsar al maligno del cuerpo del poseído, con los ritos eclesiásticos de rigor, llama a un psiquiatra para que lo examine y cure, cuando no lo envía al manicomio”.

Yo asentí.

—“Lo mismo ocurre con las enfermedades, yo ya no soy el causante de ellas, sino unos diminutos animales que les llaman microbios, y usted no sabe lo que estos seres invisibles han contribuído a mi descrédito. ¡Adiós los magníficos tiempos de las pestes, los terremotos y las inundaciones! Cuando se creía que yo era el autor de todos los males y cataclismos que afligían al hombre, florecía la piedad como una bendición y el dinero de San Pablo se multiplicaba en las arcas como por encanto. Hoy los sabios explican estos sucesos sin acordarse de mí. Sus efectos son siniestros: cunde la incredulidad y hasta las gentes de almas más sencillas se alejan de Dios. ¿No es esto desconsolador? No me negará usted que la causa esencial del ateísmo es que nadie me teme ni me respeta. Hasta la misma guerra, que era uno de mis dominios favoritos, escapó a mi poder. ¿Hay nada más diabólico que las guerras? Pues bien, unos seres exóticos, la mayor parte judíos y con gafas, que así mismos se denominan economistas, las explican mediante la lucha de clases, sin dedicarme el menor recuerdo”.

—“Aún le queda a usted el reino del pecado”—le insinué con timidez.

—“¡El pecado! Las mujeres, que en tiempos más felices se entregaban a los placeres propios del sexo con espanto y terror, y se arrepentían luego—la mayor parte al llegar a la vejez, seamos justos—hoy me desconocen. Ya no pecan, porque no creen en mí, aunque ejecuten con sabiduría y deleite los ejer-

cicios acrobáticos del amor. Y si alguna se decide a confesar sus debilidades más íntimas, no acudirá a un clérigo, que es mi socio, en estos complicados asuntos de la condena y salvación, sino se dirigirá a un hermano mío de raza que vive en Viena y se llama el profesor Freud. El libido y el psicoanálisis me han vencido, lo reconozco con humildad. La mujer atormentada por esos ardientes deseos que hicieron a Eva dar el primer mordisco que registra la historia, y se otorga el gusto de satisfacerlos como en gana le viniere, no es una... (aquí Satanás soltó una palabra castiza) sino la víctima de un complejo”.

Me compadecí de sus cuitas, y como dada mi condición generosa, me es grato ayudar a los caídos, aunque sean príncipes, le pregunté con ánimo de protección:

—“¿No podría hacerse algo para remediar este lamentable estado de cosas, y que usted recupere el Imperio del Mal, tan necesario para la religión y las buenas costumbres?”

Lucifer movió la cabeza con gesto de escepticismo.

—“Ya es tarde—dijo—y el Sumo Pontífice, que es la persona más interesada en que se me tema y en que se me tome en cuenta, me parece que tampoco cree en mí. ¿Quiere pruebas? Cuando lanza una Encíclica, parecía natural que me achacase por lo menos algunos de los males que aquejan al rebaño humano que él apacenta. ¿Nó es lógico que el Papa me nombrase, aunque fuese para maldecirme? Pues nada: atribuye los calamitosos tiempos en que vivimos a

cosas extrañas, como el comunismo, la cortedad de las faldas femeninas, el desnudo en las playas y los injertos de Voronoff. Y de Satanás, ni una palabra. Yo una vez intenté sugerirle esta idea, no sin dificultades, pues la cruz y yo no somos buenos amigos. Pero con el correr de los siglos, los brazos de la cruz se han inclinado tanto, que ésta quedó convertida en un signo de multiplicar. Por ello, logré penetrar en su alma y aconsejarle lo que estoy contando. ¿Sabe usted lo que hizo? Llamó a su médico y confesó que había tenido una pesadilla en la que se le apareció el diablo: lo atribuyó a dificultades digestivas y tomó bicarbonato. ¿No está todo perdido? Yo ya he cumplido noblemente mi misión . . .”

Al terminar sacó de su gaveta una pistola, y apoyó el cañón sobre la sien derecha. Se oyó un disparo; y su cuerpo se desplomó.

Entonces desperté, las campanas de un templo vecino tocaban a misa. Amanecía; abrí el balcón con ansias de aire fresco. Una vieja arrebujaada en un manto negro y con un rosario que le colgaba de la cintura, cruzó la calle.

—“¡Señora, señora!—le grité con todas mis fuerzas, queriendo revelar mi maravilloso secreto. ¡No vaya usted a la iglesia, el diablo se acaba de suicidar!”

Ella alzó la cabeza, me miró con encono y como escupiendo me arrojó estas palabras:

—“¡Hereje, borracho!”

Yo, un tanto arrepentido, me volví a acostar.

III

Al Margen de las Horas

Los Libros y el Tiempo

El tiempo es un río que fluye hacia adelante, pero los libros son como diques que lo detienen un momento. En ese instante, el tiempo se detiene y nosotros podemos mirar atrás, recordar lo que hemos vivido, lo que hemos aprendido, lo que hemos amado. Los libros son como mapas que nos guían por el tiempo, nos muestran el camino que hemos recorrido y el camino que nos queda por recorrer. Los libros son como espejos que nos reflejan, nos muestran quiénes somos y quiénes queremos ser. Los libros son como amigos que nos acompañan en el tiempo, nos escuchan, nos aconsejan, nos apoyan. Los libros son como maestros que nos enseñan, nos dan sabiduría, nos dan fuerza. Los libros son como sueños que nos inspiran, nos dan esperanza, nos dan fe. Los libros son como la vida misma, llenos de amor, de dolor, de esperanza, de fe. Los libros son como el tiempo mismo, que fluye hacia adelante, pero que también puede detenerse un momento para que nosotros podamos mirarlo de cerca.

Los libros son como el tiempo mismo, que fluye hacia adelante, pero que también puede detenerse un momento para que nosotros podamos mirarlo de cerca. Los libros son como el tiempo mismo, que fluye hacia adelante, pero que también puede detenerse un momento para que nosotros podamos mirarlo de cerca. Los libros son como el tiempo mismo, que fluye hacia adelante, pero que también puede detenerse un momento para que nosotros podamos mirarlo de cerca.

Un Libro Peligroso

Es probable que los espíritus menos inclinados a lo sobrenatural vean en la imprenta un algo mágico. No en vano la leyenda le atribuye tal calidad. ¿Qué es un libro sino un sér misterioso, lleno de ocultas propiedades y sorprendentes efectos, encerrado en un montón de hojas, cubiertas de enigmáticos signos? ¿Quién puede medir la parábola de su destino? ¿Quién contar los surcos que deja en el recuerdo de los hombres? Las ideas que despierta, las ilusiones que enciende o apaga, los sentimientos que agita, el odio o amor que engendra, y los actos que arrastra, por infinitos, escapan a la humana previsión. Es nuestro consuelo en las horas de infortunio, y confidente en los momentos de felicidad; nuestro amigo siempre. A veces, por adueñarse de la voluntad, llega a ser nuestro tirano; la máscara humana adquiere la expresión de un muñeco de gestos trágicos o cómicos, movidos por hilos invisibles, que adentran las raíces en sus albas entrañas, salpicadas de puntos negros.

El libro es un ser vivo, lanzado a la existencia por vías placenteras y dolorosas, en las que si Venus no siempre tiene parte, el amor lo es todo. Encadenado al tiempo, parece de deleznable condición. No obstante, es posible seguir sus andanzas en la tierra; admirar

su juventud, recrearnos en su madurez, y lamentar su ocaso. Mas no todos mueren. Los elegidos, al igual de Adonis, son de fácil y frecuente resurrección. Cuando se borraron de la memoria y yacen en su tumba, el olvidado rincón de una biblioteca, una mano amiga, curiosa, o afortunada, los desentierra; y al contacto de la luz reviven, desafiando la injusticia o desdén de los lectores.

Por ello podemos rastrear sus aventuras, como si fuesen las de un personaje histórico. ¿Cuáles fueron los destinos de Don Quijote, de Hamlet, el pálido príncipe de Dinamarca, o del optimista Cándido? Por esta vez nos contentamos con perseguir las huellas vacilantes y dolorosas de un enamorado que se llamaba Werther. En 1774, un joven de veinticinco años, hermoso como Euforión, y mimado por la fortuna y los dioses, publica *Die Leiden des jungen Werther*. Como todas las obras de Goethe, eran fragmentos de una confesión general, donde la verdad era poesía, y la poesía, verdad. El idilio nació de una encendida pasión, que por no satisfecha, sumió al novelista en la melancolía y la desesperación. Y se retiró con prudencia, como hacía siempre, cuando las risueñas delicias del amor iban a convertirse en drama o legítimo matrimonio, que también drama era para él por ávido de goces y libertad. Si Séneca, al decir de Nietzsche, fué el torero de la virtud, Goethe lo era del amor. Me marchó hoy; te lloraré mañana. Tal era su divisa, y el tierno adiós con que huía de sus amadas. Mas la lógica sentimental

le demostró que en lides de amor y de guerra, las retiradas estratégicas, aunque necesarias, carecen de altivez y gallardía. Y al tener noticia del suicidio de un conocido suyo, llamado Jerusalem, también enamorado, por un artificio de su invención hizo que se diese muerte el desgraciado Werther, salvando así el poeta su preciosa existencia, que tan maravillosos frutos había de dejar caer a lo largo del camino de su vida.

Abandonemos al joven Werther en su patria. Ya está enterrado. Los pastores se escandalizan por haber proclamado con su ejemplo, el derecho a destruirse a sí mismo, como acto legítimo y noble. Olvidemos las lágrimas que provoca, los suspiros que arranca, las ilusiones que enturbia, las inquietudes que despierta en los amantes, y la satisfacción en los maridos alarmados. Werther emigra y llega a Francia a caballo de una traducción en 1778. Aún alien-tan gigantes sobre la tierra. Viven Voltaire, Diderot y Rousseau. *La nueva Eloísa*, es el libro favorito de las damas de alcurnia. Juan Jacobo, les ha revelado los goces de la pasión sincera y los encantos de la naturaleza; hasta se conmueven con los deberes de la maternidad. Las francesas están aprendiendo a llorar, y el mismo llanto lo convierten en deliciosa voluptuosidad, en algo parecido a un pecado sabroso. María Antonieta, reina en las pastorales del Trianon. El pueblo sufre y calla. Los filósofos piensan en voz alta. La novela del poeta alemán es acogida con frialdad. La Harpe dice que se halla desprovista de situaciones; Grimm, se lamenta de su incompreensión

por el público, que la tacha de simple y provinciana. Luego viene un terremoto: la Revolución. El espectro del Terror ahuyenta el amor, niño delicado y asustadizo. Se vive para la patria y la libertad; también se muere por ellas. El amor, se refugia en los calabozos. La guillotina inspira los últimos cantos de Andrés Chenier y las cartas de Camilo Desmoulins, a la tierna y fiel Lucila.

Después surge un milagro: el Imperio. Un tenientillo de artillería se ha adueñado de los destinos de Francia, e impone al mundo su titánica voluntad. Francia entera es un cuartel de lujo. Los soldados caen por millares en las soleadas tierras de Italia, en los bosques germanos, en las llanuras de España, en las marismas de Holanda. Un poco más tarde en las estepas rusas. Cuando la vida no vale nada, resucita Werther, y hace competencia al despota genial. Es el hombre de moda. Los elegantes se visten a lo Werther, aman a lo Werther, y a lo Werther se matan. Su adorable compañera Carlota, se convierte en el ídolo de las jóvenes sentimentales, y hasta los pasteles que hacía con sus diligentes y domésticas manos, arraigan en la repostería francesa: las *Charlottes*. El Corso continúa dilapidando la sangre de sus soldados en quiméricas empresas. Pero un buen día, se entera de que los suicidios de amor cunden en Francia. El Werther es un libro peligroso, alarmante, revolucionario. ¿Acaso no es un crimen quitarse la vida, sin permiso de Napoleón? Entonces la censura interviene.

Y es que para el tirano, ni siquiera nuestra propia vida, es nuestra.

2

Colón se Marea

Si el Continente Nuevo era un misterio para Colón, el origen del gran navegante no lo es menos para los historiadores. ¿Genovés, gallego, catalán? Nos guardaremos de atribuirle ninguna patria, pues tememos concitarnos enemistades peligrosas. ¿Para qué aumentar las complicaciones internacionales? Además, por galantes, no pretendemos que las bellas y simpáticas dactilógrafas de la Liga de las Naciones, que velan por la paz sin ser vestales, y flirtean con éxito creciente en Ginebra, a orillas del Lago Lemán, interrumpan su silencioso trabajo.

Italiano o español, lo más probable es que fuese de ascendencia judía y que allá en las profundidades insobornables de la conciencia, tributase apasionado culto a Jehová, descansase los sábados con deleite y en su niñez sacrificase un exiguo pedazo de su hombría en alabanza y honor del Dios del Sinaí. Esto no son más que conjeturas y suposiciones que acaso levanten protestas y desde luego la indignación de los eruditos, cuervos del espíritu que anidan en los archivos como la lechuza y la virtud en las ruinas.

Ello es que el Almirante se inclinó sumiso, gozoso quizás, a los imperativos del genio de la especie sin presentir la existencia de Schopenhauer, y de mo-

do eclesiástico y honesto, o natural y sin licencias dejó numerosa prole. Su sangre, aventurera como su vida, se avino a mal a encerrarse en los estrechos cauces matrimoniales. De aquí que la legitimidad y la bastardía, por igual, consolasen los cansados años del Descubridor cercanos a la muerte.

Como era de esperar de la real justicia, que dista mucho de ser la justicia real, los más de los honores y pingües de las recompensas no llovieron sobre él sino sobre su primogénito, Don Diego, quien por gracia del César Carlos V, fué elevado a la dignidad de Duque de Veragua, Marqués de Jamaica y Adelantado de Indias. Todo ejemplo de equidad, pues si el padre luego de afanes, riesgos y desventuras descubrió un mundo, su hijo se tomó el trabajo de nacer, lo que no es poco, ni carece de méritos.

Y sucedió a los Veraguas, lo que acaece a todas las familias aristocráticas: que por contar su nobleza por el mayor número de abuelos, a medida que los Colones se alejaban de su ilustre progenitor, se iban ennobleciendo cada vez más, hasta que superaron en prosapia al mismo Don Cristóbal, quien visto por sus descendientes era un varón sin abolengo. Los Veraguas llevaron el apellido como pesada y honorífica carga. Desempeñaron elevadas y lucrativas sinecuras en España, Italia y Flandes, y uno de ellos llegó al Anáhuac. Ninguno dió lustre al nombre ni acrecentó el patrimonio moral del Primer Almirante. Así, de manera silenciosa, llegaron a fines del pasado

siglo, donde se interrumpió la cadena de insignificancia que les ataba de generación en generación.

Don Cristóbal Colón y de la Cerda, fué el único que añadió nuevos títulos de gloria a la casa ducal que representaba por mandato de la sangre. No sobresalió en la guerra ni surcó los mares en busca de tierras desconocidas, pues era un bondadoso y pacífico abogado que gustaba de la política y llegó a ministro. No obstante de ser un Ver-Agua, afincado en Madrid, se contentó con admirar la muy escasa del río Manzanares; y en la época estival, como correspondía a un hombre de su linaje, recibía las brisas del Cantábrico en las elegantes playas de San Sebastián. Tampoco se distinguió como escritor o como artista. Su celebridad tuvo un origen un tanto pintoresco y desde luego ajeno a las proezas náuticas: la debió a sus toros de lidia, colaboradores astados e impetuosos de las hazañas de Lagartijo y de Frascuelo.

Don Ramón, el último duque, joven y entusiasta fascista se unió a la rebelión de los pretorianos, fué aprehendido en Bilbao y su existencia parecía comprometida. El gobierno rojo, jacobino y sanguinario, en un momento de simpática y laudable debilidad, tuvo a bien dejarle libre, para que la estirpe del Almirante continuase su destino. Grandes causas producen pequeños efectos: porque Cristóbal Colón descubrió América, su retoño salvó la vida.

Nos imaginamos la alegría y contento del duque mozo a bordo de un navío neutral cruzando las tranquilas aguas del Cantábrico y salpicado por las es-

pumas ruidosas y blancas. Ha recobrado la libertad y la vida le sonríe. Se pasea por el puente con gallardía, edificando el porvenir con la imaginación. Acaso piense en América como tierra hospitalaria y acogedora de los esfuerzos juveniles; más probable que sueñe con los Estados Unidos, donde alguna guapa, rubia y rica heredera le ofrezca sus riquezas y un divorcio por su corona. El cielo, hasta entonces de transparente diafanidad y empapado en luz se torna sombrío. Soplan vientos fuertes a babor; el navío cruge, se mueve de costado, hince la proa en el agua y vuelve a surgir con altivez.

Entoces el duque siente un malestar desconocido. Cesa su paseo en el puente y apoyado en la barandilla, busca descanso. El duque palidece; su mirada se enturbia, abre la boca e inclinando la cabeza hacia el mar busca un alivio: Colón se marea.

3

Un Rey que Mereció Serlo

Confesemos que su resurrección en el recuerdo, se debe a un azar en forma de grabado con que tropezaron nuestros ojos. En él, el artista había reproducido con detalle y elegancia de conjunto, el Castillo de Luneville, en el corazón de la Lorena, donde el bueno de Stanislas de Polonia fué a reinar a mediados del siglo XVIII, por no poder reinar en su patria. Y ser suegro de Luis XV, que esto del parentesco ha influí-

do en el mando de los hombres desde los tiempos de Octavio y Marco Antonio. También en su caída. Los polacos de entonces, inquietos, descontentadizos, cambiaban de soberanos, según los caprichos de su humor, generalmente malo. Gracias a estos experimentos políticos, en nuestros días llegaron a la conclusión de que los coroneles en la República, son más aptos o menos ineptos que los monarcas, en el gobierno de los pueblos.

Convengamos en que nuestro rey, filósofo, lo era de poca monta. La grandeza de pensamiento y acción la atesoraba su contemporáneo Federico de Prusia, lo mismo en las reuniones de *Sans Souci*, discutiendo acerca de la inmortalidad del alma, que en los campos de batalla, donde no podía poner en duda que los hombres fuesen perfectamente mortales. Su libro *El Filósofo Cristiano*, reflejaba lo que él hubiera querido ser, para agradar a su hija, la devota María Leczinska. Más de haberlo logrado, no habría sido filósofo. Pues en su conciencia, de indulgente amplitud, se armonizaban los contrarios de manera amistosa. *Que sais-je?* se preguntaba como Montaigne. En la duda se abstenía. Y por miedo a comprometerse, contestaban por él, su confesor, el jesuita Menou, y su amante Madame de Boufflers. El primero se ocupaba de las cosas invisibles y de tejas arriba, no sin que de vez en cuando hiciese terrenas incursiones, por ser muy ducho en finanzas. La segunda, de las cosas visibles y tangibles, no sin que de vez en cuando, se elevase mediante la poesía, a me-

tafísicas regiones, donde entre nubes caprichosas y juguetonas, flotaba la venerable sombra de Epicuro.

Esta encantadora dama, antes de disfrutar de los favores del príncipe, había concedido los suyos a su canciller, Monsieur de la Glaziere. Stanislas no lo ignoraba; pero orgulloso de su elevado rango, mostraba indulgencia. Si un rey es siempre sucesor de alguien en el trono, también podría serlo sin desdoro, en otro mueble más íntimo y razonable, que repara las fatigas de que él mismo es cómplice. La marquesa de Boufflers, a quien, y no a la ligera, se la llamaba Nuestra Señora de la Voluptuosidad, perseguía con ardor los más intensos goces, sin desdén para los pequeños. En previsión de que hubiesen de calumniarla, tuvo a bien pintarse en este epitafio: "Aquí yace en paz profunda esta dama voluptuosa, que para mayor seguridad, hizo su paraíso en este mundo".

Fácil es de explicar la cólera del Padre Menou. Aunque lo pasase bastante bien en Luneville, por su sagrado ministerio se hallaba obligado a proclamar que el paraíso no se encontraba allí, ni en sus alrededores. Con laudable celo intentaba separar a su Majestad de la sensual marquesa, por temor a que su alma se perdiese. Esto, y no sin esfuerzos, lo lograba durante el día. Llegada la noche fracasaban sus piadosas intenciones. Al encerrarse en su alcoba, el buen Stanislas caía en los dulces cepos del amor, que le tendían los brazos de su favorita. Sería calumniarle suponer que pertenecía a la noble familia de los reyes holgazanes, que por no hacer nada, tan-

to bien hicieron a sus pueblos. Era activo indulgente, justiciero, molestaba lo estrictamente indispensable para mantenerse en el trono, lo que agradecían sus súbditos, sorprendidos de tanta bondad. Viajaba por sus pequeños Estados, animado de grandes proyectos, y muchos de ellos llegó a realizarlos, alzando edificios suntuosos y amenos jardines, con el pensamiento puesto en Versalles.

Su Corte era modelo de ingenio, discreción y elegancia. Como todo soberano digno de respeto, se hallaba rodeado de su confesor, de su amante oficial, de artistas y de poetas de renombre. Para que en ella la dicha fuese completa, el enano Bebé, la animaba con sus travesuras: una miniatura de hombre, que había tenido por cuna una madreña. A veces, surgía en un banquete, de las sabrosas profundidades de un pastel. Aunque listo, nunca llegó a aprender el Catecismo. "Stanislas—escribía alarmada la Pompadour—tiene un enano que es un prodigio, pero no puede comprender la existencia de Dios". La bella e inteligente marquesa, no había dado en la cuenta, de que era demasiado pequeño, para albergar idea tan grande. Por cierto que esto de los banquetes pudiera empeñar la reputación de sobriedad de nuestro monarca y con notoria injusticia. Entregado a los trabajos de construcción y a las fatigas del amor, no atribuía la menor importancia a los placeres de la mesa. Engullía rápidamente y adelantaba la hora de su yantar. Ello le valió la respetuosa observación de un cortesano:

"Sire, si continuáis comiendo cada vez más temprano, terminaréis por comer la víspera".

Algo faltaba para su gloria, y este algo era nada menos que la presencia de Voltaire en su Corte. El poeta y filósofo llegó a Commercy, una de las residencias reales, en compañía de la "divina Emilia", marquesa de Chatelet, con quien hacía experimentos de física y de amor, con más éxito en los primeros, al decir de malas lenguas de la época. Por allí rondaba un apuesto capitán de las Guardias Lorenas, que entretenía sus ocios de guarnición, cultivando a las musas en invernadero: el marqués de Saint Lambert. La sabia mujer reservaba su frialdad para la ciencia pura, y permitía se la tratase como a un hombre, salvo en los asuntos de amor. En un día aciago, Voltaire, sin hacerse anunciar, como indicaba la cortesía y aconsejaba la prudencia, entró en la habitación de su amiga y la sorprendió en íntima conversación sin palabras, con Saint Lambert. Al parecer la feliz pareja no se había ocupado de la teoría de Newton, aunque sí sucumbió a la ley de la atracción.

Si bien Voltaire se había burlado de las doncellas en la de Orleans, y Madame de Chatelet, por casada y otros motivos, se hallaba lejos de serlo, retó a duelo a su rival y con aires de caballeresca dignidad anunció el fin de aquél idilio, de física científica y recreativa. La Marquesa, en vez de negar la evidencia, que hubiera sido agravio a la doctrina de la percepción de Locke, de que Voltaire era partidario, le dijo: "Te amo aún. Pero como hace algún tiempo te quejabas

de no ser tan vigoroso, como antes, en beneficio de tu salud, he pensado que uno de tus amigos podía ayudarte". Ante este argumento, el filósofo burlado hubo de rendirse y exclamó: "Señora, como siempre vos tenéis razón. Pero si las cosas deben ser así, cuidad de que yo no las vea".

En esta conmovedora historia se advierte la lógica volteriana, que más tarde Cándido había de predicar en todo su rigor. Pues si Stanislas no pierde el trono de Polonia, ni su hija se casa con el rey de Francia, ni se le otorga el ducado de Lorena, ni invita a Voltaire a su Corte, ni acepta a Saint Lambert como capitán de Guardias, ni Madame de Chatelet hubiese sido fogosa, ni se hubiese inventado el diván, es probable que a nuestro filósofo y poeta, sólo le hubiesen coronado las Nueve Musas, y no diez, para regocijo y enseñanza de venideras generaciones.

En su vida cauta y ejemplar, esta falta de previsión de lo imprevisible, es la única falla en las excelencias de su filosofía, que hasta la muerte mantuvo con dignidad. Pues poco antes de ella, el abate Porquet se quejó amistosamente de que nada hacía en su favor. "Querido abate—le respondió el monarca—vos sois el culpable, y no yo. Habláis con demasiada libertad, y os jactáis de no creer en Dios. Es preciso que os enmendéis. Tratad de creer en él. Para ello os doy un año de plazo". Luego adelantándose a su palabra le nombró capellán. Pero la primera vez que hubo de desempeñar sus eclesiásticas funciones en la mesa, no pudo terminar el *Benediciti*.

Hagamos nosotros como él, e interrumpiendo nuestro relato, abandonemos la grata compañía del buen rey, sin esperanza de tropezarnos con Monsieur de Voltaire, ni de cruzarnos en el camino con la marquesa de Chatelet.

4

Cenizas al Viento

El 23 de abril de 1616, la tierra hizo una espléndida presa: devoró a Miguel de Cervantes. Con análoga complacencia se hubiese tragado a un rey, a un príncipe de la Iglesia, a un guerrero feroz, a un mercader judío, o a un inquisidor de la fe. Pocos días antes, en su dedicatoria de "Persiles y Segismunda" al Conde de Lemos, viejo y pobre, desde su lecho de moribundo, el manco glorioso nos hace una confidencia conmovedora: "el tiempo es breve, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida con el deseo que tengo de vivir, y yo quisiera ponerle coto". Tan hosca, dura y cruel fué la existencia, que los horizontes desconocidos hacia donde la naturaleza le empujaba, le parecían consoladores.

Los resplandores débiles de su conciencia en declinar, acaso iluminan a los hijos de su fantasía creadora. La sin par figura de Don Quijote, henchida de aliento eterno, ofrece su sombra heroica y protectora en tan doloroso trance a quién se va a hundir en el reino de las sombras. Sancho, el escudero, le brinda inquebrantable fidelidad. Agazapados en un rincón,

el Cura y el Bachiller Carrasco, mohinos, silenciosos, sienten tardío rubor de su propia indignidad.

Los duques, fementida canalla que hicieron burla de los donaires y gentileza del hidalgo manchego, y se mofaron de su compasiva bondad y humana locura, permanecen sorprendidos. Dulcinea del Toboso, de sangre plebeya, pero hermana de Ofelia por la pureza con que fué amada, se arrodilla temblorosa, y besa las descarnadas manos del poeta en desventura.

La silueta altiva, cortés y hospitalaria del Caballero del Verde Gabán, le rinde pleitesía; su hijo, simpático mozo, le compone en su fuero interno un epitafio en latín. Los galeotes, agradecidos, inclinan sus pícaras y atormentadas cabezas ante aquél que les hizo justicia contra la justicia del rey.

Los ojos del enfermo, tristes y velados, ven caminos largos y polvorientos; de vez en cuando alguna venta, donde el albergue es hostil y sólo dulce el sueño. Uno que otro monstruo o gigante sale a su encuentro; pero ríe sin temores y con indulgencia de sus fachas estrafalarias y amenazas grotescas. Más caminos secos, duros, envueltos en nubes de polvo, al menor vientecillo caprichoso que se levanta en la llanura castellana. Al final de uno de ellos—todos conducen al mismo lugar—Don Miguel de Cervantes se topó con la muerte.

Luego su cuerpo, cubierto de cicatrices que le ennoblecían, recibió sepultura en el Convento de las Trinitarias, en Madrid, cercano a su casa, donde trabó el postrer conocimiento con la pobreza y la desi-

lusión, la ingratitud y el olvido. Cantos litúrgicos y ritos funerarios, se elevaron al cielo como vanas columnas de humo. Enterrado por caridad, el viejo soldado y poeta, no tuvo los honores de una lápida ni los mericimientos de una inscripción recordando su nombre, ya que no por sus hazañas con las armas, por sus proezas en las letras. Por desconocida nunca fué hallada su tumba. Todo cuanto se sabía de sus huesos es, que yacían en aquel convento con humildad tal que no dejaron rastro alguno.

Vida tan azarosa, bien tenía ganado el descanso después de la muerte. Soldado en los Tercios de Italia, en Lepanto y en Túnez, luchó con arrojo desmedido contra la barbarie de los mahometanos, que amenazaban a Europa. Cautivo en Argel, dió pruebas del temple heroico de su alma, sólo igualadas por la agudeza del ingenio para conspirar y el estoicismo en la adversidad. Si cargado de prisiones anduvo entre los infieles, fué perseguido por la justicia en su misma patria. Todo es angustia, incertidumbre, desasosiego y miseria.

El más altivo de los caballeros, se vio obligado a mendigar un pedazo de pan de los Grandes de España y mezquinos de espíritu; nunca adivinaron el genio de aquel soldado inválido, que para regalo del linaje humano, escribiera "Don Quijote de la Mancha". Su alma, noble, audaz, irreverente, donde en maravilloso conjunto se funden la más alta poesía y la sátira más cruel, tuvo que disimular sus ideas frente a las tiranías y supersticiones de su época y de to-

dos los tiempos. A la luz de las llamas de las hogueras inquisitoriales, la libertad se trueca en cautela, y los atrevimientos del pensar, en maliciosas ambigüedades de expresión. La monarquía de los Felipes le ahoga. Entonces sueña en América con lejana liberación, y solicita un modesto empleo en Soconusco, que le es negado por los leguleyos que deshacían la Vieja España y explotaban la Nueva.

Y en Madrid murió en silencio; también fué enterrado silenciosamente en las Trinitarias. Sus cenizas permanecieron en reposo durante tres siglos, hasta que hace unos meses, la artillería de la morisma que él combatiera, con una granada las aventó. ¡Qué misterioso capricho del Destino! Los huesos del héroe de Lepanto, bailando la danza macabra, al son de los cañones de los Hijos del Profeta.

El convento, quedó en ruinas. Los bárbaros de hoy, han destruído su tumba. Todo es en vano. Mientras se escuche la queja de un oprimido y haya un ideal por conquistar, el Caballero de la Triste Figura vivirá en el recuerdo de los hombres.

5

Don Pablo y don Francisco

En una tarde tibia y luminosa, don Pablo, Don Francisco y un estudiante, llegaron a Toledo. Unos cuantos camaradas, de rostros angulosos y tostados, enjutos de cuerpo y vestidos con sencillez y pulcri-

tud, aguardaban a los viajeros. Eran trabajadores y menestrales. Saludaron con sobria cortesía a dos de ellos, y con admiración respetuosa a don Pablo. El viejo luchador de cabeza encanecida, barba gris y ojos azules, contestaba en tono afable. Su palabra, suave en la intimidad, era muy diferente de la que prodigaba en sus discursos encendidos de fe, propagando el socialismo por los rincones de España, sin cansancio, y también sin esperanza, de ver fructificar las semillas que arrojaba al voleo sobre las almas yermas.

A su lado, Francisco escuchaba atento al maestro e intervenía en el diálogo con la discreción y desenvoltura propias del madrileño. Aquel obrero estuquista, inteligente y jovial, daba atinados consejos a los compañeros, acerca de la manera de organizarse, y defender a las agrupaciones de los atropellos de las autoridades. Su mirada enérgica y viril, se velaba por ráfagas de ternura al conocer las quejas de unos hombres sencillos y buenos, que sufrían por la causa. A un camarada—decía uno—lo mató la Guardia Civil al llevarlo a la cárcel desde el pueblo. Están presos los campesinos del comité de Illescas—decía otro—por la huelga que declararon el lunes.

El estudiante escuchaba a aquellas gentes humildes con más atención que las enojosas y pedantes explicaciones de algunos profesores de la Universidad. Y más que atención, había una humana curiosidad, que se transformaba en sentimiento piadoso hacia los de abajo. Todo aquello se lo habían ocultado los

libros impuestos por la disciplina académica, repletos de fórmulas indigestas y de ideas muertas. ¡Cómo sonaban a hueco los silogismos de Santo Tomás, el Angel de las Escuelas! ¡Qué dura crueldad se desprendía de la Instituta!

Los romanos habían aprisionado la propiedad y los teólogos el pensamiento. En su conciencia moza surgía una cólera sorda contra los maestros que le engañaban y los textos que tenía que rumiar en las aulas. Por fortuna, debajo del brazo llevaba el estudiante unos libros para leer en el viaje, libros que no recomendaban los profesores, antes los prohibían, pero que eran sus consejeros, sus confidentes y sus amigos: Renán, Michelet, Kropotkin.

—“El gobernador está dispuesto a concedernos el permiso para celebrar el mitin de mañana, pero dicen que el arzobispado se opone.”

—“Siempre la Iglesia”—exclamó don Pablo.

—“Es el eterno enemigo”—dijo Francisco.

El estudiante recordó con Don Quijote. —“Válgame Dios, Sancho, con la Iglesia hemos topado...”

Llegó la noche con la suavidad de un mensajero de amor. La ciudad Imperial se alzaba con un gesto dramático en la llanura castellana. A sus pies el Tajo, formando amplia herradura, enviaba alientos de frescor. En lo alto se erguía el Alcázar, con la grandiosa majestad de una fortaleza que desafió a los siglos. En él, marcaron sus huellas duraderas, romanos, visigodos, árabes y cristianos. Allí se albergó el Cid con sus leales, residió el César Carlos V, sufrió las

injurias de la soldadesca austriaca, y lo convirtieron en una hoguera las huestes de Napoleón. Era la Historia de España escrita con piedras.

Los viajeros, luego de ser agasajados con sencillez y cordialidad se retiraron a descansar.

—“Buenas noches, don Pablo.”

—“Buenas noches, don Francisco.”

—“Hasta mañana, joven.”

El estudiante abandonó su cuarto con deseos de pasear por la ciudad. ¡Qué mágico encanto el de las noches de Toledo! Las sombras, el silencio y la nostalgia, nos envuelven en dulce sudario. El cielo, intensamente azul, poblado de estrellas, refresca las almas con lluvia ténue de serenidad. Por sus calles angostas, tortuosas, empinadas, llenas de tradiciones y leyendas, los hombres adquieren el contorno vago de fantasmas. En sus muros venerables, las hornacinas, con imágenes de vírgenes y santos, rememoran tiempos de ingénua piedad. Las mansiones señoriales, iglesias y conventos, evocan las vidas de los caballeros que pelearon en Italia y Flandes y conquistaron encomiendas en América; las existencias misteriosas y sombrías de enclaustrados, ebrios de eternidad y temerosos del infierno; la exaltación de muchedumbres dolientes, que refugiadas bajo las grandiosas naves de la Catedral buscan consuelos dulces y paraísos imaginarios.

Al día siguiente, como era de esperar, fué suspendido el mitin. El arzobispo, en complicidad con el Gobernador militar, soldado del Rey, no permitió

que la ciudad santa se viese contaminada por la herejía socialista. Un polizonte, cortesmente advirtió a los forasteros, que debían abandonarla.

Al salir el tren en dirección a Madrid, los viajeros se asomaron a la ventanilla, para despedir a Toledo con la mirada. A medida que se iban alejando, se esfumaban los contornos de la ciudad, y desmayaba su colorido. Hubo un silencio.

—“No hay que desalentarse—dijo don Pablo—. Yo ya soy viejo, pero ustedes recogerán la cosecha que sembramos.”

—“Es seguro—añadió Francisco— ¡Pero hay tantos obstáculos que vencer!” En aquel momento, altivos, majestuosos, retadores, a manera de símbolos, el Alcázar y la Catedral, se destacaron en el horizonte.

Nuestro simpático y bondadoso Don Pablo, era Iglesias, el apóstol del socialismo español; Francisco, el estuquista madrileño, es Largo Caballero, Presidente del Consejo y Ministro de la Guerra. El estudiante... ¿Para qué ocuparnos de él? El estudiante no es nadie.

6

Eclipse Fugaz

Se ha sacrificado a una Nación, no por afianzar la paz, sino por aplazar la guerra. La ola de cobardía que a todos envolvió en sus temblores, fué propicia a apostasías y claudicaciones, donde es difícil apre-

ciar de qué lado se inclinó la balanza. Desde luego no fué a favor de la justicia; tampoco de la dignidad. Lo único cierto es, que las grandes Potencias acallaron de manera efímera sus permanentes rivalidades, que en tiempos cercanos habrán de resucitar con más bríos, ofreciendo una presa viva a la voracidad del agresor. No es el momento de las lamentaciones, ni tampoco de las desesperanzas: apelemos a la reflexión.

Esas gigantescas pirámides que tienen por base la esclavitud y por cúspide a un hombre, a quien todo lo humano ajeno le es, se derrumbarán ante nuestros propios ojos, en medio de un entusiasmo emancipador. El tiempo, por razón natural, es adversario de la tiranía y aliado de la libertad. Así como ningún rey pudo matar a su sucesor, ningún déspota puede encadenar el futuro. Creer que los destinos del mundo dependen de los bárbaros caprichos de un sargento y de un cabo, es desconocer la esencia misma del hombre y negar sus infinitas posibilidades de redención. Dejemos que galopen las horas, que corran los días. Nuestro será el fin de la jornada. Unas fiebres perniciosas, la malaria quizás, acabaron con el poderío de Alejandro; unas certeras puñaladas, con las arrogancias de César; una batalla con la estrella invencible de Napoleón. Y hoy, los que se proclaman héroes, son pigmeos que alzan su insignificancia ensangrentada sobre un pedestal de lodo, que caerá en mil pedazos al soplo más leve de la adversidad. La Historia nos brinda sabias enseñanzas, y a la vez nos da alientos.

Volvamos la vista atrás, para caminar adelante. En los tiempos en que se creía en la libertad como el bien máspreciado a que pueden aspirar los mortales, se tenía fe en las excelencias y beneficios de la inteligencia. Frente a la explicación mística del Universo, la Ciencia introducía un orden relativo en el caos de que formamos parte, deteniéndose en las fronteras infranqueables que limitan el conocimiento. La comprensión de nuestra ignorancia, ante el problema del origen y destino, nos emancipaban de las supersticiones, llevando al alma una visión filosófica y serena, que se extendía a todos los seres y las cosas. El lema de Spinoza, no llorar, no indignarse, sino comprender, sirvió de penacho a nobles cabezas pensadoras.

Si se rendía culto a la inteligencia, se respetaban la diversidad y pugna de sus ricas manifestaciones. ¿Acaso los progresos del espíritu humano no se deben a la contradicción? Gracias a que se permitía dudar de la verdad, se llegaron a alcanzar algunas verdades. Para conquistar adeptos a determinadas doctrinas, filosóficas, económicas y políticas, se apelaba a la persuasión, por tener presente la naturaleza razonable del hombre. No se trataba de imponer un dogma, sino de solicitar el asentimiento a ciertas teorías; no se exigía la obediencia, sino se buscaba la conformidad.

Es evidente, que hay para las cosas humanas un orden social que es el mejor, y también que el actual es injusto y cruel. De aquí la necesidad de una organización, donde el hombre quede a salvo de la mi-

seria, su más fiel aliada, y con la conciencia libre. Si antaño se esclavizaba a las criaturas que se afanan bajo el sol en nombre de la religión, los reyes y la codicia, hoy invocando otros principios también se las hace siervas. Una mística guerrera y terrenal, donde se exalta la omnipotencia de los dictadores y la obediencia rebañega de las masas, se ha adueñado de una gran parte de la tierra, reprimiendo con la prisión o la muerte todo intento de crítica o anhelo de reforma. ¡Adiós las bellas y fecundas audacias del pensar! El espíritu, que por esencia es independiente, rebelde e innovador, tiene que callarse o permanecer arrodillado ante las voces de mando, y amenazas de los aventureros usurpadores del poder, que en vez de alegar razones despiertan instintos primitivos de destrucción y de muerte.

¿Qué otra cosa son el fascismo y su hermano en bastardía el nazismo? Pues toda tiranía sobre las almas, todo régimen que reniegue de la libertad, empobrece y empequeñece al hombre, privándole de los goces más puros de que le es dado disfrutar: los juegos de la fantasía y el derecho al ensueño. Si los dictadores que hoy llenan el mundo con sus zoológicos gritos, precursores de la caza al hombre, su presa más codiciada, fuesen capaces de reflexión y sensibles a las enseñanzas del pasado, la Historia les advertiría de la inutilidad de la persecución. Todas las causas que han triunfado, nacieron fuera de la ley y contra la ley misma. ¿Qué revolución redentora hubiese ven-

cido, de acatarse la legalidad impuesta, apoyada por el terror de los de arriba? Ninguna.

No hay que abandonarse a la desesperanza; lo repetimos. Desde que se inventó la imprenta, se ahuyentaron los temores de un retroceso total, de una vuelta definitiva a la opresión y la barbarie. Las ideas emancipadoras, los descubrimientos de la Ciencia, las reivindicaciones de la justicia, y las nobles y patéticas angustias de la vida espiritual, han encontrado en el libro un baluarte indestructible. Esos modernos autos de fe que deshonoran las plazas de Roma, Berlín y Salamanca, donde los herejes son los frutos del saber, para nada sirven. Los libros encierran algo eterno, y la tiranía más duradera, es un relámpago en la vida de los pueblos.

Quienes fuesen tímidos y a la vez sensibles a las exigencias de las modas políticas—¿qué más viejo que la tiranía?—se guardarán de alzar la voz en defensa de la libertad y de la independencia de los pueblos. ¿Cómo atreverse a invocar los derechos del hombre y del ciudadano? En ciertos países de cuyo nombre no queremos acordarnos, aunque no se nos olviden, se rinde culto a la fuerza, y se movilizan las sombras de la inteligencia y los residuos de la técnica, a favor del poder absoluto. El hombre es un animal amaestrado que ha de obedecer cuanto le ordenen, y pensar cuanto le manden. Su vida pasiva, de bovina resignación, sirve tan sólo para rumiar la insignificancia de su destino.

Malos días corren para la libertad. Pero que nues-

tros enemigos, los de hoy, mañana y siempre, no se engañen ni alienten ilusiones locas. La lucha sin cuartel, tiene sus ventajas. El ánimo se templea en el infortunio; huye la hipocresía y desaparece la tibieza de convicciones, blasón borroso de las almas débiles. Las persecuciones, el peligro, la muerte misma, son yunques donde se forja el porvenir. Ahí está España.

7

Una Sola Palabra

Bien quisiera entretener al lector amigo de algún asunto amable o risueña paradoja para su solaz, si la fortuna fuese mi compañera. Contemplar la existencia con indulgente desdén, aceptando sus contradicciones dolorosas y cómicas, es camino de sabiduría. ¿Por qué no extraer del jugo amargo que destila el vivir, algunas gotas de forzada alegría o engañosa ilusión para embriagarnos? Nuestro deber es transformar la pesadilla cósmica de que somos actores, en un sueño de primavera en noche de San Juan. En ella todo es encanto. Las hadas prodigan sus caricias a los mortales; los duendes hacen deliciosas travesuras bajo el brillo silencioso de las estrellas. Suena una suave música, y al tenue resplandor de la luna, se escuchan juramentos y delicadas quejas de amor. Allá, en los claros del bosque temblorosos de rocío, arde una hoguera.

Por esta vez el galeote de la pluma, que no otra

cosa soy, carece de ánimos para emprender tan alentadora empresa. Me afano y falla mi voluntad. Cuando trazo las letras para formar ese misterio, que es al mismo tiempo luz, y se llama la palabra, sólo consigo escribir una: España. ¿La voz de la sangre? Sin duda. ¿El grito ahogado de la tierra, sembrada con huesos de mis mayores? También. A mi memoria acuden en confuso tropel jirones de recuerdos. Una vieja plaza madrileña, llena de gracia y majestad, donde majas y chisperos lucharon por la independencia contra los mamelucos de Napoleón. En la llanura manchega, los molinos de viento, atraen con sus aspas al Caballero del Ideal, que a horcajadas sobre Rocinante, lanza en ristre, protege a las doncellas, ampara a los oprimidos, consuela a los tristes, y rompe las cadenas de los forzados del Rey, porque la naturaleza les hizo libres. Una huerta valenciana me regala con el aroma de sus naranjos en flor, y las brisas del mar azul, que hizo naufragar a Ulises y fué favorable a Eneas en su desgraciada idea de fundar Roma. Desde las cumbres del Monserrat, marcadas por las piadosas huellas de Parsifal, se atalaya Barcelona, henchida de vida y hervidero de justicieras inquietudes.

De nuevo Castilla. En el fondo, la altiva sierra de Guadarrama, de tonos grises y coronada de nieves. Suavemente, envuelta en pinares y salpicada de arroyos frescos y ruidosos, desciende al valle. En uno de sus extremos se eleva el más grandioso y sombrío templo que el hombre concibiera en honor y alabanza de

la muerte: el Escorial. En sus alrededores, riscos y tomillares alegran los caminos que a Madrid llevan. Llegamos al Pardo, sitio de esparcimiento de monarcas holgazanes, amantes del absolutismo y la venería. Lo cruza el Manzanares, que siendo aprendiz de río, ha pasado a la Historia, porque los bárbaros no pasaron por él. Ya estamos en la Pradera de San Isidro poblada por deliciosas criaturas y gallardos mancebos nacidos al toque del mágico pincel de Don Francisco de Goya. En aquel ameno lugar se escucharon risas y discreteos de amor de majas y duquesas, se anudaron intrigas galantes y se concertaron desafíos. En una loma cercana, el cementerio de San Isidro ofrecía un eterno descanso a los que fueron. Hoy, allí todo es algarabía, profanación. Las mesnadas moriscas lo conquistaron en los comienzos de la guerra. Sobre la tumba de mis padres, acampa la jarca rifeña.

Temo abusar de tu benevolencia, lector, y he de esforzarme en hablarte de un tema ameno o brindarte risueña paradoja. ¿Por qué no de la mujer? Sería curioso investigar en ella donde cesa el diablo y comienza el ángel. Y si en la Historia diésemos, no estaría de más esclarecer por qué huyó Cleopatra en la batalla de Actium, y el invicto soldado Marco Antonio abandonó la lucha siguiendo con ansiedad la vela de púrpura de su amada. Esta huída de reina que narrara Plutarco para nuestra enseñanza y deleite, trae a mi memoria el éxodo de millares de mujeres enlutadas y harapientas, que santifican con sus fatigados pies los caminos catalanes. Las veo llevando en bra-

zos o de la mano a sus pequeñuelos, consumidos por el hambre, temblando de frío y locos de terror. En pobres carros, lentas cabalgaduras o sobre las femeninas espaldas, acarrean con amor las modestas reliquias familiares: un colchón, una cama, unas ollas. Todo lo que les queda. Ya se alejaron de la zona de guerra, que supera en horror al infierno imaginado por los teólogos para su regocijo personal y miedo de timoratos. Elevan sus miradas al cielo, no en son de plegaria, pues se secó la fuente de su ingenua religiosidad: Dios, el Dios de los altares, protege a sus verdugos. Es para que puedan descansar sus ojos de lo que han visto en la tierra. De repente un siniestro zumbido vibra en el aire. Los aviadores alemanes e italianos han descubierto una ocasión para cubrirse de gloria, sin riesgo, que para ellos es el heroísmo. Quizás algunos de estos asesinos con librea piensan en relatar sus hazañas, a sus esposas a sus hijos, cuando regresen a sus hogares, en la intimidad familiar, al calor de la lumbre. Y descienden casi a ras del suelo para destrozar con la metralla aquel indefenso y desvalido rebaño de carne humana. Oigo el grito de las mujeres y los quejidos de los niños; veo caer sus cuerpos. Sus rostros sorprendidos por la muerte se despiden con muecas dolorosas.

¿Qué puede importarme en estas horas preñadas de angustia, la huída de Cleopatra? Esas mujeres y pequeñuelos riegan con su sangre los caminos que conducen a Barcelona, el último baluarte de la esperanza humana. Secan sus lágrimas; alzan los puños

clamando venganza. Y los puños caen rendidos de cansancio, y la venganza no llega aún. . . Si en Londres se apalea a un caballo, la policía castiga con severidad a quien muestra tan malos sentimientos hacia los animales: así lo exige la cristiana sensibilidad inglesa. Si en París se maltrata a un perro, sucede lo mismo; así lo exige la sensibilidad republicana. Las mujeres y los niños españoles, valen menos que las bestias.

Perdón, lector amigo, no puedo continuar. Cuando trazo las letras para formar ese misterio que es luz y se llama la palabra, sólo logro escribir una: España, que es como si escribiera justicia y libertad.

Mis dolores y pesares, son de español; lo confieso con orgullo. Mi indignación es de hombre.

8

Grandeza de un Pequeño País

Allá en Europa occidental, bañadas por el Mar del Norte, hay unas tierras bajas y llanas, que se defienden de las aguas por obra del ingenio y la tenacidad, en forma de diques. En ellas se asienta una nación inteligente, trabajadora y próspera, que apenas daba que hablar hasta ahora, que se ve amenazada por el furor germánico: Holanda. La angustiosa actualidad, exige se rinda justicia a este pueblo, acreedor a la gratitud universal, por noble ejecutoria. La lucha constante con la Naturaleza, forjó el carácter enér-

gico de sus habitantes, defensores de la independencia política y de la libertad de pensar, cuando el mundo se hallaba sometido al absolutismo de los reyes y a la tiranía eclesiástica de católicos y protestantes. Sólo Holanda conoció la tolerancia para todas las ideas; en su suelo hospitalario encontraron asilo los perseguidos por una causa, que en el fondo era la de la Humanidad.

Se alza con heroísmo frente al poder avasallador de Felipe II, sombrío rey de las Españas, donde no se ponía el sol. La crueldad fanática del Duque de Alba, en vez de apagar sus bríos, los enciende con fervor. Los artesanos y burgueses de Flandes, abandonan las comodidades de la regalada vida familiar, para convertirse en guerreros. Al fin logran su independencia. En pleno siglo xvii, establecen una República, garantía de los derechos ciudadanos, y de las creencias filosóficas y religiosas. El trabajo tenido por servil, por prejuicios aristocráticos, es ensalzado como fuente de riquezas y motivo de orgullo. En sus palacios y moradas, florece la arquitectura gótica en todo su esplendor. La inspiración no es sólo religiosa. La vida civil con sus exigencias y suntuosidades, cristaliza en espléndidas piedras, albergue de hombres laboriosos, de hogares unidos por la felicidad, de talleres, donde la mano crea con esfuerzo paciente la industria que ofrece el bienestar y delicadeza a la ruda faena cotidiana.

A veces en el interior de una tienda, surgen insospechados descubrimientos científicos. Un merca-

der, Leeuwenhoek, entretiene sus ocios en el estudio y combinación de los cristales e inventa el microscopio; ocio fecundo que nos revela la grandiosidad del Universo en lo infinitamente pequeño. Jansen, otro holandés, nos deslumbra mediante el telescopio, para abarcar con la mirada lo que escapa a ella, poniéndonos en contacto con mundos desconocidos, donde todo es razón, ley, armonía. Envueltos en brumas de tenues matices y acariciados por perpetua humedad, florecen los tulipanes; y en lo vago de la atmósfera, altivos, majestuosos, se alzan los molinos de viento que nuestro Señor Don Quijote santificara con su locura. Raza impetuosa y de acción. Se lanza a los mares para conquistar tierras vírgenes en el remoto oriente. También por contemplativa, pone su pensamiento en lo que es eterno. El Humanismo, encarna en hombres de la curiosidad universal de Erasmo de Rotterdam, alma de gigante, en quien luchan las sombras de la cruz con los resplandores del sol al ponerse en Atenas, y llega a una comprensión indulgente de la estulticia de nuestro linaje.

Su luz que suavemente penetra las almas y las cosas, descubre encantos ocultos a nuestros ojos. Rembrandt las recoge con su pincel. Su *Lección de Anatomía* es una llamada a la realidad y una exaltación del misterio que la rodea; *Los Síndicos*, afirmación viril de la vida ciudadana, en época en que el estruendo de las armas ahoga la paz y el silencio de la ciudad. Holanda recibió con dulzura a los israelitas expulsados de España y Portugal. Esta benevolencia de tra-

to a la raza maldita ayer y hoy, tuvo espléndida recompensa. Benito Spinoza o Espinosa, el judío de ascendencia hispánica que buceó con osadía y profundidad en los abismos infinitos de Dios y de la Naturaleza—*Natura ive Deo*—nació en Amsterdam para honra de su patria y gloria de todos. Descartes, Pierre Bayle y Voltaire, pudieron filosofar libremente, y exponer con claridad sus doctrinas, bajo el cielo nebuloso y gris de los Países Bajos.

Aquello que los espíritus más audaces apenas podían meditar en la intimidad de sí mismos, se publicaba libremente. Holanda se convierte en inmensa imprenta que moviliza sin cesar ejércitos de libros de ideas renovadoras, al asalto de las viejas ciudades del despotismo y de la superstición. Hoy entramos en una librería sin el menor cuidado, y su dueño con entera tranquilidad nos entrega su noble mercancía. Mas hubo tiempos, en que vender o comprar un libro, como hoy acaece en España, era un acto de heroísmo; en ello iba la libertad o la vida. Los hombres selectos, amigos de las luces se reunían en secreto para leer precaviéndose muy mucho contra las delaciones, que con frecuencia tenían por estafeta el confesionario. Un libro recién llegado de La Haya, Amsterdam o Leyden, con olor a tinta fresca y sabor a herejía, pesadilla de inquisidores, jueces y alguaciles, era el regalo más precioso para las inteligencias curiosas y emancipadas.

Cuanto amamos los libros y manejamos la pluma en defensa de nuestras ideas o para nuestro ínti-

mo y personal contento, no vemos en Holanda sólo una expresión geográfica o una entidad política: es un símbolo de la libertad de imprenta, y con ella de la del espíritu humano.

9

Otra Vez Hermann y Dorotea

Porque así lo quiso el Destino, las nueve Musas descendieron sobre el viejo Castillo de Jena para regalar sus graciosos dones a un poeta, que en sus ratos de ocio creador, asumía responsabilidades de gobierno o consejo, como ministro de un pequeño ducado alemán. Nos hallamos a fines del mes consagrado a Juno, cuando la primavera, ya vencida, suavemente cede el paso al estío, y en el año de 1797, que no es de paz. El estruendo de las armas llega hasta aquel lugar, donde Goethe busca soledad, para escucharse a sí mismo. También la voz de la amistad, pues cerca de su principesca mansión florece el jardín en que vive Federico Schiller. A su fresca sombra, alrededor de una mesa de piedra, los dos poetas se ofrecen los frutos de su genio en noble comercio espiritual: se leen sus obras, y cambian pensamientos profundos y serenos.

Allá en las rientes lejanías de Italia, que Goethe amara con fervor, convirtiendo sus placeres en Elegías, Napoleón, espoleado por su estrella, conquista tierras empapadas de venerable antigüedad, y más

gloria que tierras. Es el héroe surgido de las entrañas sangrientas de la Revolución; aún no es el César empuñado en la quimérica empresa de someter el mundo a sus ambiciones, sin fronteras humanas ni leyes justas. Pero la gloria de las armas es vana: se forja en el dolor, se alza sobre ruinas y tiene a la muerte por testigo. Nuestro poeta fué a la guerra huérfano de ímpetus bélicos. Por curiosidad, para observar los rebaños enardecidos que se combaten con furor por defender unas ideas o acatar otras de quien las ideas teme. Por esto, y a fin de adiestrar sus nervios, que aspiran a permanecer impasibles en medio del peligro y de las asechanzas de la fatalidad.

En Valmy, ante la derrota de los ejércitos feudales por las tropas de descamisados franceses, arrebató un secreto al futuro: anuncia el comienzo de una nueva era. No olvida el lado doloroso de la guerra, que por bienes que traiga, y ricos que éstos sean, se engarzan en males. Y por boca de Egmont, personaje histórico engrandecido por su propia grandeza, vierte en nuestros oídos estas palabras: "Es posible que en la batalla vea el soldado con tranquilidad cómo cae a su lado un compañero. Pero río abajo, vendrán a tu encuentro los cadáveres de los ciudadanos, de los niños y de las doncellas: quedarás espantado. Y no sabrás qué causa defiendes, ya que están muriendo aquellos por cuya libertad empuñaste las armas". Las Musas que siempre rondan a nuestro poeta—en ellas es deber y júbilo—en un día primaveral descienden sobre el Castillo de Jena, con paso quedo lla-

man a la puerta de Goethe, y le inspiran un incomparable idilio que brota de los horrores de la guerra. Es Hermann y Dorotea, donde la dulce sombra de Teócrito que emigrara de los soleados parajes de Sicilia a las amenas riberas del Rhin, cobija el infortunio y la felicidad de los amantes.

El pueblo está desierto. Sus habitantes han ido a ver el triste cortejo de los emigrados. Pero allí queda alguien que nada daría por presenciar la desgracia de los fugitivos que abandonaron sus hogares ante la furia del enemigo. Es el posadero del León de Oro, quien dice a su esposa:—"Has hecho bien en enviar a nuestro hijo con ropas, alimentos y bebidas para esas pobres gentes. Dar, es deber de los ricos".—"Sí—contesta ella.—He dado las mejores camisas y los mejores abrigo, pues me han hablado de viejos y niños desnudos". El boticario del lugar narra dolorosas escenas. "Pudimos contemplar—afirma—qué amarga y cruel es la huída, y qué grande es la alegría de salvar la vida. Qué penoso era ver los enseres que contiene una casa, recogidos en un momento y amontonados en desorden en carros. Las mujeres y los niños fatigados arrastraban canastas llenas de cosas inútiles, pues el hombre siempre abandona a su pesar aquello que le pertenece, por modesto que sea".

Hermann, el gallardo mozo, al regresar se muestra preocupado. El mensajero de los bondadosos sentimientos de su madre, en el camino polvoriento, vió en un coche a una joven que acababa de dar a luz, y a su sirvienta, una hermosa campesina, que la prodi-

gaba sus cuidados. Un ruego de Dorotea en favor de su ama, penetra en su corazón y le conmueve. Presiente en ella una digna compañera de afanes. Impaciente vuelve en su busca y la halla en la fuente. Una ráfaga de piedad sacude a los dos seres y del dolor ajeno que les tortura, sueñan en la propia felicidad. Ella se inclina sobre los bordes del manantial para tomar agua, y él la imita. "Sus imágenes se vieron reflejadas en el azul del cielo. Se hacían señas y amistosamente se saludaban en el espejo".

De la piedad ha surgido el amor. Los buenos posaderos reciben por hija a Dorotea. La caravana de fugitivos sigue su marcha dolorosa, en espera de la esperanza misma. La dicha que tantos milagros opera, transforma al joven Hermann en un hombre. "Eres mía—dice a su prometida—y lo mío te pertenece más que nunca. No quiero conservarlo con inquietud ni guardarlo con miedo, sino gozarlo con valor. Y si los enemigos nos amenazan, dame mis armas y les ofreceré mi pecho". Luego añade: "Si todo el mundo pensase como yo, la fuerza se levantaría contra la fuerza y todos viviríamos en paz".

Las Musas abandonaron el Castillo de Jena, gozosas de su obra que, para deleite y enseñanza nuestra, nos ofrendara Goethe. Han corrido los años y galopado las horas. Tras unas guerras, otras guerras vinieron. Los emigrados, los perseguidos, los proscritos, los sin patria, vuelven a solicitar nuestra ayuda y nuestro amor. Y los hijos de Hermann y Dorotea aún alientan bajo el sol.

10

El y Ella

Al llegar a México, no pudo pisar esta tierra hospitalaria y libre. Las piernas del viejo luchador, se negaron a obedecerle. Y en una camilla desembarcó en Veracruz, puerto de refugio contra las tempestades del mar y la barbarie de los hombres. Gonzalo de Reparaz, esclavo de ochenta y cuatro años, mantenía el espíritu libre, claro, henchido de engañosas y risueñas ilusiones. Soñaba en rehacer la vida, cuando la vida suavemente se alejaba de él. "Acabo de terminar un libro" decía a sus amigos. Luego, se animaba al comunicarles sus proyectos. Manos piadosas se ocuparon de él con maternal cuidado, hasta depositar su cuerpo en un Sanatorio de esta ciudad, famosa antaño por sus Palacios, y desde ahora, famosa también por sus generosos sentimientos hacia los vencidos en buena y noble lid. En una cama limpia y blanda quedaron sus huesos, que carnes pocas tenía, en espera... ¿En espera de qué? Por optimista que se fuese, no era posible pensar en su salvación, que el manantial de Juvencia, sólo brota de la esperanza humana.

Nos imaginamos a Don Gonzalo de Reparaz, en esos momentos de soledad, que el enfermo puebla con recuerdos y fantasías. Quien como él consagrara su pensamiento a la ciencia, y su corazón a España, debió frotarse los ojos con sus sarmentosas manos, a fin

de persuadirse de que despierto, no soñaba. Mejor que sueño, desvarío o pesadilla. En sus largos años de estudio y meditación, había creído, quizás, aprisionar el alma española, rebelde de suyo. La tierra hispana y sus hombres, habían confiado muchos de sus secretos al geógrafo e historiador que él era. Y como todo sabio, se complacía sin duda en reflejar sus quimeras en las lejanías de los tiempos. Nada más grato que escapar a la realidad, huír de los días en que vivimos, para crear el mundo a nuestro antojo, rectificando, con osadía o timidez, los misteriosos designios de Jehová. Que en toda cabeza noble, y la suya lo era, florece la utopía. Y hubo de pensar con fe en los destinos de España, de raigambre universal y palpitación humana. Con el advenimiento de la República, el pueblo fué señor de si mismo. ¡Qué maravilloso espectáculo contemplaron entonces sus fatigados ojos! El ansia de saber, el afán de justicia y de ímpetu reformador, surgían amorosamente de la entraña nacional. Las leyes se inspiraban en tierna solicitud a la criatura humana, oprimida tradicionalmente por la superstición embrutecedora, el dinero explotador, la realeza envilecida, y la espada de sus guerreros mellada en la derrota. ¿Cómo pudo hundirse en sombras, sangre, ruinas y dolor, aquel mundo que nacía a la luz, bajo el signo de Ariel? Pues Calibán triunfó.

Don Gonzalo de Reparaz, en su lecho, ha vuelto a frotarse los ojos, creyendo que una espantosa pesadilla se había adueñado de él.—“¿Dónde estoy?—pregunta con angustia.— ¿Acaso fué verdad que sa-

lí de España para salvar la vida? ¿Es cierto que España ya no existe?"—Luego, quien como él conocía la historia de todas las colonizaciones, dió en la cuenta de que a su obra, honor de la ciencia y de la erudición contemporáneas, le faltaba un capítulo, que ya no podía escribir: el de la colonización de su patria por los italianos y tudescos. "¿Dónde estoy?"—vuelve a preguntarse con una ansiedad febril. Una voz amiga le tranquiliza: en México. El anciano siente alivio. Tales son los efectos de la libertad. Después, nada. Después, la nada: Don Gonzalo de Reparaz ha muerto.

La noticia a todos nos apena. Pero hay una persona a quien se debe ocultar. A su esposa; a la compañera de horas de felicidad y días de infortunio que anciana como él y como él enferma, en el mismo hospital, sufre en cuarto vecino... ¿Se concibe situación más dolorosa, trance más cruel? He aquí una tragedia sin autor, podría pensarse a la ligera. Alguien la atribuiría al *amanké*, que teje y desteje el drama griego. No. Su autor, lo conocemos. Es un renegado español, que viste librea militar y recibe las bendiciones de la Iglesia, por los cientos de miles de tragedias que provocara: se representan en el gran teatro del mundo. Mas sobre él caerán por los siglos de los siglos las maldiciones sin fin de los hombres que hoy alientan, y de los que están por nacer.

Si difícil es ocultar la dicha, aún lo es más la desaparición de un ser querido. —"Yo le acompañaré hasta el fin de la jornada"—dice la esposa. Abandona

el lecho, y con una herida abierta en su carne, se pone en pie con altivez. Esta mujer fuerte, llega al cementerio apoyada en piadosos brazos ajenos, que tiemblan de emoción, más que sus propias piernas. Es una española de pura sangre, que por instintiva dignidad, sin haber leído a Séneca, sabe hacer frente al infortunio y al dolor. Enjuta, de rostro surcado por arrugas, y cabeza blanca, presencia los ritos fúnebres con serenidad. Ya el cuerpo de su esposo descansa en la fosa. Augusto Barcia, Alfonso Reyes y Juan Negrín pronuncian palabras graves y conmovedoras: es el primer emigrado español que cae en México. Se rompe un silencio.—La fiel y vieja compañera dice: “Yo quiero echarle una paletada de tierra”. Y así lo hace, sin que sus manos tiemblen, ni las lágrimas corran—. “¡Hasta pronto! ¡Nos reuniremos para siempre!”— exclama con voz firme.

He aquí la aventura con desventura de Don Gonzalo de Reparaz y su esposa. Los nombres, por ilustres que sean, nada importan. Son él y ella. Es la noble y eterna pareja humana.

11

Los Cautivos de la Montaña Mágica

Los hermanos Heinrich y Thomas Mann, son en la actualidad y cuando la actualidad ya no lo sea, honra y preza de las letras alemanas, pese a las persecuciones que sufren en su patria. Su parentesco que-

da limitado a los vínculos de sangre. No sólo escriben separados, sino que sus tendencias estéticas e ideológicas, presentan más oposiciones que analogías. Heinrich, es un espíritu atormentado por las luchas de nuestros días, y esta suerte de preocupaciones de modo intenso se reflejan en sus obras. Sería injusto decir que Thomas es ajeno a ellas: su noble y luminosa conciencia de artista, es un magnífico escenario capaz de dar albergue al drama de la existencia. Lo que acaece es, que por un esfuerzo de su naturaleza genial, eleva a un plano de eternidad, los afanes, ilusiones, dolores y alegrías que las horas regalan y roban al linaje humano. Como artista—él lo confiesa—siente más atracción por la Muerte que por la Vida: se inclina a cuanto es decadencia, refinamiento y destrucción, caminos todos que por distintos paisajes nos conducen a la nada.

Thomas, hoy expatriado por la barbarie que con gran dolor de los admiradores de la Alemania eterna, se ha desencadenado en la tierra de Lessing, de Goethe y de Heine, alcanzó en 1929 los honores del premio Nobel. Títulos muy sobrados tenía para ello, pues además de la *Muerte en Venecia* y *Buddensbroks*, había publicado ya *Zauerberg*, la *Montaña Mágica*. En esta obra, la sensibilidad, el pensamiento y la poesía, se funden en un monumento gigantesco, dicho sea en son de protesta contra la pretendida decadencia de Occidente, y en alabanza de su inagotable riqueza espiritual. El gran escritor concibió la *Montaña Mágica* en 1911, con motivo de un viaje

a Davos; su mujer que se hallaba enferma, hubo menester de reposo en un sanatorio de los Alpes, donde por ironía se unen lo más puro de la Naturaleza, y lo más podrido de la humanidad doliente. Allí, el novelista fué poblando su espíritu con figuras arrancadas de la realidad que absorbieron sus experiencias íntimas e intensas meditaciones. Colocadas entre la vida y la muerte, la lujuria y el ascetismo, lo racional y la fe, sin dejar de demostrar la terrena condición, por su peculiar naturaleza, hubieron de adquirir contornos simbólicos.

Si el lector penetra en el Sanatorio Berghof, trabará conocimiento con seres extraños. Hans Castorp, joven de familia patricia y alma sencilla, lo suficiente maleable para ser víctima de variados experimentos y contradictorias influencias, visita a Joachim Ziemsen, un su pariente dañado del pulmón. Hans que se creía sano sufre del mismo y terrible mal. Una sirena esclava de suave e insinuante voz, que reviste la forma corpórea de Clawdia Chauchat, le atrae de modo irresistible por su diabólica belleza, animado por la fiebre de la sensualidad y de la tuberculosis. En su carne enferma florecen deseos frenéticos y morbosos, que contiene con esfuerzo y cultiva con la imaginación. Al fin, en una noche de Carnaval de épica grandeza, en que los enfermos se olvidan de sus miserias y anhelan divertirse con rencoroso furor, disfrazando sus caras y angustias con risas y abigarrados trajes, en medio de un ambiente alucinador

de hospital y de lujuria, Clawdia cede, y como en un sueño desaparece.

Dos compañeros de infortunio turban la ingénua vida espiritual de Hans: Settenbrino, italiano racionalista y humanitario, que bebió en las fuentes de la sabiduría greco-romana, y Naphta, un judío renegado, monstruoso y extraño ser, en quién el misticismo disolvente de su raza, en contacto con el de Loyola, cristalizó en un nihilismo desgarrador. Allí en el Sanatorio, cautivos de la montaña, esperanza de salvación, aquellos galeotes de la tisis, viven al margen de la sociedad y fuera del tiempo, con el espectro de la muerte en perpetuo acecho. Acaso sólo las almas de los enfermos perciben con íntima claridad esas misteriosas relaciones que nos unen con el Universo, veladas por los imperativos exuberantes de la salud, y que es dado alcanzar en estado normal, por un esfuerzo heroico del pensamiento y de la intuición. Nuestros personajes, replegados sobre sí mismos, todo lo auscultan, lo analizan, lo pesan, lo discuten. El libre pensador y el jesuita se disputan como aves de rapiña los despojos de un alma. Hans Castorp, prisionero del recuerdo de la amante de un día, queda rodeado de sus amigos, de los médicos y de los moribundos. La idea de la nada lo fascina. Mas al regreso de un ventisquero, se duerme al abrigo de una choza. Un ensueño, diríamos mejor una iluminación interior, con magnífico fondo de paisaje italiano, le reconcilia con la vida; en nombre de la bondad y del

amor, no debe dejarse que la muerte reine en los pensamientos.

La muerte que andaba ladrando en los talones a los cautivos de la montaña mágica, hora es ya que muerda a algunos de ellos. Ziemsen, que había abandonado el Sanatorio en cumplimiento de sus deberes militares, regresa a ofrecernos su agonía. Un enigmático holandés llega de Java, consumido por la fiebre y en compañía de Clawdia, inesperada aparición. El señor Peeperkorn, después de gestos celosos con el antiguo amante de la sirena esclava, le brinda su amistad y le regala estas magníficas palabras: Dios nos ha creado, para sentir a través de él. No es más que un órgano, gracias al cual, efectúa sus bodas con la vida, despierta y ebria. Tal es su testamento. Clawdia desaparece como un fantasma: Naphta, el jesuita, también se hunde en el misterio por su propia voluntad.

Estamos en agosto de 1914. La guerra estalla. Una orden de movilización arranca a Hans Castorp del Sanatorio, oasis donde se muere suavemente y en silencio, para empujarlo a las trincheras, donde se muere en rebaño y con ruidosa brutalidad. Desde el balcón Berghof, se abre un horizonte infinito a la meditación de las cosas eternas.

Antes de Ponerse el Sol

Si nuestra memoria no falla, Gerardo Hauptman, de vida inquieta y andariega en sus mocedades, luego de un viaje a Italia, obligada y fecunda peregrinación de toda alma germana de noble prosapia, en busca del sol y del calor de la antigüedad, que conservan mármoles y piedras, sentó plaza de soldado en la República de las Letras con un poema épico *Promethiden-dos*. Del libro brincó a la escena con salto juvenil, y en 1887 estrenó *Vor Soneaufgang*—Antes de salir el Sol—, drama de tonos sombríos y reflejos tolstoianos, donde sobre un fondo de Silesia, su tierra natal, pinta con rasgos vigorosos un trozo de vida preñado de inquietudes. Su naciente personalidad artística encuentra en el realismo literario el cabal medio de expresión, rindiendo de esta suerte un homenaje pasajero a las tendencias de la época.

Mas como todo buen alemán, de las intimidades profundas de su ser manan anhelos líricos, y sus desvelos intelectuales florecen en símbolos poéticos. Vive con plenitud las luchas de sus días, y sensible a las iniquidades sociales que aprisionan el rebaño humano en el trabajo deshumanizado, lanza su airada protesta en *Los tejedores*, clarín de guerra de futuras contiendas y persuasivo ejemplo de que en los sufrimientos de las masas puede hallar el escritor motivos de inspiración, satisfaciendo a la vez sus afanes de belleza y sentimientos justicieros.

No hemos de evocar la noble vida de Hauptman, ni allegar el recuerdo de sus espléndidos y sazonados frutos. Ya doblado el cabo de los setenta años, que bañan las aguas de la Estigia, nos ofrece, diríamos mejor lega, una obra maestra *Antes de Ponerse el Sol*. En este título, lleno de adioses y de melancolías, adivinamos una confesión personal de dramatismo desgarrador: ha sentido que el sol se pone para él.

¿Cómo no explicarnos su predilección por el Consejero Clausen? Este anciano, aproximadamente de la misma edad de su creador, capitán de industria victorioso, pero hombre de espíritu, rodeado de hijos y familiares, al final de la jornada siente su alma enloquecida por el amor. Inken Peters, la joven y bella institutriz, más que una mujer de líneas gráciles y fresca y sonrosada carne, es una pantalla donde proyecta sus instintos contenidos, sus deseos domados, su mocedad sacrificada en el rudo asalto de las riquezas. Como Fausto, el mágico doctor, al contemplar a su amada siente que la armonía brota de su pecho y reconstruye el universo con su corazón.

El problema que Hauptman plantea en *Antes de Ponerse el Sol*, no es el de las injusticias sociales que antaño le preocupara, sino el de la injusticia contra el individuo en su más profunda y delicada intimidad; la lucha de éste contra la familia opresora. El derecho a la dicha, que el Consejero respeta con generosidad paternal, le es negado por los suyos. Esclavo de las cadenas de oro que él mismo se forjara para su liberación, contempla con dolor que la voz

de la sangre se hace cada vez más queda. Sólo Bettina, su hija amada y predilecta siente por su progenitor un cariño ciego, apasionado, fronterizo de la idolatría. Figura tierna, delicada, de alma tejida de ensueños como la Cornelia de Shakespeare. Pero en lo más puro de sus sueños, el ojo cruel y penetrante de Freud vería instintos turbios y deseos inconfesables. La sombra de Edipo se cierne sobre su cabecita de virgen en flor. Desde que aparecen en escena pretendemos aprisionar los hilos de su misterioso destino.

En vista de la oposición a sus amores, el Consejero, al igual que el anciano Lear, piensa abdicar de su reino industrial y dividirlo entre sus hijos. Así queda libre y podrá vivir los días que la suerte le regale en brazos de Inken. Luego vemos reunidos a los Clausen en torno a la mesa uno de los vínculos más fuertes de la vida familiar. Inken se halla invitada, pero ante los desaires y calumnias de que ha sido víctima huye. Su sitio está vacío. El padre se siente rodeado de sus hijos y parientes. La escena es admirable. El diálogo ágil, movido y natural. Cada uno de los comensales va vertiendo su veneno, diluendo en manifestaciones hipócritas de afecto, sumisión y desinterés. De creerlos desean la felicidad del padre. Sólo la voz de Bettina tiene un acento tierno. El Consejero con el alma dolorida arroja a los hijos de su casa: hombre de lucha, defiende su dicha con la misma violencia que una fiera su presa.

Nos acercamos al final. Clausen e Inken de re-

greso de su deliciosa excursión por Suiza se hallan instalados en la mansión familiar. Los hijos y parientes acuden a los recovecos de las leyes para incapacitar al padre y privarle del manejo de los dineros que amasó. Mientras, los enamorados gozan con avidez de los placeres que la vida encierra en sus entrañas doloridas. La mala nueva de la ingratitud hiere y destroza al Consejero: su alma lanza los últimos destellos en gestos y muecas de locura. ¿Dónde está mi ataúd?, pregunta con irónica ansiedad a sus hijos. Las brisas shakesperianas que habíamos respirado con emoción, se transforman en desencadenada tempestad. La escena adquiere tonos patéticos. En la penumbra de la biblioteca las palabras del anciano vuelan como flechas luminosas—tan encendidas se hallan de verdad—y cada una llega a su blanco con rencor. Clausen, se rodea de soledad para morir; sobre sus rodillas yertas, la cabecita rubia y atormentada de Inken descansa de sus penas. El hilo misterioso e inquietante de Bettina, nos escapa para siempre.

Para Clausen el amor fué un trampolín; de él saltó haciendo una pirueta trágica para caer en lo desconocido.

13

Tragicomedia

(El empresario se adelanta en la escena, y dice:)
He aquí el Retablo de las Maravillas del gran tea-

tro del mundo. En él habéis de ver cosas sorprendentes y nunca vistas. Ni siquiera soñadas, cuando el sueño en desenfrenado desvarío se torna en pesadilla. Abrid pues los ojos, y poned alerta los oídos. Confío en vuestra cordura y a vuestra indulgencia me entrego, en la creencia de que no habéis de interrumpir el espectáculo con vuestra protesta, si en vuestras almas os sentís heridos. Que entre vosotros no hay ningún Hidalgo Manchego, que a horcajadas sobre un rocín, persiga quimeras con su lanza. Y quimeras son la libertad de los hombres, la justicia entre los pueblos, la piedad hacia las mujeres y la tierna solicitud a los niños. No caigáis en la tentación de rescatar cautivos del tirano, a quienes Dios y la Naturaleza hizo libres. Desechad el propósito de desfacer entuertos y de vengar agravios; que los entuertos leyes son por ley de la fuerza, y honores y ventajas los agravios, a quien con humillación y bajeza sabe sufrirlos. Dejad en desamparo a las doncellas, en orfandad a las criaturas, y desvalimiento a los ancianos, tan solo buenos para abonar la tierra con sus huesos. Si por azar tenéis sentimientos, ahogadlos al nacer; si por acaso sois sensibles al ajeno dolor, endureced vuestro corazón, trazad fronteras a vuestra fantasía; que imaginar es vivir.

Esta enorme e imponente ciudad, es Londres. Algunas cosas muy importantes acaecieron en ella. Un rey arrojó su corona, para arrojarse en los sapientes brazos de una divorciada americana. También otras de escasa monta. Desde su teatro del Globo, un poeta que a la vez era mago, Shakespeare, con sus dramas y

comedias, entretuvo los ocios groseros de la chusma y la aristocrática holganza de cortesanos libertinos. Del tajo del verdugo cayó la cabeza de un monarca, que jugaba con la libertad de sus fieles vasallos. Ahora de Londres huye todo: la Historia y sus habitantes, temerosos de las tempestades infernales que se avecinan. El Gobierno de Su Majestad, sacudido por tierna emoción protege la salida de las mujeres y los niños. ¿Cabe más noble empresa? Inglaterra, que tantos descubrimientos hiciera en honor de la ciencia y provecho de sus riquezas, acaba de descubrir que el niño es algo sagrado. Hasta estos momentos lo ignoraba. Pues no obstante el teléfono, el cable, la radio, el cinematógrafo, la fotografía y las visitas de sus parlamentarios, nunca supo que en Madrid, Barcelona, Valencia y tantas ciudades más del viejo solar español, los niños caían destrozados por la metralla en medio de las calles, o aplastados bajo las techumbres de sus casas. Pero estos niños son ingleses; es decir, de privilegiada condición. Vedlos cómo marchan en bandadas hacia el campo. Para hacerles menos cruel la despedida, se les engaña con mentiras piadosas. Van de vacaciones, a orillas de una playa clemente, de una ribera amena; a gozar de la naturaleza en verdes y suaves praderas, o al pie de escarpadas montañas, donde crecen los pinos, murmuran con misterioso lenguaje los torrentes, y cantan los pájaros.

Los niños polacos, como los españoles, tienen adversa fortuna. No pueden escapar a la furia de sus alados verdugos. Esta ciudad es Varsovia, antaño

riente, acogedora, señorial, cuna de Independencia de un pueblo heroico, que por querer vivir, sabe dar cara a la muerte. Y esta otra, iluminada por las llamas es la famosa Cracovia. En su Universidad, sabios de luengas barbas y gorros puntiagudos, buscaron con ahínco la piedra filosofal y el agua de Juvencia, para desterrar la miseria y la vejez de las desdichas humanas. Aquí está Danzig, patria de un misántropo, que con visión genial del futuro, afirmaba que la vida era un mal, y un crimen perpetuarla: Schopenhauer. Sobre el cielo del cercano Koenisberg, vuelan los aviones con sus aniquiladores mensajes. Allí un profesor de metafísica, que dió en la osadía de criticar a la razón misma, soñó con establecer la paz perpetua entre los pueblos, mediante leyes justas: Kant.

¡Atención! ¡Atención! Estamos en Berlín. Este que véis aquí, no ha menester de ser presentado. Un mechón de pelo lacio cae sobre su frente estrecha, donde no caben ideas grandes. Su rebaño le aclama. El mundo debe someterse a su capricho voraz. Gusta alimentarse de presas vivas. Mirad como se engulle a Austria, Checoeslovaquia y España. Ahora abre sus fauces para tragarse a Polonia. Nos parece que se le va a indigestar. La Universidad, en tiempo de universal renombre, está vacía. Los libros más nobles de las bibliotecas, procuran esconderse para salvarse de la quema. Por sus amplias avenidas y calles, circulan a paso de ganso millares de botas con espuelas: ni un solo pensamiento.

Llegamos a orillas del Sena, a la vieja Lutecia

que fuera hogar del espíritu humano, bastilla de rebeldías, y placentero refugio de la delicada ciencia de vivir. París frunce el ceño. El recuerdo de Danton flota en la atmósfera. Para vencer a los enemigos de la patria hace falta audacia, audacia y más audacia. Protegida por sacos de arena, sonríe con sarcasmo la estatua de Voltaire. De la ciudad alegre, se alejó la alegría; la ciudad de las luces se halla envuelta en tinieblas. Los padres que combatieron con legendaria bravura en 1914, ven marchar a sus hijos mozos a la frontera, con estoica dignidad. Lloran en silencio las madres; y con gesto de resignación se cruzan los brazos. ¿A quién estrechar entre ellos? A sombras queridas.

Respetable público. Basta ya de angustias, pesares y tristezas. Terminó la tragedia. Ahora comienza la farsa. Esto que aquí veis, es Roma. ¿No es magnífica la decoración? Todo respira pretérita grandeza. En esa espléndida columna, que recuerda las hazañas en la paz y la guerra del Emperador Trajano, se alza la figura de San Pedro, que aunque apóstol, no desdeñó el apelar a la espada, en momentos de mal humor. Entre las Siete Colinas se divisa una calva lustrosa, que suda a chorros. Debajo de ella abultado mentón. Los ojos, las mejillas, el cuerpo, todo está hinchado. Hasta la voz. (El César se habla a sí mismo en una sala de su Palacio) —La fuerza invencible de mis legiones, la he demostrado en España, y ciego será el que no la vea. Después de Farsalia, no hubo en la Historia batalla más encarnizada y

gloriosa que la de Guadalajara. Cierto es que por exceso de acometividad y un error de la brújula, en vez de avanzar retrocedieron. Pero fué a paso gimnástico, y en la carrera, también pueden alcanzarse honores y triunfos, como se demuestra en las Olimpiadas. Ahora he movilizado ocho millones de soldados y nadie se atreverá a oponerse a mis moderadas reivindicaciones. (Coge el teléfono). —Sí; soy yo. Le doy un plazo de veinticuatro horas para que me entreguen Túnez, Argelia, Córcega, un campo de golf en la Indochina, y el Casino de Niza, pues a mi yerno le gusta pasar temporadas en la Costa Azul. Se me olvidaba la Victoria de Samotracia, para ponerla de pisapapeles, en la mesa de mi despacho. ¡Ah! Y la espada de Napoleón, que me servirá de cortaplumas. (Cuelga el aparato). —Ya verán quien soy yo. (Se mira a un espejo, y se asusta de la ferocidad de su expresión. Suena el teléfono) —Sí, mi querido amigo. De mi lealtad no puede dudarse. ¿Cómo? ¿Que sus tropas han invadido Polonia? Le felicito, pero no puedo acompañarle en esa gloriosa expedición. Comprenderá usted. Polonia está muy lejos. Además, el recuerdo de Chopín, a quien admiro, me impide enviarle mis Legiones, que están ansiosas de pelear. (Se corta bruscamente la comunicación. Vibra una blasfemia en tudesco). —De modo que esto va en serio... Yo siempre he sido partidario de la paz. (Llama a su secretario y le da instrucciones) —Inmediatamente diga a mi embajador en París, que he cambiado de color, digo de opinión. No quie-

ro nada, sino que me dejen tranquilo. (Recibe un despacho anunciando el ultimátum de Inglaterra y Francia al Reich). Yo me declaro neutral. Me horrorizo al pensar en las consecuencias de la guerra. ¿Adónde iría a parar yo? (Lanza una mirada por el balcón y calcula la altura). —¿Pero qué voy a hacer con esos millones de hombres en armas? Y lo que es más grave: ¿qué van a hacer ellos sin luchar? Se me ocurre una idea que apuntó Tito Livio en sus *Décadas*. Que compren tableros de ajedrez a mis legionarios, para que no se aburran. Después de todo existen grandes analogías entre la ciencia del ajedrez y el arte militar. Así podrán ganar batallas sin disparar un tiro...

Respetable público. Terminó la farsa. Y si ella no fuere de tu agrado, no culpes a mi Maravilloso Retablo, que fué espejo de verdad, aunque sea amarga.

IV

Confesiones de un Desvelado

1

El Tirano

Sentado frente al reloj, es grato escuchar su rápido tic-tac mientras los ojos, con aire distraído, siguen el pausado movimiento de sus agujas. Ninguna idea me acaricia o me inquieta; ningún deseo me acaricia o sonríe; los sentimientos duermen en espera de fácil resurrección y la voluntad se complace en dulce descansar. Así saboreo en silencio, a horcajadas sobre el veloz y rítmico sonido del corazón de hierro: sus latidos, a manera de centinelas, advierten que el tiempo huye y galopa, llega de insospechadas lejanías hacia horizontes sin fin, y retrocede hasta las fuentes misteriosas de donde todo mana. Al rozarnos, en un instante nos revela a la vez su inexorable eternidad y lo fugitivo de nuestra condición.

A tí, reloj humilde, obra habilidosa de las manos democráticas y pacientes de algún artesano suizo, que pendes de la pared con el orgullo de un blasón, te debo una confidencia. Eres una ingeniosa máquina de medir lo inconmesurable, que cumples con lealtad lo contradictorio de tu destino, y por ello ganaste mi afecto. Eres esto y algo más: un testigo fiel de mis horas íntimas pobladas de ensueños y melancolías. Tu actitud impasible es sabia lección que aque-

ta las pasiones y lleva al ánimo atormentado brisas de serenidad. Cuando la fatiga me invade por los esfuerzos del estudio y de la meditación, al contemplarme en la dolorosa tarea de encadenar ideas y sentimientos al conjuro mágico de la escritura, quiero creer que te apiadas de mi condición de galeote de la pluma. Unas discretas y sordas campanadas o un gesto de tus diminutas manecillas, me dicen que llegó la hora del descanso. Entonces interrumpo el trabajo y, con deleitosa sensualidad, me entregó a ese aprendizaje cotidiano de la muerte, que no otra cosa es el sueño.

Cuenta la tradición que debes tu existencia a los desvelos de Gerberto, monje medieval francés, discípulo de maestros árabes y españoles, que llegó a descansar de los azares de una vida andariega en la silla de San Pedro. Si así fuese, con todo respeto habría de proclamar tu bastardía: tu sangre no es cristiana. Tu majestuosa indiferencia en medio del oleaje de los acontecimientos, de los afanes y pesares de los hombres, es elevada escuela de sabiduría estoica. Marcas con igual indiferencia la hora del nacimiento que la de la muerte. Tus manecillas no se estremecen nunca: lo mismo anuncias una cita de amor que los últimos momentos de un ajusticiado; el hundimiento de un imperio que la ascensión de un nuevo César.

Durante siglos se te vió orgulloso en las torres de las iglesias y de los palacios, y contaste con desdén las horas del hormiguero humano. Mas para interrogarte, habría que tener alerta los oídos o alzar los

ojos; es decir, alejarse de la tierra con la mirada, poner el espíritu en tensión hacia arriba, recrearse en la luminosidad del sol, y meditar ante las bellezas de una noche estrellada, en donde cada resplandor es un misterio y el silencio inefable armonía.

He aquí que un cerrajero maligno y tudesco, Pedro Henlein, compatriota de Hans Sach, maestro de cantores, y de Alberto Durero, genio sombrío del Renacimiento, en la ciudad de Nuremberg abatió tu grandeza. Por hábil artificio de su invención te redujo a las modestas proporciones de un reloj de bolsillo... Desde entonces, los hombres para preguntarte no han menester de alzar la vista: ya no acarician los cielos con la mirada, ni escuchan en noche clara el silencio eterno de los espacios que llenaba de angustia el alma de los Pascal. Con los ojos hacia abajo, leen en tu pequeña esfera el lenguaje de tus movimientos, te tratan con excesiva familiaridad. Podrás hallarte revestido de ricos metales y piedras preciosas, pero perdiste la altivez de antaño, y si soplan aires de infortunio, tu destino se detiene y encierra en la gaveta de un usurero.

Cesa el monólogo. Tic-tac. Una pausa larga. Suenan las cuatro. Una orden imperiosa me arranca de este amable divagar y empuja al forzado trabajo. Tic-tac. Reloj amigo: se me antoja que vas perdiendo algo de mi admiración y simpatía. Quizás en un momento de flaqueza de juicio y exaltación sentimental, te prodigué elogios que no mereces, y alabé cualidades que tampoco posees. Reloj, en tus mane-

cillas de aspecto inofensivo adivino algo odioso y temible: una voluntad despótica, férrea. Tic-tac. Reloj, eres un abominable tirano. Mandas a millones y millones de seres, los reduces a la esclavitud, los conviertes en autómatas. Por designio misterioso de tu querer, los hombres se acuestan y se levantan, comen y se divierten, trabajan y descansan a tu voz. Hasta en el juego del amor, donde toda licencia es permitida, también impones tus horas, pues las hay para el matrimonial honesto y tranquilo, y para el diabólico y apasionado. Eres un verdugo de la libertad, una escuela militar universal y monstruosa, que mantienes la servidumbre de la disciplina sin necesidad de ordenanzas ni toques de clarín.

Mientras me entrego a estas reflexiones el tiempo corre. Tic-tac. Abandono mi cuarto y cierro la puerta con estrépito. El reloj—pienso—es algo así como un Kempis mecánico, pues nos recuerda sin cesar que cada hora más, es para nosotros una hora menos. . . En la calle. Barrunto que llegaré tarde a mi quehacer. Saco el reloj. Sus diminutas manecillas me ordenan que apresure el paso. ¿Es posible—me pregunto—que lleve al tirano en mi propio bolsillo? Luego un momento de cólera y lo arrojo al suelo con furor.

De ello no me arrepiento. Aunque un poco tardío, ha sido mi primer gesto de hombre libre.

Resplandor de Oriente

El mensaje de lozana alegría y desenfrenada pasión del Cantar de los Cantares, luego de atravesar treinta siglos, llega a nosotros con alientos de irreverente juventud. Israel, pueblo de sacerdotes, profetas y visionarios, hace un alto en su ruta de insospechados horizontes. Olvidándose de su misión religiosa, sed de futuro, ansia de dominio y despegó de las dulzuras del vivir, crea un problema profano, donde sobre un fondo risueño de paisaje de égloga, se exalta de amor. De él, Dios se halla ausente; ni siquiera se menciona su nombre temido y venerado.

Acaecer tan extraordinario, ha sucitado sabias meditaciones de espíritus filosóficos, es decir, preocupados de los orígenes. En el poema, aunque judío, se respiran voluptuosidad digna de la imaginación oriental, independencía en el sentir, y hermosas audacias de lenguaje, en pugna con la tradicional sequedad de alma de los hijos de Jehová. En medio de teogonías infantiles, ritos mezquinos, anatemas violentos y rencorosas crueldades del Antiguo Testamento, la voz de la Sulamita conmueve por sus lamentos apasionados y los gritos de su carne en flor. En el torrente impetuoso y brutal de la vida de Israel, es un remanso alejado de odios, disputas, amenazas y castigos, del severo Señor de los Ejércitos: allí es dulce el amor, deleitoso el placer y tierna la fidelidad.

Salomón, a quien su Dios colmó de bienes, tam-

bién fué favorecido por sus hermanos en afanes bajo el sol, al atribuirle éstos las dos creaciones más profundas, humanas y poéticas que encierra la Biblia: el Eclesiastés y el Cantar de los Cantares. El hijo de David y de la hermosa Bethsabé, dejó en el recuerdo de Oriente una estela de lujo y de magnificencia: su nombre evoca el poderío y la prosperidad. Edificó el Templo, construyó palacios, amuralló ciudades, fletó navíos, levantó ejércitos, avasalló pueblos, recibió pleitesía amorosa de la Reina de Saba, peregrina de misteriosas tierras de Africa, y para sus ratos de esparcimiento y solaz, mil doncellas le reservaban sus caricias. Por si esto fuera poco, aún después de muerto siguió viviendo a horcajadas sobre la magia. No se llevó su ciencia al sepulcro, sino la transmitió a los iniciados en la verdad: de ello hacen fe, el anillo y sello que llevan su nombre. Pedir más hubiera sido tentar la cólera del Señor, enojadizo de suyo.

Visto con ojos cristianos, el Cantar de los Cantares fué interpretado como símbolo de los desposorios de Cristo con la Iglesia. Venerables y sapientes teólogos viéronse forzados a apelar a los recursos de su retorcido ingenio, para hacer verosímil semejante explicación, hundiendo en el olvido su carácter erótico, lleno de pasión, lubricidad y ambiente pastoral profano. De aquí el temor con que se incluyó en el Canon y la desconfianza que inspiró su lectura. Por no haber tenido presentes tales advertencias, Fray Luis de León, el gran lírico español, fué envuelto en un proceso por la Santa Inquisición. Y en verdad

que merecía tan severo castigo, pues tuvo a bien para su recreo personal y complacer a una monja curiosa, Isabel Osorio, traducir el Cantar de los Cantares del texto hebreo, con desprecio de la versión de la Vulgata, según él, tachada de errores, que denotaban ignorancia y cortedad de entendederas. Fray Luis, cuyo heroísmo por la verdad llegaba hasta la hoguera exclusiva, logró encontrar una explicación sutil, en apariencia satisfactoria a los guardianes celosos de la fe, y de modo encubierto a las exigencias de la razón. El Cantar es un poema bucólico entre el rey Salomón y su esposa... pero en el sentido espiritual ha de afirmarse que Cristo y la Iglesia son los interlocutores: sus místicos desposorios están representados por amores humanos. Pi y Margall en unos sagaces comentarios hacía notar, que no obstante los eclipses, pleonasmos y hebraísmos de su traducción, por fiel y ajustada a la letra, nos ofrece a la vez su alma, reflejada en bellezas de imagen y de forma.

Al hablar del epitalamio judío, sería injusto omitir a Cipriano de Valera. El famoso teólogo y protestante español, profesor en Oxford, durante veinte años de sabios y pacientes trabajos, revisó la versión castellana debida a la docta pluma de un morisco, también teólogo y protestante como él: Casiodoro de Reina. Su Cantar de los Cantares, escuela de bien decir de la época clásica, es una joya del idioma, que resiste victoriosamente el desvío de los hombres.

Se precisa caminar hasta las fronteras del siglo

XIX, para que el Cantar despojado de las brumas místicas que lo envolvían, aparezca en toda su deslumbrante y profana belleza. El poema celebra, ensalza el amor humilde y fiel, de las tentaciones del poder y de la realeza. El tentador es Salomón: el blanco de sus seducciones una pastora Sulamita que, en medio de los esplendores del harem, añora a su pastor amado, con quien al fin logra escapar, despreciando la riqueza, y con burla de su soberano. Con malicia subraya Ernesto Renán, que el oro que todo lo puede, y más en Israel, no consigue adueñarse del alma de la hija de Sulem.

Embriaguémonos con el zumo de las viñas de Enganddi; Baco lo hubiera bendecido con su faz rubicunda, encendida en deseo. Gocemos de los deleites del amor en lecho florido, acariciados por el aroma de mandrágoras. Mas si la traición, el dolor, o el hastío, llaman a nuestra puerta, y la sombra de la muerte muerde nuestros talones de peregrinos fatigados, cerremos los oídos a las fascinadoras palabras de la Sulamita y abramos los ojos a las verdades del Eclesiastés para alivio de pesares y consuelo de infortunios. La mujer es más amarga que la muerte: redes y lazos son su corazón. ¿Qué son los días sino dolores? ¿Para qué afanarse bajo el sol? Mejor es el día de la muerte que el del nacimiento. Todo es vanidad y aflicción de espíritu.

Luego, en el escenario de nuestra conciencia, aprisionada en tinieblas, se entabla un diálogo entre la

Sulamita y el Predicador hijo de David, rey de Jerusalém. ¿De qué lado se alzaré la verdad?

3

Un Experimento Fracasado

Ello fué que en aquel atardecer, frontero a la noche, me invadió suavemente la melancolía; por conocida hube de recibirla de modo amistoso y cortés, como merece tan gran señora. Sin ánimos para el trabajo, me entregué a ese dulce vagar en que los recuerdos, siguiendo sus caprichosas inspiraciones, surgen aquí y allá, azotados por vientos juguetones y contrarios; tan pronto avanzan, como retroceden a las lejanías, y las imágenes del pasado, empañadas o rotas como la vida misma, se combinan en arabescos de pesadilla.

De modo imprevisto, me dí cuenta de que comenzaba a hacer un balance. No hay que alarmarse. Por carecer de riquezas, no podía tratarse de ellas, sino de los resultados de mi caminar en la sorprendente y forzosa aventura de la vida. Una clara intuición, confirmada por escarceos genealógicos, injertos en la curiosidad, no en vanidades de abolengo, me decía en la sangre que nunca tuve abuelos mercaderes, cosa más de lamentar, que motivo de orgullo. Fueron mis mayores, soldados y hombres de ley. Si los primeros conquistaron las tierras castellanas a la

morisma, los segundos las legitimaron al amparo de la Instituta.

Al correr de los siglos, se fueron debilitando los instintos familiares; en mis manos la espada se convirtió en pluma, y en cuanto a las leyes, no obstante haberlas estudiado, quizás por ello, me producen tan sincera antipatía, que si de mí dependiera, no existirían otras que las que rigen los astros, y esto de manera provisional. Pero mis abuelos y yo fuimos grandes gozadores de la existencia, y presintiendo desde lejos el justo reparto de los bienes, nos dimos tan buena prisa que nos adelantamos a las revoluciones agrarias. Hoy a mí, último y seco retoño de mi raza, no me queda más tierra que la que piadosamente quieran arrojar sobre mi cuerpo, cuando recatadamente y en silencio, me disponga a dialogar con los gusanos.

¿A dónde fueron mis entusiasmos en la busca de la verdad? ¿Acaso los doctos maestros y los sapientes libros, dieron respuestas satisfactorias a mis inquietudes frente a lo desconocido, y acallaron mis dolorosas angustias? Luego de enconado batallar conmigo mismo, descubrí muchas y respetables mentiras, y algunas sombras de fugitivas verdades. Pero este noble y delicioso juego de la filosofía, me impidió caer de rodillas ante el misterio, y probablemente también que me creciera el rabo, como homenaje teológico a nuestros más remotos antepasados.

—Tú llegarás muy arriba—me decían en las mocedades, voces impregnadas de ternuras y encendi-

das en fe, que se apagaron para siempre. ¡Qué dulces y risueñas palabras! Más el destino debió tomarme en ojeriza; al doblar el cabo de la vida, bajé tanto que estoy a ras de tierra. ¡Adiós a las febriles ambiciones de poder y a las sensuales caricias de la gloria! En estos mis fracasos, justo es reconocer que tuve alguna culpa.

El ordenar, me pareció siempre como un robo a la libertad ajena; tan solo el ruego, dicho en voz baja y con timidez, lo estimé propio entre hombres. Por esto en mi tienda de campaña de guerrero del vivir, planté mi divisa con altivez: "Ni mandar ni obedecer". Entonces sucedió que por no mandar a los otros, tuve que obedecer yo. A la gloria no logré saludarla ni de lejos, y ello es de lamentar, pues como es público, ofrece la ventaja de ser conocido por aquellos a quien uno ignora.

En cuanto al amor, por ser asunto de dos cuando menos, y yo muy galante y reservado, he de mostrarme discreto en aventuras o desventuras. Topé con mujeres angelicales que tenían partes diabólicas, y fui tan ingenuo, que me equivocaba siempre en dónde terminaba el ángel y comenzaba el diablo. ¿Cuántas noches de indiferencia y de miradas heladas por la embriaguez efímera de un instante? se preguntaba Shakespeare. Yo también me lo pregunté.

Luego, con paso alegre, ligero y burlón, huyó la juventud y llegó el otoño con reposado andar. Este madura los racimos en las vides, los frutos del alma, y nos ofrece las bellezas de su púrpura; pero maltrata

el cuerpo y se complace en anunciar días, sobre todo noches de tentativas infructuosas en honor y alabanza de Venus. La plata no llenó mis bolsillos, pero sí las sienes. Con silenciosa tenacidad cayó mi cabellera, y aunque la calvicie presenta ejemplos gloriosos en César y Napoleón, nunca hube de consolarme con los insignes precursores del drama capilar. Fué una causa más de mi escepticismo. Tantos y tan maravillosos descubrimientos que honran al ingenio humano en nuestros días: el cine, la televisión, los aviones, el fascismo, los injertos glandulares, ¿y no hay modo de que sobre el cráneo desnudo crezca un solo pelo como anticipo alentador de la resurrección? Desde entonces tuve por evidente la bancarrota de la ciencia.

De esta suerte en unos momentos de melancolía, logré reconstruir mi vida; a mi boca venía un sabor a ceniza. Entregado a estas lamentaciones silenciosas, de repente me ví en un espejo fantástico como una caricatura de Fausto, pero su igual por el hastío y anhelos mágicos de un desquite en la vida. ¿Habría algún modo de alcanzar lo que buscaba la razón y deseaban los sentidos? ¿Podría reconquistarse la juventud? ¿Por qué no gozar de la inocencia de Margarita y de la experimentada belleza de Helena?

Acudir a los Dioses conocidos en demanda de auxilio era empresa vana, pues éstos duermen en el seno de la nada, por egoístas se desinteresan de la suerte de las criaturas, o impotentes, aunque de buenas intenciones, se limitan a observarnos con la misma curiosi-

dad con que nosotros contemplamos a las hormigas. ¿Y los Dioses desconocidos, los *Dii incerti* de los romanos? ¿Qué esperar de los diablos que con tanta arrogancia y distinción lucharon con el colérico y muy judío de Jehová?

En mi memoria, sin saber por qué, surgió insinuante el recuerdo de la manera singular en que Fausto trabó conocimiento con el Maligno. El misterio que todo lo envuelve y aprisiona, tiene a veces pintorescos caminos para deslumbrar los ojos de los incrédulos, y decir palabras de sabiduría a quienes saben oír. El doctor, al pasear con su fámulo Wagner por los alrededores de la ciudad, se da cuenta de que un perro de aguas le mira con extrañeza, y en su compañía regresa a la cámara gótica de estrecha y elevada bóveda. El perro ladra, aúlla, turbando las meditaciones del maestro, se refugia detrás de la estufa y desaparece rodeado de niebla, para dar paso a un extraño ser vestido a la usanza de estudiante pobre, que es el mismo Mefistófeles en persona. Después se celebra el pacto infernal, y vende el alma para alcanzar su sueño.

Cansado por esta extraña y absurda divagación y un poco disgustado conmigo mismo salí a la calle. Las luces de la ciudad ahuyentaban las sombras; los transeúntes asemejaban fantasmas urbanos y civilizados. De vez en cuando un claxon rompía el silencio. Al doblar la esquina un perro flaco, desgarbado en el andar, de rabo corto y alargado hocico me miró con fijeza. El can era de tantas razas que no tenía

ninguna, pero sí una expresión bondadosa que le atrajo mis simpatías. Continué mi camino que era el de nadie y con sorpresa me percaté de que el perro me seguía. Al llegar al zaguán de la casa se plantó ante mí como pidiendo refugio. No hice ningún gesto, pero al abrir la puerta penetró con timidez y persiguió mis pasos hasta la habitación. Allí se tumbó con gusto y observó con curiosidad las cosas que le rodeaban, entre las cuales me contaba yo.

Permanecí silencioso y contemplativo: espiaba sus menores movimientos y buscaba, aunque en vano, algún extraño fulgor en su mirada. Después alargó el cuello, olfateó con insistencia y abrió la boca mostrando sus afilados dientes. ¿Iría a revelarme algún secreto? Ladró una y otra vez, como en espera de una respuesta; esta no se hizo esperar, pues la perra de un vecino, dio evidentes muestras de júbilo, al tener tan cerca un canino galán.

Me quedé confuso, avergonzado de las locuras de mi imaginación. Aunque de modo oculto y con hipocresía, en un eclipse de la inteligencia, sentí la fascinación de la magia, y hasta esperé algo de ella. Por fortuna, mi experimento había fracasado.

Entonces y como si me entendiese, le dije con dulzura: "Quédate camarada de infortunio, compañero de penas y amigo en el silencio y en la soledad. Acaso pensé, que bajo tu pobre y maltratada piel, se escondería algún diablo benévolo a quien vender mi alma. No eres más que un perro; pero en tus ojos grandes,

húmedos y alertas, he adivinado una piedad que nunca hallé en la mirada de los hombres.”

4

A Buen Juez Mejor Suicida

Un vecino de un pueblo del Mediodía de Francia, Monsieur Armand Dupuis, ha disfrutado de momentánea aunque no envidiable celebridad. De ello es prueba que su nombre, desde las riberas azules del Mediterráneo, ha llegado a las alturas del Anáhuac. El buen señor, por motivos que no nos es dado indagar y que respetamos, decidió presentar su dimisión del mundo de los vivos, cosa a que tenía perfecto derecho, pues en tierras de las Galias aún queda intacta la libertad de morir, bien por propia voluntad, bien por la ajena.

Hubiera nacido en Inglaterra, cuna de la independencia individual y santuario de sus privilegios, y para realizar sus propósitos habría tenido que arriesgarse a cometer un delito; pues el suicidio se considera un crimen, y el que sobrevive es condenado con severidad. En la Gran Bretaña, el optimismo reina en soberano; por mandato expreso de la ley, los súbditos de su Majestad han de hallarse contentos y satisfechos de la existencia, como si todos fueran lóres con magníficos castillos, cincuenta mil libras de renta, y cotos de caza para correr zorras a caballo y

con casacas rojas. Y aunque así fuese, ¿cómo evitar las tristezas individuales, el dolor y el hastío? Toda reflexión es inútil. Allí nadie tiene permiso para disponer de la vida con la sabia excepción de los jueces quienes envían a la horca, con gran solemnidad, a los pobres diablos caídos en los cepos de las leyes.

Monsieur Dupuis, por haber tenido la fortuna de nacer en Francia, podía suicidarse con la conciencia tranquila, seguro de no violar ningún código, ni dar agravio al patriotismo, cosas ambas de la mayor importancia para un hombre que se prepara a bien morir. Y con el ánimo en calma, hubo de deliberar acerca de la elección de medios para dar fin a sus lúgubres propósitos. Y eligió la pistola quizás por la rapidez, precisión y limpieza, con que este juguete mecánico sirve de trampolín, para dar el salto en las tinieblas.

Sin saberlo con certeza, es fácil de imaginar que este señor, por honrado y ciudadano cabal, que creía en Dios y pagaba las contribuciones con puntualidad, debió cumplir los ritos del suicida: escribió varias cartas a la familia pidiendo perdón, y cortesmente rogó al Comisario que no se culpase a nadie de su muerte; tal es la desconfianza que inspira la justicia, incluso cuando nos hallamos fuera de su alcance. Luego adoptó una posición cómoda y dramática en el banco de un parque y se disparó un tiro en la sien. Mas la bala, caprichosa de suyo, en vez de alojarse en los sesos para descansar de su forzada peregrina-

ción, dió en hacer singular recorrido en torno a su cabeza, dejando más cicatrices que males.

Nuestro fracasado suicida se hallaba en agradable convalecencia, entregado a meditaciones filosóficas propias de quien estuvo a la orilla de la laguna Estigia, y aún se mojó los pies, rodeado de los mismos familiares y cuidados médicos, cuando recibió un aviso del juez, para que se presentase en breve plazo. "Sin duda—pensó Monsieur Dupuis—este probo y digno magistrado, que me tomó declaración en las horas que me hallaba herido en el Hospital, se ha enterado de mi mejoría y quiere felicitar-me. ¿Por qué no hermanar las austeras y elevadas funciones de la justicia con los deberes de la caridad."

Al día siguiente se presentó. El juez calose las antiparras para fijar la mirada y con tono de encarnada suficiencia le habló de esta manera: —"Señor Dupuis: le veo a usted restablecido y le felicito, pues luego de su doloroso experimento habrá llegado a la conclusión de que no hay mayor bien que la vida. Respetuoso y fiel cumplidor de las leyes, reconozco que tiene usted un perfecto e incuestionable derecho a suicidarse; ni en la Constitución ni en el Código Penal existe precepto alguno que se lo prohíba. Mas forzoso es decirle que no anduvo usted muy acertado en la elección de medios; y si me lo permite, pues soy aficionado a las Humanidades, le recordaré que Séneca escribió bellísimas palabras acerca del suicidio, y llegada la hora lo practicó de modo digno y eficaz, sin que esto sea alusión maliciosa a su infortunada

tentativa... Decía el filósofo: “¿Ves ese precipicio? Por ahí se baja a la libertad. ¿Ves aquel mar, ese río, ese pozo? En el fondo de sus aguas, se esconde la libertad. ¿Ves ese árbol, pequeño, torcido y estéril? Pues de él está pendiente la libertad”.

—“Señor juez—interrumpió con timidez monsieur Dupuis—no adivino a dónde quiere usted ir a parar”.

—“Es muy sencillo—continuó el magistrado—. Usted debería haberse suicidado arrojándose desde un balcón, cortándose la yugular, que es recurso infalible. Si hubiera obrado así, yo lo celebraría—es un modo de hablar—pues usted habría quedado complacido, y no me vería en el terrible compromiso en que me encuentro... Con gran pena, pero en cumplimiento de mi ministerio, le comunico que queda usted procesado”.

—“¿Por qué, por qué?”—imploró con angustia el exsuicida.

—“Por haber disparado la pistola. ¿Acaso tenía usted licencia para usar armas de fuego? Y usted, hombre precavido que lo tenía todo tan bien dispuesto, ¿por qué no solicitó el oportuno permiso de la autoridad? Así se habría suicidado en regla. Señor Dupuis; por delito de tenencia de armas sin licencia, queda usted detenido”.

El señor Dupuis creyó que soñaba. Abrió los ojos con espanto, y cayó muerto.

La Risa del Resucitado

En su vida azarosa, llena de afanes y pesares, Eugenio O'Neill sintió necesidad de evadirse, encontrando en el mar un refugio, que por naturaleza es cambio, zozobra, alucinación. Reflejo de esta etapa son sus obras de ambiente marino como *Anna Christi*, populares por la lectura, la escena y el cinematógrafo. Luego de afincar en tierra, acariciado por brisas de gloria y de riquezas, el dramaturgo americano dió en navegar con la imaginación. Las aguas del Egeo bañaron las orillas donde floreciera la infortunada hija de Agamenón y Clitemnestra; y con el oído atento a las lejanas voces de Sófocles y Eurípides, renovó la tragedia en *Mourning becomes Electra*.

Semejante actitud ante el milagro griego es muy de explicar, aún en los más escépticos. Tal fué el caso de Ernesto Renan. O'Neill, por consciente de la genealogía de su espíritu, sabe todo lo que debe a sus mayores. Grecia, frente a la explicación mística y religiosa del Universo, crea la ciencia, el racionalismo; y en contra del régimen de castas, el principio de la democracia. Roma nos lega el sentido universal de la paz y del Derecho. Judea encarna la justicia del oprimido, la sed del futuro, el ansia de un ideal de igualdad social. Su frondosa rama cristiana, a cuya sombra vivió durante siglos la humanidad doliente, simboliza, en sus comienzos, el desprecio de la

existencia terrena y la fe en un más allá, patria celeste de su Redentor.

La tentación para un poeta de las inquietudes de O'Neill era demasiado fuerte y a ella hubo de sucumbir en bien del arte. ¿Qué otra cosa significa Lázaro? Es un judío tocado por la gracia de Jesús, que se detiene en Atenas, camino de Roma. Más que natural de Bethania, debiera ser ciudadano de Alejandría, pues su vida es una abreviatura, un resumen llevado al extremo, de la trayectoria de nuestra civilización.

Concentremos el pensamiento en *Lázaro Ríe*, obra preñada de sugerencias y adivinanzas, más fácil de rendirse a aquéllas, que de desentrañar éstas. El hermano de María, la que ungió al Señor y limpió sus fatigados pies con sus cabellos, al conjuro de la dulce voz del Nazareno después de cuatro días de sepultado, abandona la tumba, atadas las manos, vendadas las piernas, envuelto el rostro en un sudario y se echa a andar. Desde entonces O'Neill se convierte en su historiador imaginativo. Le contemplamos en su casa, rodeado de una multitud temerosa y ávida de conocer qué hay en el más allá. ¿Quién mejor que Lázaro para contarnos lo que la muerte es? El volvía de aquel lugar de destierro, donde al decir de Horacio y recuerdo de Hamlet, ningún viajero ha regresado. ¿Acaso el comienzo de otra vida? La respuesta del hombre de Bethania es que la muerte no existe: sólo existe la vida, en su esplendorosa e infinita alegría.

Como Lázaro posee el secreto de los secretos, se

ría del miedo y temor de sus hermanos. Risa irreverente, desconcertante, contagiosa, libertadora. Nuevas de Jerusalem confirman que Jesús ha muerto. ¿No será todo engaño, ilusión y burla de los sentidos? Sus carcajadas atruenan el espacio, como airón de linaje humano. El suceso del hombre y el de la bestia el mismo suceso es, pues nacen y mueren de igual modo. Mas el animal nunca ríe. La risa es humanidad; amargura y no alegría; testimonio ruidoso de imperfecciones, debilidades y ridículos de nuestros semejantes. Por no ser cómica, la Naturaleza apaga las carcajadas.

Lázaro, a lo largo de su camino, deja una estela de esperanza, misterio y desencanto. Su fama llega hasta la lejana Caprea, donde el César que reina en perpetua alianza con la muerte, oculta sus orgías y crímenes. Tiberio, *tristissimus hominum*, el más triste de los hombres, ¿qué ha de pensar del que de todo se ríe y desafía a la muerte? ¿Qué hará con los delatores, sus perros favoritos, que al decir de Séneca, alimentaba con sangre y riquezas? ¿Y Calígula, el cachorro imperial adoptivo, que tenía por siniestra divisa de su desalmada alma, "que me odien, pero que me teman"? La aureola del martirio se cierne sobre el peregrino judío. En tiempo de los Césares, como en los nuestros, el último fundamento de la autoridad, la garantía del orden del rebaño humano, era el miedo a la muerte. Pero en la Corte, los patricios romanos amamantados en la ubre de la filosofía estoica, abandonaban la vida para ser libres y se reintegraban

a la Naturaleza con gestos de grandiosa dignidad. La muchedumbre de pretorianos, esclavos y libertos, oscilaba entre el temor a los suplicios y la codicia de riquezas, las gradas más sólidas del trono augusto. Lázaro, que con su valerosa risa todo lo trastorna y conmueve, habrá de terminar su destino en la hoguera, abrazado a la tierna Pompeya, mártir de una fe desconocida.

De las cenizas de Lázaro esparcidas a los vientos brota una nueva esperanza. Pasado el tiempo, un emperador romano de prosapia española, Marco Aurelio, por observador inteligente y comprensivo, hubo de reconocer que la muerte existe, como la más firme e imperecedera verdad. Desde la cumbre del Poder y de la sabiduría, dijo estas palabras que tienen un aliento de eternidad: Hay que morir, como cae la aceituna madura, bendiciendo a la tierra su nodriza, y dando gracias a la rama que la ha sostenido.

6

La Noche de San Juan

En esta noche de verano, diríase que el aire está embrujado. La humana y perecedera criatura que el hombre es, siente que hay algo inmortal que en ella palpita, con temblores de misterio y poesía. Es noche de soñar, de alejarse de la tierra, en que vivimos y nos salpica. Como homenaje al sol se encienden las ho-

gueras; sus llamas se agitan en caprichosos arabescos. Quienes buscan la suerte, saltan sobre ellas con alborozo. Este fuego no asusta: tiene más de celeste que infernal. Manos afanosas buscan con candor la verbená, el laurel y el mirto; sus aromas desparraman destinos sonrientes y nos envían dulces mensajes de amor.

La música lejana, rasga suavemente el silencio del bosque. Cada estrella es interrogación luminosa. Los pálidos reflejos de la luna, embrujan cuanto tocan. Una pareja de amantes canta sus deseos en espera del abrazo nupcial. "Un mismo césped, dice Lisandro, servirá a los dos de almohada. Un corazón, dos pechos, una fe". Hermia, tímidamente se niega. El pudor lo exige. "Aléjate—suspira. Buenas noches. Que tu amor no se entibie hasta el fin de tu preciosa vida". El sueño apaga sus ensueños. Un enjambre de hadas revolotea con gentil donaire. Es la corte de Titania, su reina, que sufre del mal de amores por su favorito, apuesto mancebo, hijo del rey de la India. Oberón está celoso. Pero no es negro, brutal y vengativo, como el moro de Venecia de triste fama, que quiso rescatar con su muerte, el ultraje a la fidelidad. No romperá con sus férreas manos el delicado cuello de su inconstante esposa. Es algo escéptico como Hamlet, y burlón como Falstaff. Por dueño y señor de los genios amables y traviesos, que son los silfos, se contentará con darle ejemplar lección, sin que el fantasma de la muerte turbe la placidez de la noche estival.

Puck es obediente. Ha de tocar con una flor mágica los ojos de su soberana para que queden llenos de extrañas fantasías. Y también untar los párpados de Demetrio, que desdeña los fervientes ruegos de Helena; pero de tal suerte que ella sea la mujer primera que contemple el insensible galán, al abandonar el sueño. Oberón, compasivo, no vacila en descender del trono para entrometerse en los delicados negocios del querer, derramando felicidad sobre los hombres, como rocío sobre los campos, en la Noche de San Juan. Este Puck es travieso y aturdido, olvidadizo y descuidado. En vez de unir a los amantes, los separa, y cambia sus amorosos afanes. El fiel Lisandro rechaza a su prometida y persigue a Helena, mientras Demetrio, ajeno al hechizo, huye desesperado.

En el bosque todo es confusión. Se escuchan súplicas desgarradoras, invocaciones a juramentos rotos, y lamentos evocadores de la dicha ausente. Oberón al saber lo sucedido por torpeza de su duende, se enoja. “¿Qué has hecho? —dice—. Te equivocaste. Vertirse el jugo amoroso en los párpados de un amante fiel; y por fuerza ha de resultar la mudanza de un amor sincero, en la de un falso amor”. El atolondrado silfo se excusa: “Por un hombre fiel—responde—hay millones que son frágiles, y amontonan perjurios sobre perjurios”.

Al despertar Titania encuentra a su lado a un zafio menestral con cabeza de asno, a quien prodiga sus ternuras. —“¿Quieres oír música?, dulce amor mío”. “En cuanto a música—responde—dadme cencerros y

matracas". La enamorada insiste: "Amor mío, dime lo que deseas comer".—"Un pienso de cebada buena, bien seca. También siento la tentación de comer un haz de heno, de heno succulento. No hay nada mejor". La reina de las hadas le estrecha en sus brazos: "Así se enlazan gentilmente los tallos de la madreselva olorosa; así rodea la hiedra a la corteza del olmo, como la sortija del esposo estrecha el dedo de la novia"... ¿Puede concebirse ironía más dulce y más amarga? Es burla del amor y a la vez una reverencia al amor. La ternura y el sarcasmo, se hermanan suavemente. Todo es ilusión, fantasía, engaño de nosotros mismos. Esa cabeza de asno nos dice, que no se ama a un sér determinado: se ama al amor.

Va a llegar el día, y con él cesará el encanto. Las travesuras y torpezas de Puck, se enmiendan de manera risueña. También se hunde en las sombras la cólera de Oberón. El amor vuelve a reinar en el bosque. "Música, música, pide Titania al despertar. Dadnos acordes que hechicen el sueño". Estas aventuras se presentan en confusa lejanía, lo mismo que las montañas que se convierten en nubes. En la cercana Atenas se celebrarán los desposorios del fabuloso Teseo con la reina Hipólita. Al despuntar la aurora, huyen las hadas con juvenil algarabía. Puck se desvanece. Oberón del brazo de su frágil Titania, se oculta para dejar paso triunfante al sol. Con él volvemos a la tierra, sentimos en nuestros pies el lodo que a ella nos ata. Hemos soñado en una Noche de San Juan. Tal es el milagro de Shakespeare.

Pesares y Alegrías de la Resurrección

En un montón de papeles viejos, encontré esta carta que nunca fué enviada, no sé si por olvido o pereza. Sin fecha para precisar cuándo fué escrita, su contenido revela que debió ser a raíz de grave enfermedad. Hoy en plena salud, aunque con retraso, se la ofrezco al lector, que por bondadoso habrá de recibirla con la indulgencia que es justo otorgar a la fantasía de un convaleciente. Se trata de la narración de un viaje; mas si alguien entrase en curiosidad y quisiera acompañarme, le deseo que como yo, se detenga en la frontera.

“Vuelvo del largo viaje, emprendido de modo inesperado y contra mi voluntad. Ello ha de explicar mi silencio, que no se debe a deserción, pues este noble oficio de galeote de la pluma, no es de los que se adquieren o enajenan como mercadería, ni se abandona por capricho. Acaso picada tu curiosidad, preguntes a dónde fuí. Bien quisiera calmar con holgura tus deseos, pero advierte mi buena fe, que en mi relato encontrarás más confusión que claridad, y cosas inverosímiles que no te fuerzo a creer en ellas, pues yo por falsas las tendría si otro me las contara.

Para realizar este viaje, basta un lecho de hospital, que aunque posee ruedas, es inmóvil, y no obstante su permanente quietud arrastra a lugares de destierro donde, al decir de Horacio, nadie ha regre-

sado. En alas de la fiebre vuelvo a través de sufrimientos y tinieblas; de vez en cuando una breve lucilla ilumina recuerdos infantiles o imágenes de personas queridas, presentes las unas, las más en la lejanía, encima de la tierra o debajo de ella. ¿Adónde iré a parar con mis pobres y maltrechos huesos? En mi pregunta, no hay angustia ni terror: la curiosidad se templea en dulce y consoladora resignación. ¿Se podrá al fin arrancar el secreto a la Esfinge? Sería sorprendente que en el momento de apagarse la conciencia fuese cuando comenzásemos a ver claro... Mas, ¿por qué no ha de florecer la paradoja en el más allá?

Un alto en el misterio. ¿Estaremos al fin de la jornada? En medio de brumas percibo los contornos vagos de un extraño ser. Es un viejo vigoroso, de barba hirsuta y temible catadura. De pie en una barca, amarrada a orillas de sombrío y proceloso lago, apoyado en una pértiga, lanza miradas de cólera. He de confesar que semejante encuentro me produjo seria inquietud; pero gracias a mis lecturas clásicas, luego de un esfuerzo, lo reconocí. Era el hijo de Erelo y la Noche: me hallaba pues en presencia de Caronte. En el acto cesaron mis temores; la familiaridad que con él se permitió Aristófanes y las irreverencias que soportó de Luciano, me hicieron pensar sería menos feroz que su aspecto. ¿Qué me esperaba del otro lado de la Estigia? ¿El Averno, o los Campos Elíseos?

Al oírse llamar por su nombre manifestó sorpresa y mal humor. Una vez desenmascarado, y adoptando

aire más benévolo, casi socarrón, me pidió tres óbolos por transportar mi sombra. Ante tamaña exigencia dudé de su progenie griega, y hasta me atreví a sospechar que era algún hijo de Abraham disfrazado de infernal marino. No obstante el abatimiento en que me hallaba, sonreí con malicia. ¡Hasta para el último viaje había que ir provisto de dineros! Alegué mi pobreza como excusa. Entonces Caronte, en quien noté repentina transformación por su nariz recta y helénica, se cambió en ganchuda y semita, profirió terribles blasfemias contra los dioses, mezclando palabras homéricas con maldiciones hebreas. No creía en mi sinceridad. Luego de registrarme, se dió por vencido, y no pudiendo cobrarse el precio del pasaje, me devolvió a la vida.

Gracias a la carencia de dineros—aviso a los ricos—abandoné las riberas de la Estigia, y resucité en la tierra con gran sorpresa y contento de amigos, médicos, usureros, y no menos alegría por mi parte. Mas cuando les conté mi extraña aventura, de loco me tacharon y aun por demente me tendrían, si hubiera insistido en la veracidad de mi relato. Preciso fué atribuirlo todo a fantasía y buen humor, con el propósito de recobrar mi reputación de hombre relativamente razonable.

Al regreso pregunté a los testigos de mi partida de andanzas hacia la muerte, si me había portado con dignidad. Montaigne, haciéndose eco de un estoico andaluz, se lamentaba de que no pudiera aprenderse a morir, aunque este fuera el fin de la sabiduría, pues

tan solo se muere una vez. ¿Cómo no tener claudicaciones y apostasías cuando al rozar la frontera del misterio se agota la fuerza generosa que hace pensar? Huída la razón, florecen las fábulas y el pobre enfermo, inconscientemente, ejecuta las piruetas teológicas que se le ordenen. Bien decía Julio César que de todas las muertes la mejor era la impensada. Y en la soledad de su celda, rodeado de sospechas y con la hostilidad de sus superiores, el jesuíta Baltasar Gracián, escribió estas palabras que tienen aliento de eternidad: Madrastra y no madre se mostró con nosotros la Naturaleza, pues lo que nos quita de conocimiento al nacer, nos restituye al morir.

Ahuyentemos con gritos de alegría la imagen de la muerte para entregarnos a la vida con amor. Un rayo de sol, un acto de justicia, un gesto de piedad, un libro amigo, una caricia de mujer, la fidelidad de un perro, valen por todos los paraísos creados por infantiles desvaríos. Mas si nos atormenta la sed de saber adónde vamos después de morir, Séneca lleva a nuestro ánimo brisas de serenidad y nos tranquiliza: *Quo non nata yacent*... Donde están las cosas por nacer."

8

Voltaire Bien Vale una Misa

Al abandonar sus tierras de Ferney, en febrero de 1778, el Patriarca se mostraba impaciente por llegar a

París, de donde, muy a su pesar, estuviese ausente gran parte de su vida, por influencias eclesiásticas, en alianza con el capricho real. El defensor de los perseguidos, el apóstol de la tolerancia, el amigo de las luces y de la Humanidad, en el ocaso de su gloriosa existencia, recibe homenajes reservados a monarcas y príncipes guerreros. El entusiasmo popular florece en su camino. Algo ha cambiado en Francia. Monsieur de Voltaire sin otros legítimos blasones que su genio, ni otras hazañas que las realizadas con la pluma, se alza como una protesta universal contra la tiranía y la superstición. Más que un hombre con sus ochenta y cuatro años, fronterizo de la muerte, de espaldas encorvadas y apergaminada piel, es un símbolo. Por eso ya nada pueden contra él las excomuniones de los obispos, ni las arbitrariedades de los reyes.

Cuando llega a la capital en triunfo, un empleado de gabelas le pregunta: "¿Tenéis algo que declarar?" El anciano le contesta con malicia: "Aquí el único contrabando soy yo". Y no mentía. La corte, alentada por la mojigatería de Luis XVI, hubo de ponerle el veto, pero en vano. Todas las clases sociales rivalizaban en testimonios de admiración. Asiste al estreno de una obra suya en la Comedia Francesa; colabora en las tradicionales tareas académicas. En la Logia de las Nueve Hermanas, recibe los honores masónicos en compañía de Benjamín Franklin, de quien más tarde había de decir Mirabeau, que supo encadenar el rayo y vencer la tiranía. Nada más conmovedor que el encuentro de aquellos dos grandes hombres. El

fundador de la Independencia Americana, solicita la bendición para su nieto, y Voltaire se la concede, pronunciando estas palabras: *God and Liberty*.

El trabajo y las emociones precipitaron la ruina de su rebelde y sorprendente salud. Dos docenas de tazas de café por día, estimulaban su decadente vitalidad, y el opio es su consuelo en las horas de insomnio y sufrimientos. Cuando se extiende la noticia de su gravedad, se avivan las admiraciones de los espíritus fuertes y los rencores de los fanáticos. Los pastores de Roma, a manera de cuervos, comienzan a revolotear sobre el lecho del moribundo; los amigos velan por la libertad de su pensar, si sagrado en la vida, mas aun en los umbrales de lo eterno. Como en aquella época los que morían fuera de la Iglesia se hallaban privados de sepultura y sus despojos eran lanzados al muladar, como los de las bestias, muchos hombres de inteligencia emancipada, llegada su hora, aparentaban reconciliarse con las prácticas de la religión.

Las más de las veces era una farsa representada cortesmente por el agonizante y el confesor. Voltaire, que recordaba las macabras andanzas del cadáver de Adriana Lecouvreur, la famosa actriz y en un tiempo su amante, quería evitar que el suyo corriese parecido infortunio, con duelo de la familia y escándalo de amigos. Se dispuso, pues, a una retractación de pura fórmula, no para salvar su alma de los diabólicos dominios, sino para ganarse un hoyo en la tierra, donde sus huesos descansan en paz.

Las exigencias cada vez más despóticas y humi-

llantes de los derviches romanos llegaron a causarle tal enojo, que renunció a todo pacto o acomodo con ellos. En medio de crueles sufrimientos y espiado por la aviesa curiosidad de Tronchin, su médico, impaciente de ver cómo moría, en los últimos instantes de lucidez Voltaire dió pruebas de lo sutil y malicioso de su ingenio y de la firmeza de sus convicciones. El abate Marthe se introduce violentamente en su alcoba y ordena se confiese con él. El anciano le escucha con buen humor y cortesía.—“¿De parte de quién viene usted, señor abate?”, pregunta.—“De parte de Dios”.—“¿Tendría usted la bondad de enseñarme sus credenciales?” El párroco de San Sulpicio, luego de lúgubres reflexiones sobre Dios, la muerte y su próximo fin, le interroga con voz autoritaria.—“¿Reconoce usted la divinidad de Jesucristo?” Voltaire hace un esfuerzo supremo, intenta incorporarse en su lecho y con gesto de cólera exclama:—“En nombre de Dios, no me hable de ese hombre”. Luego, él, que amaba tanto la vida, se resigna. En la noche del treinta de mayo, la muerte hizo una buena presa.

Como se esperaba, el arzobispo de París se negó a autorizar su inhumación. El caso de la comediente Lecouvreur iba a repetirse cuando su sobrino, el abate Mignot, metió el cuerpo envuelto en una bata y en una carroza se lo llevó a la Abadía de Scelieres, donde fué enterrado de modo clandestino. Los amigos y admiradores del Patriarca juraron tomar venganza. Alrededor de su tumba se entabló una batalla entre el fanatismo y los enciclopedistas. Houdon perpetuó

su frágil y terrenal figura. La Academia creó un premio en recuerdo y alabanza de su inmortal colega. Mas para burlarse de la saña con que la Iglesia había perseguido a un muerto, cuyo espíritu vivía en millares de almas esclarecidas, había que encontrar algo mordaz, irreverente, paradójico, a tono con el genio del maestro. D'Alembert, Diderot y Condorcet, en graciosa intriga, hicieron gestiones para que la Academia ofreciese una misa solemne por el descanso de su alma, en cumplimiento de veneradas tradiciones y respetables reglamentos. A la sorpresa siguió la indignación. El bello y elegante cardenal de Rohan, más tarde personaje histórico en el proceso del collar de la reina María Antonieta, y protector de Cagliostro, se excusó con cortesía, no obstante su afectado escepticismo. Por último, el Rey, que sinceramente creía en el infierno, para amarrar a él el alma de Voltaire, se negó a que las preces de la Iglesia se elevasen al cielo.

Esto sucedía en las risueñas riberas del Sena. Pero más al norte, en las frías y nebulosas orillas del Spree, un rey filósofo, viejo, misántropo, enemigo de la superstición, que contemplaba la vida y la muerte, la ambición y el poder, con el mismo gesto de sarcasmo, velaba en el retiro de Sans-Souci por la memoria de su maestro de los años mozos. ¿Por qué no?, pensó D'Alembert. Y escribió al monarca: "La reparación que más puede mortificar a los fanáticos, es que se diga una misa por el alma de Voltaire".

Federico desfrunce el ceño y encuentra la cosa

digna del Patriarca de Ferney. "Comienzo las negociaciones—contesta—por los funerales de Monsieur de Voltaire, y aunque no tengo la menor idea de la inmortalidad del alma, dirán una misa por la suya".

Algún tiempo después, la ceremonia se celebró en la Catedral de Berlín con majestuosa solemnidad. D'Alembert no pudo ocultar su satisfacción, y al dar las gracias a su Majestad por el piadoso celo, añade: "Ahora podemos estar seguros, de que Voltaire tiene por lo menos, un pie en el cielo".

La sombra de Voltaire debió estremecerse de júbilo, al contemplar desde los Campos Elíseos, tan volteriana historia.

9

Una Descortesía Imperdonable

Al llegar dos personas al umbral de una puerta, la suave pugna que entre ellas se entabla para ceder el paso, y es uso de buena educación, suele quedar inadvertida, o apenas se le atribuye importancia. Este hecho, es la revelación de la cortesía en su desnuda sencillez. El "pase usted primero" adquiere importancia metafísica, en la que es raro no hallan fijado los filósofos su alerta y diligente atención. Cuando voluntariamente nos colocamos detrás de alguien, salvo en las ansias del amor o los furores de la persecución, es signo de que domeñamos nuestros instintos, pues nuestro natural nos impulsa a situarnos los primeros en todas las oportunidades que la vida ofrece.

Si hubiesen existido alguna vez verdaderos historiadores, no meros cronistas de sucesos sin importancia como el advenimiento de un profeta o el ocaso de un imperio, sabríamos con relativa exactitud dónde y cuándo fué el hombre tan bueno y civilizado, que abandonó su orgullo de primogénito y se sintió segundón por deliberada voluntad. De aquí nacieron cosas tan sorprendentes que bien vale la pena de recrearnos en ellas. El homenaje o respeto al prójimo, pleitesía con fines de intimidad y mutuo agrado, denota fino sentido crítico: sospechamos que nuestro semejante tiene vivo amor propio, y procuramos no herirle con una manifestación exagerada de nuestro valer.

Si no fuésemos perezosos, nos aventuraríamos en una exploración filológica; bástenos admitir, aunque suene mal en nuestros oídos de jacobinos, que cortesía proviene de Corte. Quizás sea esto lo único bueno que debemos a la realeza, mas no hemos de dejar de alabarla como se merece. En tierras de España, Italia y Francia, florece el buen trato y la finura de modales, cuando, en el mundo medieval, la rudeza del guerrero es signo de distinción, y la brutalidad, emblema del poder. Poco tiempo después, los griegos expulsados de Constantinopla por los turcos, con sus manuscritos, nos traen el recuerdo de la sabiduría de los antiguos, el amor a la belleza y la dulzura de las relaciones entre los hombres, que buscan en la convivencia goces del espíritu, y el sentimiento de la hermandad de las almas.

Los monarcas y príncipes, descansan de las violencias de las luchas en los ocios de la paz, rodeados de artistas, poetas y sabios, que les descubren horizontes insospechados, y los regalan con emociones y verdades, ennobleciendo la vida, exaltando el amor e inclinándose con pasión y respeto ante las mujeres. Entonces surge un linaje de cortesanos, como aquellos de que nos habla Baltasar de Castiglione, que dirigen las flechas de sus anhelos hacia un ideal de perfección, donde lo más elevado que entonces se concibiera se resume en la calidad de caballero. ¿Y quién lo fué más cumplido que Don Quijote de la Mancha, piadoso ante el infortunio, resignado frente a la adversidad, bravo en el peligro, rebelde a la injusticia y humano siempre?

El cortesano, al abdicar del sentimiento de la libertad y la gallardía de la altivez, se convierte en adulator. Todo lo espera de la hipocresía, de la intriga, de la lisonja: son pobres que se enriquecen con la mendicidad. Cuando Filipo de Macedonia quedó tuerto, Crisofus apareció en palacio con un emplasto simulando que había perdido un ojo, para agradar al padre de Alejandro. El duque de Uzés, al ser preguntado por Luis XIV cuándo daría a luz su esposa, a la sazón encinta, respondió haciendo una profunda reverencia: Cuando su Majestad lo quiera. Ante tan desmesurada adulación no se sorprende que el Rey Sol olvidase su calidad de mortal. En una de las raras ocasiones que dignó asomarse a los campos de batalla, a prudente distancia, como la suerte de las armas pare-

ciera serle adversa, exclamó: ¿Es que Dios se olvida de lo que yo he hecho por él?

Difícil es poner coto a la bajeza humana, y a este efecto Luciano cuenta un sucedido ejemplar que merece recuerdo. Ello fué que la reina Estratónica, dechado de seducciones y de insolente juventud, decidió hacer un largo viaje. Conilalus, apuesto y vigoroso mancebo y bravo capitán, para acallar las inquietudes del regio consorte, ahuyentar sus posibles celos y darle prueba de sumisión, se privó voluntariamente de sus atributos naturales, que constituían su orgullo y regocijo, enviando a su señor las pruebas del heroico sacrificio. Y aconteció algo inesperado. Conmovida la egregia dama de semejante proeza, dió en prodigarle sus favores al fiel guardián—la historia se abstiene de precisar en qué forma—y los demás guerreros del séquito, no sabemos si por envidia o espíritu de casta, hicieron lo mismo, resultando que al llegar a su destino, la hermosa y real hembra que había salido escoltada por hombres, se vió rodeada de unos seres ambiguos, propios para la vigilancia de un harén.

Sin incurrir en tales exageraciones, nuestra época abunda en sucesos análogos a los referidos por el sofista griego de Samosata, que lo mismo se burlaba de los dioses, daba consejos a las cortesanas o filosofaba sobre las moscas. Analogías en un sentido figurado, ello es natural, puesto que la reina Estratónica fué reemplazada por los dictadores y la amputación intencionada de la voluntad, para adular a los poderosos en vez de

florecer en lejanas e imprecisas tierras de Oriente, brota a orillas del Tiber y del Spree.

Fuera infantil y quizás injusto, quejarse del crepúsculo de la cortesía, de que muchos se lamentan y conducen. Pese a las profundas transformaciones que ha sufrido, aún quedan a manera de oasis, ejemplos muy honrosos que es grato saborear. Así no es raro que nos pregunten ¿quiere usted un cigarrillo egipcio o de La Habana? ¿Desea usted una copa de vino blanco o de tinto? ¿Prefiere usted Mussolini a Julio César?

Mas cuando la pareja humana, ebria de deseo se entrega a los juegos del amor, donde todo es azar, se guarda muy mucho de preguntar al posible fruto de estos turbios y agitados negocios del querer ¿quieres venir al mundo? Y sin aguardar su respuesta, ni obtener su consentimiento lo lanzan a él.

¿No es esto una descortesía imperdonable?

10

Amori et Dolori Sacrum

Hundido en un sillón, esclavo de sufrimientos que desgarrarían el ánimo del más señor de sí mismo, sin otra esperanza de alivio que la muerte, Iván Turgueneff se queja en la alcoba de su quinta de Bougival, cercana a París. El gigante de melena rubia, sedosa barba, ojos azules y rasgos femeninos se siente aprisionado. Cuando el amante de la naturaleza y es-

pía de sus más leves palpitaciones, lanza su triste mirada a través de los cristales del balcón, halla por todo consuelo un jardín amable y versallesco, en Bougival, para recordar el campo ruso, donde viviera horas de libertad, en amable compañía de hidalgos y *mu-jiks*, y en íntima comunidad con la tierra que prodiga sus secretos a quien sabe escuchar.

Años atrás, en sus estados de Spaskaie, dueño de veinte aldeas y cinco mil almas, desde la ventana de su casona feudal se recreaba en la contemplación religiosa del paisaje: "Por encima de mí—añora—las hojas apenas se veían, pero un ligero estremecimiento hubiera bastado para precisar la estación. No era ni el temblor gozoso de la primavera, ni el lento y dulce murmullo del verano, ni el cuchicheo tímido y fresco de fines de otoño; era una especie de rumor somnoliento". Estamos en el verano de 1883.

Como todo enfermo que se siente morir, gusta evocar el pasado, pues siendo insufrible el presente y negro el futuro, como un hoyo muy hondo en la tierra, a aquél ha de aferrarse en busca de un poco de luz y consuelo de infortunios. La conciencia del gran señor de las letras y de la vida, se puebla con recuerdos que desfilan en su interior con marcha irregular y caprichosa, seguidos de un cortejo de melancolía. Infancia, ternura y durezas familiares: despertar de amor. Estudios, viajes por tierras lejanas, creaciones literarias: *Memorias de un Cazador*, *Dimitri Rudine*, *Nido de Hidalgo*, *Humo*, *Tierras Vírgenes*, Gloria, persecuciones, incomprensión, olvido. Otra vez la

gloria, pero sus rayos son tibios, como el sol de invierno. Máscaras de mujeres hermosas, que le ofrecieron fugitivos placeres y dejaron en su boca sabor de besos de ceniza.

De repente, el enfermo ha detenido con mano invisible un recuerdo: lo agarra con temblor y lo acaricia con alegría. Se animan sus ojos mortecinos, se acelera su respiración: Petersburgo, 1843. En la Opera Italiana, Paulina Viardot triunfa con los hechizos de su voz. La naturaleza se mostró con ella avara en cuanto a seducciones corporales: volcó toda la generosidad en su garganta. La cantante, cargada de espaldas, de ojos saltones y rasgos desgraciados, era una española hija del tenor Manuel García y hermana de la célebre cantante Malibrán. Casada con Viardot, el director de orquesta, madre bondadosa, debió tener poderosos atractivos, pero muy ocultos. La amó Alfredo de Musset. Henri Heine, sin caer en tentación semejante, reconocía sus cualidades al compararla con monstruoso paisaje estético.

Iván Turgueneff se prendó de ella. En su camerino de la Opera la tributaba cotidianos homenajes de admiración artística y terrena. Desde entonces su sino amoroso quedó inmóvil. En medio de aventuras banales, permaneció desesperadamente fiel a Paulina, quien le correspondió con comedido amor, sin que estas relaciones a espaldas de la fe jurada la impidiesen querer con ternura a su marido y consagrarse a los hijos cumpliendo con los severos deberes maternos. Sobresalió en el *belcanto*, y en el difícil y complicado

arte de rendir culto a la trinidad de sentimientos, manteniendo con altivez la unidad del hogar.

Por ser mujer de existencia silenciosa no obstante el volúmen de su voz, y poco dada a expansiones confidenciales, es empeño inútil reconstruir su vida interior, de dudoso interés espiritual, a juzgar por los testimonios que poseemos. Mas fue la única pasión de Turgueneff, y este título la enaltece. Del afecto del novelista ruso participaban sus hijos, y hasta su propio esposo. En vísperas de un viaje, escribe a Viardot: "No salgo de Francia sin decir cuánto le quiero, lo que le estimo y siento la necesidad de esta separación. No hay lugar en el mundo que yo ame más que su castillo de Courtvenel". No intentemos explicarnos estas contradicciones a la vez pintorescas y dolorosas. No se ama a una mujer determinada: se ama al amor, y Paulina fué su mitológica encarnación, aunque sin líneas griegas.

Hemos abandonado al enfermo. Volvamos a él, que inmóvil en el sillón ha sentido refrescadas sus sienes febriles al soplo del recuerdo. Han transcurrido cerca de cuarenta años; todo cambió, menos los latidos de su corazón. Siente que la dolencia se agrava; no sabe si temer a la muerte o arrojarse en sus brazos como salvación. Algunos hilillos invisibles, los más sutiles que el alma teje, cuando lo sacude el dolor o roza el misterio, le atan a la vida. Entonces llama a Paulina, la vieja y fiel amiga de las horas luminosas, grises y de adversidad; a su ruego toma una pluma. Turgueneff le dicta su testamento espiritual, uno de

sus Poemas en Prosa. El silencio de la alcoba donde respira el moribundo se enriquece con el rasgar sobre el papel. Paulina, atenta a las palabras, las escribe con temblor: "Cuando ya no exista, cuando todo lo que era yo ande disperso en el polvo, tú, mi única amiga tan tierna y profundamente amada, no vengas a mi tumba; allí no tienes nada que hacer. No me olvides pero no busques mi recuerdo en medio de tus labores cotidianas, de tus alegrías, de tus inquietudes. Mas en las horas de soledad, cuando llegue a tí, inesperada y temerosa de ser inoportuna, esa tristeza tan conocida de los corazones tiernos, coge uno de nuestros libros preferidos y allí busca ¿te acuerdas? las páginas, las líneas, las palabras, que al mismo tiempo humedecían nuestros ojos, con lágrimas dolorosas y mudas. Lee, cierra los ojos y tiéndeme esa mano. Yo no podré estrechar la tuya; la mía estará inerte bajo tierra. Pero me es dulce pensar que, entonces, acaso, sientas que una caricia ligera roza tu mano".

El enfermo cansado por el esfuerzo reclina la cabeza sobre el respaldo del sillón y cierra los ojos. Los personajes de sus novelas se agolpan en derredor suyo para saludar por última vez a su creador: ellos velarán porque su nombre perdure, mientras el linaje de los hombres sea sensible a la belleza. El enfermo ve débilmente a sus criaturas; los contornos se esfuman. Sus oídos se estremecen: ¿Nihilista? Según tengo entendido, esa palabra viene del latín *nihil*, nada... Un silencio; luego escucha: ¡Humo! ¡Humo! Y de pron-

to, todo le pareció humo, su vida, la vida rusa, todo lo que es humano.

¡Humo! ¡Nada! Turgueneff se aprestó a bien morir.

11

Al Poner el Pie

¿Somos libres? A esta pregunta formulada desde que despertó la razón por muy graves y profundos filósofos, contesto yo todos los días al levantarme, poniendo en el suelo el pie izquierdo o derecho, según mi antojo o fantasía. ¿Quién habrá de impedirme que adelante una u otra extremidad para tomar la posición bípeda que es galardón del hombre? Pues, acostados hacemos muchas y variadas cosas, algunas con cortejo de deleite y sombra de desilusión. La actividad fecunda del trabajo requiere el estado vertical; y a manera de transición, para cultivo del espíritu y determinados oficios, nos sentamos pacientemente en espera de que surjan las ideas, a fin de darlas cauce por la pluma, o nuestros dedos industriosos crean pequeños y grandes mundos, que nos ayudan a mejorar aquel en que vivimos.

Esta conciencia de mi libertad que demuestro con los pies al despertar, me da ánimos durante todo el día para uncirme al yugo del trabajo sin bovina resignación. Cuanto hago tiene por noble y metafísica causa mi propio albedrío; y aquello que cae sobre

mí, a manera de lluvia, las decepciones o infortunios, aunque de origen obscuro y desconocidas intenciones, lo acato como homenaje, que es forzado rendir a lo desconocido.

Mas por ambicioso, no me conformo con sentirme dueño de mi libertad al salir del sueño. Cuando la fatiga me acerca a él, al declinar de la jornada, rodeado de silencio, a la tenue luz de la lámpara, confidente de mis ratos de meditación, ensueño y melancolía, me es grato buscar una prueba más de la salvaje independencia de mi voluntad; ésta no se demuestra con los pies, sino con las manos. Frente a la biblioteca, única riqueza que poseo y no es mía, puedo extender el brazo derecho o el izquierdo, para alcanzar el libro de mi elección y simpatía. ¿Quién habrá de obligarme a que lea una égloga de Virgilio, en vez de una oda de Horacio? Porque en esos momentos en que la duda de escoger éste o aquél autor nos ofrece íntimos y delicados placeres, nuestros deseos de saber o ansias de goce, chocan con suavidad en el escenario de la conciencia. Una lucha se entabla; es el instante en que vuestra decisión es soberana, y el libro, obediente, sumiso, abre sus páginas a nuestra curiosidad.

Discurso de la Esclavitud Voluntaria. Este título está henchido de sugerencias y lejanos recuerdos. Apenas podríamos precisar la fecha y el lugar en que lo leímos. Quizás en los años mozos y a orillas del Sena. Entonces el libro tenía un interés filosófico, sin contacto alguno con la actualidad. ¿Podía concebirse en

aquella época que hubiese esclavos voluntarios? La guerra aun no había desgarrado a Europa; se creía en la democracia, en el socialismo, y en el progreso indefinido del hombre, hacia una república de las almas.

¿Y ahora? ¿Qué impresión había de producirnos su lectura? Desde luego su título ya no nos causa extrañeza. Pueblos enteros han forjado sus cadenas. El instinto del rebaño floreció con ferocidad tropical, no sólo en las tierras del sol, sino en regiones húmedas y sombrías, donde la luz pierde su poderío ante las brumas, y el viejo dios Thor, lanza feroces gritos de guerra. ¿Y el tirano? ¿No era un ser de historia tan lejana que confinaba en la mitología? Su perfil griego o romano de ave de presa se desvanecía en el horizonte del pasado, envuelto en las galas del ocaso. Era un tema de Historia, un motivo de disertación económica, un pretexto de erudición. ¿Y hoy?

A medida que nos adentrábamos en su lectura, este pequeño libro escrito en honor de la libertad contra los tiranos, nos parecía que acababa de salir de la imprenta; tal era su actualidad, su lozanía, la vehemencia de sus imprecaciones y lo elevado y certero de sus juicios. Dos sentimientos lo animan: el amor a la justicia y el odio al despotismo. Su joven autor, antes que Juan Jacobo, proclama la libertad de los hombres; e interrumpiendo sus estudios de los clásicos, testigos del doloroso espectáculo de las guerras civiles y horrores de su represión, medita sobre las palabras de un cronista de su patria: "Entonces se vió,

cómo los príncipes tienen largas las manos, y cómo los golpes que hieren, por la multitud de brazos de que disponen, son seguros e inevitables”.

¿Mas cuántos ojos tiene el tirano para espiarnos? Se pregunta el estudiante. Dos como nosotros. ¿Cuántos oídos para sorprender nuestras quejas y agravios? ¿Cuántos brazos para asesinarlos? Los mismos que nosotros. Somos nosotros, es nuestra cobardía la que crea al tirano, pues le prestamos los medios con que nos oprime. Para emanciparnos de la tiranía, añade, basta con no hacernos cómplices de ella, no suministrar los medios de perpetuarla; es con el auxilio de lo que se le presta, que es tirano, y con la fuerza aislada de cada individuo, nos avasalla a todos.

He aquí una admirable lección de este estudiante que se llamaba Etienne de La Boetie. No obstante su viva actualidad, es vieja de más de tres siglos; pero sus enseñanzas se olvidaron para oprobio y desgracia nuestra. Fue magistrado en Burdeos, amigo tierno de Montaigne, compuso inspirados versos en latín y francés. Murió como un sabio por su lúcida y estoica serenidad al hundirse en lo desconocido.

Hemos vuelto a colocar el libro en su estante, no sin cierta emoción con la melancolía de una despedida. Y tal como marchan los sucesos que tejen los hombres, es posible que en días no lejanos, para sentirse libres, como único refugio tengan como yo que decidir qué pie pondrán primero en el suelo al despertar... Tal vez sea la última ilusión de libertad que les quede, pues los libros por enemigos de la tiranía

esparcirán su ceniza a todos los vientos, mientras los cuatro Jinetes del Apocalipsis galopan con furor sobre la tierra.

12

Lo que Enseñan las Piedras

Tarde de otoño en Roma. Un sol de púrpura envía sus resplandores con pereza. Las sombras avanzan lentamente envolviendo a la ciudad. Se escucha el silencio. Sentado entre las ruinas del Capitolio, un joven de aspecto extranjero, vestido con elegancia a la moda del siglo XVIII, parece entregado a la meditación. Por su aspecto diríase inglés. El misterioso y solitario viajero abarca con la mirada las bellezas del paisaje, y se recrea en los monumentos que lo pueblan. Su inquieta curiosidad se detiene en la contemplación de mutilados restos: templos, arcos, columnas, gradas, que proclaman la grandeza pretérita. Pese al rigor de los tiempos y a la furia de los hombres, en sus entrañas carcomidas y rotas percibe un aliento de eternidad. ¿Cómo vino a tierra tanto poderío que sobre ella se alzaba? ¿Cómo cayeron en olvido los mandatos de Trajano, rayo de la guerra y organizador de la paz, las dulces leyes de Adriano y las enseñanzas de Marco Aurelio?

Pues hubo una época en Roma en que los filósofos gobernaron pensando en la felicidad del género humano. Con el acceso a la dignidad suprema de los

emperadores de sangre española, la primitiva rudeza y crueldad de los hijos de la Loba, se vieron atenuadas por fraternales y tiernos sentimientos, que brotaban libremente de la rígida moral estoica. El hombre ve en el esclavo a un semejante suyo: la misma sangre le hace vivir; la misma muerte le quita la vida. El recuerdo de Cicerón y Séneca, se yerguen ante la injusticia y el dolor, como sombras protectoras. "¿Por qué el hundimiento del mudo antiguo, y tras él la ignorancia y la barbarie?" se pregunta el joven solitario. En esto, cantos extraños turbaron sus meditaciones. Cerca de él, unos frailes descalzos cantaban Vísperas en el templo de Júpiter. Entonces le ocurrió la idea de escribir sobre la decadencia y caída de la Ciudad Eterna. Nuestro joven era Edward Gibbon, luego famoso historiador, y uno de los espíritus que con más sabiduría y elevación de pensamiento estudiaron el mundo de la antigüedad.

Inflamado en entusiasmo Gibbon regresa a Londres con ánimos de realizar tan grandioso empeño. Nadie mejor preparado que él. Su estancia en Lausanne le había familiarizado con la cultura francesa; sus profundos conocimientos de los clásicos griegos y latinos, y en arqueología, legitimaban sus esperanzas. Su enorme erudición no agotó las luces chispeantes de su ingenio, ni la acritud de su ironía. Buen maestro tuvo en su vecino Voltaire, que desde el castillo de Ferney, como el parto en la huida, y él en la vejez, que también es huir de la vida, lanzaba

sus flechas más peligrosas, contra la superstición y la injusticia.

Al llegar a Londres, en méritos a una reputación naciente, fué elegido diputado. Y, cosa inesperada: le tocó pertenecer a una Cámara en que se debatía la Independencia de América. Gibbon asistió silencioso a las sesiones, más preocupado de la decadencia de Roma que la de su misma patria. Durante este período publica el primer volumen de *Historia de la Decadencia y Caída del Imperio Romano*, resucitando con palpitaciones de vida, la era feliz de los Antoninos. Audaz, imparcial y sereno, estudia el cristianismo como si se tratara de una religión muerta. De vez en cuando, su ironía pone freno a los entusiasmos desbordados de los apologistas de los mártires, reduciendo a equitativas y humanas proporciones su legendario heroísmo, con grave escándalo de teólogos y alabanzas de espíritus libres como David Hume.

Luego que se le acabó el descansado y bien retribuido empleo de Lord of Travel, de que disfrutaba, regresa a Lausanne para terminar su obra lejos de las luchas políticas. Allí, rodeado de libros, escribe con afán. Unos paseos por su jardín, que más tarde había de visitar el irreverente Byron con respeto, la contemplación de las montañas, y alguna distinguida amistad, constituyen sus descansos; también sus recreos. Por fin en una noche de julio de 1787 termina su *Historia*. Después de haber arrojado su

pluma sobre la mesa, sale de la casa, y se interna por una alameda de acacias. El aire era dulce, el cielo sereno, y la luz argentada de la luna se reflejaba en las aguas del lago. "Entonces—dice Gibbon—sentí una emoción de alegría al recuperar mi libertad y acaso alcanzar fama. Pero mi orgullo se abatió en el acto, y una humilde melancolía se apoderó de mi ante la idea de que acababa de separarme de un viejo y agradable compañero de mi existencia; de que mis días serían ya cortos y precarios". Era un adiós tierno y conmovedor a treinta años de trabajo; un saludo de resignación digna a la brevedad de la vida.

Han transcurrido cerca de dos siglos, desde que aquel viajero inglés meditando ante las ruinas del Capitolio, quiso explicarse la decadencia del Imperio Romano y a ello consagró su vida. Quizás en nuestros días, otro viajero amante de la antigüedad vaya a Roma. Y es posible que pasee sus inquietudes y curiosidades entre los gloriosos y mutilados restos de un mundo que se hundió en sangriento ocaso. Si se detiene en el Foro, antaño hogar de civilización y manantial de derecho, no verá interrumpidos sus pensamientos por frailes descalzos que cantan Vísperas en un templo pagano. Un cortejo de hombres con botas altas y vestidos de negro herirán sus oídos con cantos de exaltada juventud, que llevan en sus entrañas duras anhelos de muerte y destrucción. Entonces nuestro viajero se preguntará también, en la intimidad de su conciencia, por qué cayó Roma en la barbarie.

El Filósofo Llorón

Hay muchos motivos de llorar sin que nuestra carne sufra. Recordarlos, valdría tanto como hacer un inventario de las ilusiones que su malogro, sea por no llegar a realizarse, o huidas cuando las poseemos, fuentes son de donde manan lágrimas. En general, el llanto es más frecuente, por lo que se ha perdido que por aquello que nunca se tuvo. Tendencias a eternizar las cosas queridas, en pugna con nuestra naturaleza de efímera condición, aunque para consolarnos de ella, nos engañamos con poéticos mitos adúladores de la esperanza humana.

Si en las mujeres esas debilidades de forma líquida y gusto salado constituyen gran parte de su fuerza, en los hombres son signos de desmayo incompatible con su propia hombría. Por ello los más lloran para adentro en los trances de angustia o dolor. Su ocultación viene a ser algo así como el pudor masculino. Epicteto en las ansias del tormento, conversaba dulcemente con sus verdugos. A Benito Spinoza, no se le vieron nunca húmedos sus ojos soñadores. Tampoco a Goethe ni a Napoleón. En el mundo antiguo se menciona una sorprendente excepción. Pericles, arquetipo de excelsas virtudes varoniles, sintió correr las lágrimas por sus mejillas, ante los jueces de Aspasia, para salvarla, y frente al destino inexorable, a la muerte de su hijo. De filósofos se recuerda a uno:

Heráclito. Así lo dice la tradición. Apresurémonos a reconocer que fué solo un "sophos", un sabio. El temible y comprometedor nombre de filósofo empieza a usarse en la época de Platón.

¿Por qué lloraba Heráclito? Luciano, en uno de sus diálogos, lo explica. El sabio de Efeso responde a un mercader: "Yo sé que todas las cosas son miserables y deplorables, y que nada existe que no esté sujeto al destino. Por eso tengo piedad de ellas y las lloro. Lloro por que nada es estable, y todo está mezclado como en una pócima. Todo es la misma cosa: la alegría y la tristeza, el conocimiento y la ignorancia, lo grande y lo pequeño, lo alto y lo bajo. Todo circula y cambia en el juego del tiempo. —Y el tiempo, ¿qué es?—insiste el comerciante. —Un niño que juega a las damas y disputa."—Tal es su respuesta. El sofista de Samosata que se burlaba donosamente de los dioses no era más indulgente con los filósofos.

Quien tuviere a bien conocer la doctrina de este insigne llorón, honor del pensamiento helénico en sus albores, es dueño de una excelente oportunidad. El doctor José Gaos, profesor de filosofía, y, lo que vale más, filósofo aunque no fuera profesor, ha traducido del texto griego, con elegancia y fidelidad, los Fragmentos de Heráclito, que a esto quedó reducida su gran obra sobre la Naturaleza. Dos de sus discípulos, Edmundo O'Gorman y Justino Fernández, maestros en otras disciplinas, los recogieron en una primorosa edición de Alcantía, honor de las artes gráficas de México. Estas ruinas del sistema filosófico en forma

aforística, conservan la profundidad y belleza, de los frutos del saber madurados en Jonia, a orillas del mar Egeo. Son las primeras interrogaciones que el hombre hace al Cosmos, sin temor a los Dioses. Diálogo dramático, aquel en que la razón interpela al Universo sobre su origen y destino, y obtiene por respuesta el silencio. Luego, a través de él, se perciben tenues y vacilantes resplandores de verdad.

La esencia del sér no es la inmovilidad, como proclamaron Xenófanes y Parménides. El Universo es un proceso en perpetuo hacerse y deshacerse, a la manera del fuego, imagen de esta movilidad, que se enciende y apaga; eterno, siempre en movimiento y transformación. Es un perpetuo fluir. El agua, también nos dá idea de ello. El río en que hoy nos bañamos, en apariencia es el mismo de ayer. Sólo en apariencia, que la fijeza de las cosas es pura ilusión. Todo pasa y nada subsiste, salvo la ley del cambio. Dentro de ella, la lucha es la madre de todo lo existente. Las oposiciones llegan a fundirse en una armonía donde impera la razón, el Logos. Esta cadena sin fin, no se desarrolla en línea recta, sino en un ciclo que se repite. Por ello somos esclavos del retorno eterno. En el infinito del tiempo, al agotarse las combinaciones limitadas de los elementos, el pasado vuelve a nacer para destruirse luego. De esta pesadilla cósmica el hombre es testigo y víctima: la humana criatura es un producto de la naturaleza, un eslabón más. Por dotada de inteligencia, comprende que su destino es el inexorable y común a todo cuanto existe.

Al leer este apresurado esbozo de la doctrina del de Efeso, quizá se alarme el lector achacando su obscuridad a falta de estudios o cortedad de entendederas por parte suya. Deseche estos temores. Lo mismo le sucedería a Aristóteles, a quien no es posible tachar de falta de sabiduría, ni de menguado intelecto. La manera de escribir de Heráclito se prestaba a confusiones, por la estructura de sus frases, bruscas y sin verbos, que el Estagirita no atinaba a puntuar con acierto. Si era original en su pensamiento, no lo fué menos en su vida al decir de los antiguos. Misántropo y enfermo, amaba la soledad y despreciaba la estulticia de los hombre. Se retiró en su ciudad al templo de Artemisa, y por toda distracción se permitía jugar con los niños al noble juego de la taba, uno de los más venerables, desgraciadamente hoy suplantado por el poker. Un día al ver que sus compatriotas le rodeaban mientras él se entregaba a este esparcimiento honesto, montó en cólera y les dijo: "¿De qué os admirais, miserables? ¿No vale más hacer esto, que gobernar con vosotros?" Convengamos en la violencia del filósofo, y en la mansedumbre de sus paisanos, quienes dando olvido a los agravios, le ofrecieron los honores de ser su legislador.

Cuenta la leyenda que Darío, el conquistador de la India, y vencido en Maraton por Milciades, le envió una carta, rogándole se presentase en su palacio para aclarar algunos extremos de su doctrina que no alcanzaba a comprender. Pues en aquellos remotos tiempos había monarcas que se afanaban en cono-

cer la verdad, no sabemos si con propósitos de rendirse a ella o de ocultarla a sus súbditos. Heráclito le respondió de manera que hoy le valdría un proceso de lesa majestad, precisamente en los países donde no hay reyes. "A Darío, hijo de Histaspis, salud. Todos los que viven sobre la tierra desvían de la verdad, y por falta de juicio se abandonan al deseo insaciable y a la ambición de los honores. Pero yo, olvidando mi estado miserable, huyendo del fausto, unido siempre a la envidia, y también porque evito el orgullo, no iré al país de los persas, pues contento estoy con poco. Esta es mi máxima". No obstante, de tarde en tarde parecía interesarse por sus semejantes. "El pueblo debe combatir por la ley como por sus murallas", dijo con firmeza. Y dando prueba de la ternura de sus sentimientos, aconsejó a los efésios que se ahorcasen todos dejando la ciudad a los niños. Procedimiento de transformación política, aún inédito en la historia de las revoluciones, que acaso convendría ensayar en nuestros días en algunas tierras, sin señalarlas nosotros por temor a complicaciones diplomáticas. Por lecho de muerte nuestro filósofo tuvo un montón de estiércol. Fué su última protesta.

¿Tenía razón para llorar Heráclito, porque todo pasa, se desvanece y vuelve a nacer? Más bien motivos de júbilo. Aunque la rica diversidad de las cosas sea vana apariencia, ella renueva la vida ofreciéndonos un espectáculo magnífico y deslumbrador. También realiza una obra de misericordia al desterrar la monotonía y ahuyentar el hastío, enemigos fieles en

la aventura de vivir. Imaginar que todo permanecerá igual, sin esperanzas de cambio, nos llevaría a la desolación, huérfana de toda sombra de alivio o consuelo. Las lágrimas del filósofo, a nosotros nos producen intensa alegría. No por duros de corazón. Heráclito es uno de los libertadores del linaje humano. Al suprimir el reposo del Universo es cuando podemos forjarnos la ilusión del descanso.

14

El Fantasma de Judas

Todos los años, el mundo cristiano conmemora el sombrío drama del Gólgota. Coincidiendo con el mensaje ascensional de alegría que la naturaleza envía con la primavera y ansia de vivir, el corazón de los fieles derrama lo más íntimo de su religiosidad y ternura sobre la imagen legendaria del Rabí de Galilea. Las almas, floreciendo como los campos en místico arretrato, ofrendan fervientes oraciones al Dios del amor; los sacerdotes le tributan solemnes cultos con misteriosos ritos. Diríase que en la Semana Santa, las dulces palabras del Sermón de la Montaña, impregnadas de desgarradores acentos de piedad búdica, resuenan con violencia para imponer la mansedumbre. El olvido de ofensas y el perdón de agravios, se extiende a todos los seres, como si las aguas del Jordán y del Ganges, confundidas en el cauce de la pie-

dad universal, lavasen los pecados, santificando a los hombres en la paz de Dios.

Mas si bien se mira, el creyente oculta y guarda un rencor: su odio a Judas es algo tan vivo como el temor de Dios. Sobre el apóstol infiel y suicida han caído veinte siglos de terribles maldiciones. Los cristianos que todo lo perdonan, no dejan descansar su memoria. En el drama de la Pasión, el Iscariote es un personaje necesario. Así lo entendieron algunas sectas primitivas, como la de los cainitas, y por ello trataron de reivindicarle.

Gracias a él se cumplieron las profecías; y asusta imaginar las incalculables consecuencias e irreparables daños que hubiese sufrido la humanidad si Judas, hombre leal, se niega a traicionar al maestro. No habría tenido lugar la Crucifixión, y a estas horas estaríamos aún rodeados de tinieblas, en espera de la luz del Calvario. Ecos de tan angustiosas inquietudes llegaron hasta el florido y risueño jardín de Epicuro, donde, a la sombra de mirtos y laureles, Anatole France gustaba dialogar consigo mismo.

Judas fué motivo de inspiración de misterios medievales y de dramas religiosos. Pero Dante lo había precipitado en los infiernos, y de tales profundidades no hubo modo de sacarle durante siglos. En nuestros días, y a manera de un recuerdo de las doctrinas cainitas, pero por motivos diferentes, se ha intentado rehabilitar al apóstol tuerto y pelirrojo. Leonidas Andreiev vió en el traidor a un esclavo de su propia curiosidad en pugna con el sincero amor que profesa

a Jesús. Una duda cruza su inteligencia. ¿Es sólo un hombre de alma sublime que se sacrifica por sus hermanos? ¿Acaso un Dios bajo terrenal envoltura? Si en efecto es un Dios con su poder infinito nada debe temer de los verdugos; y aquél que se atreva a poner las impías manos sobre sus hombros muerto será como por el rayo. El curioso Judas nunca pudo comprender, convengamos que ello es difícil, que un Dios se sacrifique a sí mismo por redimir su obra.

La interpretación de Judas de Federico Valerio Ratti, presenta cierta semejanza con la del gran novelista ruso. Pero el Iscariote del dramaturgo italiano, lleva injertas en sus cualidades esencialmente judaicas, las inquietudes dialécticas de los sofistas griegos, su escepticismo y el desprecio y burla de aquello que los más reverencian. Judas es cínico sin linterna y con un ojo menos, que busca ansiosamente la verdad. Espera que salga de los labios de Jesús; pero al contemplar que éstos permanecen cerrados, y se llevarán al sepulcro su secreto, si alguno poseen, comprende la inutilidad de su sacrificio, es decir de su traición. El amor de una mujer, que como dice Renán había de resucitar a Cristo, florece en otro milagro. La pecadora adivina en la sangre del Crucificado el precio de la redención de todos los hombres. Esta visión mística hace presa en el alma atormentada de Judas: al fin encontró la verdad y el sentido de su trágico sino.

Todos los personajes de la Pasión, cada una de sus palabras, gritos y gestos, aun aquellos que parecen insignificantes, anuncian huellas de la fatalidad. De

Jesús, sólo llegan a nosotros sus enseñanzas y el encanto mágico de su sombra; de Pilatos, su sentencia de gran señor romano, demasiado consciente de la majestad que encarna para rebajarse a averiguar las causas de las ruidosas disputas de un pueblo que desprecia; escéptico hasta preguntarse ¿qué es la verdad? y ajeno a la trayectoria histórica de su nombre, unido al de su víctima Jesús.

Comprendemos la congoja de sus discípulos que le abandonan en el trance supremo y que enlutan sus almas. No obstante una alentadora esperanza, una firme creencia brota en sus corazones. Pese a la traición de Judas Cristo resucita. Más que una muerte con las angustias e incertidumbre del más allá, como la de Sócrates, fué la suya un dulce y reposado sueño que duró tres días.

15

El Ultimo Cliente del Doctor Marañón

Los médicos, por motivos de delicadeza, que hacen honor tanto a su ciencia como cautela, dejan en paz a los muertos. Se afanan por luchar con las enfermedades para vencerlas, y prolongar la vida. Mas una vez que ésta se extingue, por múltiples causas, todas ajenas a su sabiduría y buena voluntad, abandonan al que fuera su paciente a los ritos eclesiásticos, las reflexiones filosóficas de los amigos y los llantos de la familia. También al sepulturero. Este es el que

interviene de manera definitiva, tapando la boca al difunto con un puñado de tierra, a fin de impedirle toda veleidad de protesta que pudiera alarmarnos. Don Gregorio Marañón, se aparta de esta respetable costumbre. Nuestro doctor, famoso por ingentes razones, algunas extrañas a su temible profesión, mezcla de cortesía mundana, conocimientos profundos y fórmulas mágicas, ha dado en la singular manía de ensañarse en los cadáveres. Si lo hiciese escalpelo en mano, para robar los secretos de la vida a quien ya nada tiene qué decir, habríamos de loar su celo. Pero lo que le interesa con mayor ahinco, no se refiere a nuestra pobre animalidad en trance de pudrirse, sino al espíritu. Y sobre la sombra de un ser, lejano en el tiempo, cuyas cenizas errantes y dispersas esperan un Lucrecio que cante sus eternas andanzas, elabora un diagnóstico con matemática precisión. De apurarlo, indicaría un tratamiento. De insistir, firmaría una receta. Ante reiterados ruegos, pasaría la cuenta; que desde luego no ha de cobrar, pues conocido es su desprendimiento en lo que a dineros concierne.

Esta su curiosidad le lleva a pintorescos excesos. No le bastan los seres de carne y hueso, sin hueso ni carne desde hace siglos como el impotente rey de Castilla, Enrique IV. Con mirada y garras de águila, cae sobre personajes de ficción como "Don Juan". Quieras que no, le arrastra a su clínica; y pese a las protestas del Burlador de Sevilla nos revela sus intimidades recónditas, con grave daño de su reputación

hasta ahora de hombría e ímpetu viril. Algunas personas que lo trataron con cierta intimididad, como Tirso de Molina, Moliere, Byron y Lenau así lo aseguran. Pero Marañón hizo un descubrimiento sensacional demostrando, al modo de los geómetras, que el incansable enamorado era de naturaleza femenina. Si hubiéramos de invocar circunstancias atenuantes en beneficio del doctor por su manera de tratar a personajes literarios como si fueran vivos, recordaríamos que esta idea, aunque desafortunada no es original. Hace años Enrico Ferri en su libro *Los Criminales en la Literatura y en el Arte*, diagnosticó la locura de que sufría Hamlet, el pálido príncipe de Dinamarca.

Abandonemos a los seres engendrados por los poetas, para fijarnos en los que fueron concebidos de modo natural y dejaron hondas huellas. Para toparnos con ellos no se necesita recurrir a la Historia. Nos basta dirigir nuestros vacilantes pasos a la clínica del Doctor Marañón, lugar de mundano esparcimiento, frecuentado por pacientes impacientes de elevado rango. Nada pues tiene de extraño que allí nos encontremos con Tiberio, su último cliente. A él acababa de consagrar un libro ameno, bien escrito y de elegante arquitectura. Hombre de tan aguda inteligencia, sólida cultura y laudables ambiciones de originalidad, no había de resignarse a componer una biografía del sucesor de Augusto. Pretende arrojar nuevas luces sobre este enigmático personaje, que se ha atraído el odio de los más y las simpatías francas o veladas de muy

pocos. Con excepción de Voltaire, que por motivos polémicos en relación con el cristianismo—*ecrasez l'infame*—le toma bajo su insincera protección, cuantos intentaron reivindicarle lo hicieron por razones políticas. Es decir, en defensa solapada del despotismo y los fueros de la crueldad.

Fué un historiador alemán, Sthar, quien proclamó que el *tristissimus hominum*, el más triste de los hombres, era en lo íntimo de su alma una naturaleza buena y noble, (*eine gute und edle Natur*). Para llegar a esta sorprendente conclusión se escudó en una Tesis de Victor Dury, sostenida en la Facultad de Letras de París en 1853, titulada: *Tiberio Imperator*. Como se ve, esta actitud crítica tiene viejos precedentes. En ella, inútil es decirlo, no ha de basarse Marañón. Aunque tardíamente se siente liberal: odia la tiranía, abomina del derramamiento de sangre y detesta la delación. Pero nuestro doctor se esfuerza en poner de relieve las cualidades de Tiberio, de soldado y administrador; y para explicarnos sus furias homicidas—¿nó hay en ello un intento de justificación?—nos ofrece la clave de la psicología del César en su teoría del resentimiento.

Reconozcamos que en ella ha puesto Marañón mucho de su talento en feliz alianza con fina capacidad de análisis, para buscar en los misterios de la intimidad de la conciencia. “Una agresión de los otros hombres—escribe—o simplemente de la vida en esa forma impenetrable y varia que solemos llamar suerte, produce en nosotros una reacción fugaz o dura-

dera de dolor, de fracaso, o de cualquiera de los sentimientos de inferioridad. Decimos que entonces estamos resentidos o doloridos. En las almas nobles y generosas estos gérmenes se desvanecen o mueren. Pero en otras, la agresión queda presa en el fondo de nuestra conciencia; acaso inadvertida. Allí dentro incuba y fermenta su acritud; se infiltra en todo nuestro ser y acaba siendo rectora de nuestra conducta y menores reacciones. Este sentimiento que no ha sido eliminado sino que se ha retenido e incorporado a nuestra alma, es el resentimiento”.

Si la doctrina del resentimiento constituye un acierto, estimamos que su aplicación a Tiberio es un error. Si éste tenía el alma ulcerada, no debe atribuirse a mala suerte: su buena estrella fué deslumbradora. Y si recibió algún agravio, muchas e inesperadas mercedes llovieron sobre él. Su vida en verdad fué un cuento de hadas. Por azares de la cuna, no tenía la más remota probabilidad de llegar al Imperio. Pertenecía a los Claudios, vieja familia romana. Pero en stirpe y poderío existían otras que la igualaban, y aún llevaban ventaja. Recordemos a los Escipión, Dolabella, Polion. Con el mismo derecho podían creerse los retoños de estas ilustres casas para alcanzar el trono: esto es, sin ninguno. No fué pues Tiberio un heredero fracasado en sus ambiciones. Nada le correspondía al nacer, y todo tuvo al morir. Por un conjunto de acontecimientos, todos favorables con escándalo, logró mandar al mundo.

Su madre Livia, despertó los fatigados deseos de

Augusto, y su esposo, Claudio Tiberio Nerón, cortesmente se la cedió, a pesar de hallarse en cinta. A los pocos meses de esta unión nació Druso, quien malas lenguas suponían hijo de Octavio. Tiberio es hijastro del sobrino de César. Aún quedan descendientes por sangre y adopción del Divus Julius. Estos poderosos obstáculos en forma humana, cierran el paso para su ascensión. La muerte natural y la provocada fué eliminándolos. ¿Podía el "hombre triste" lamentarse de su destino? Del hogar de un patricio ingresa en la familia Imperial. Su madre le protege; con rapidez alcanza honores y dignidades. Se casa con Vipsania de la que tiene un hijo. Augusto le colma de favores y en prueba de ello le cede a su hija Julia, mujer apasionada y de costumbres libres. Pudo rechazar Tiberio este matrimonio sin riesgo de su vida, que al correr de los años el Emperador se convirtió en humano y clemente. No lo hizo por ambición. La cortesana de sangre azul le acercaba al trono. Es yerno del Príncipe. Más tarde alcanza la cumbre de la grandeza. ¿Dónde hallar los motivos de resentimiento? ¿Dónde las agresiones del destino o de los hombres? El doctor Marañón que contesta a cuantas preguntas le hacen, en su clínica, no podrá responder a éstas.

Acaso piense el lector que si la teoría del resentimiento no es aplicable a Tiberio, al menos tiene una virtud: la de la originalidad. Por desgracia tampoco es así. El ilustre humanista Gastón Boissier, autoridad que es preciso consultar en estos asuntos, la formuló

claramente hace varios lustros, en su hermoso libro *La oposición bajo los Césares*. "Cuando Tiberio llegó al Poder—escribe—llenó el corazón de resentimientos y rencores con el recuerdo de las humillaciones y de los sustos sufridos, perseveró en rodearse de precauciones miserables, en tener miedo a la luz del día, en no atacar frente a frente ninguna dificultad, en ver por todas partes enemigos y en perseguirlos para realizar ruines y misteriosas venganzas". Su pensamiento es terminante. Por cierto que el Doctor Marañón, en la bibliografía de su "Tiberio", olvidó citar esta obra.

No cabe presentarnos a Tiberio como sentido o dolido, para explicar la perversidad de su alma, por mimado de la fortuna. Gracias a los delatores, sus perros favoritos, que alimentaba con sangre humana al decir de Séneca, pudo calmar su insaciable sed de venganza y crueldad, sin respetar los lazos de la familia, ni las dulces exigencias de la amistad. "Quien mata demasiado de prisa no sabe ser tirano", era su máxima preferida. A una de sus víctimas que solicitaba la muerte para poner términos a los tormentos la respondió: "¿Nos hemos reconciliado ya?"

El doctor Marañón, quizás a pesar suyo, transparenta una secreta simpatía por Tiberio. Aunque se alejó de la guerra que asolaba a su patria, en defensa de su memoria se bate con denuedo. Sin desconocer sus crueldades, que trata de atenuar mediante el complejo de resentimiento, rechaza que en los últimos años de su vida, bajo el sol de Capri, envuelto en brisas

azules, el anciano emperador se entregase a bárbaras orgías. Frente a las acusaciones de Tácito y Suetonio, vengadores del género humano, nada puede oponer, nada alegar; ni la sombra de un testimonio a su favor... No obstante abandonando su condición de historiador, por un capricho de su voluntad, afirma: "Esto es una leyenda creada por el pueblo para castigarlo. Es el rencor de las masas cristalizado". Diríase que el ilustre doctor tiene miedo a la leyenda que habrá de forjarse en nuestros días. En lo que a él personalmente le atañe debe estar tranquilo. Con la Historia basta.

16

La Cólera del Filósofo

Aquel día, la ciudad, emporio de riquezas y asiento del buen vivir, veíase agitada. Las turbas fanáticas, azuzadas por el príncipe de Orange, se aprestaban a saciar sus odios en los más ilustres defensores de la causa popular. La revolución había derrocado a la República, respetuosa de la libertad de conciencia y de las leyes, estableciendo sobre ruinas un gobierno de tiranía sobre las almas y de arbitrariedad política. El recuerdo de Calvino, ya pálido en Ginebra, revivía en La Haya con resplandores de amenaza. El cielo holandés de luz velada y sombras luminosas, que aprisionara Rembrandt en su paleta con suaves y mágicas vibraciones, envolvía seres y cosas en una

atmósfera de alucinación. La muchedumbre invade las calles en desorden. De la discusión se pasa al grito; el grito enciende el furor. Sólo las corrientes mansas de los canales reflejan en sus aguas una temblorosa apariencia de tranquilidad.

Mientras, en casa del pintor Spick, en una habitación que por humilde bien parece celda, un hombre preocupado de las cosas eternas entrega su cabeza a la meditación y sus manos al trabajo, puliendo lentes con delicada habilidad para ganarse la vida. Es un judío de ascendencia española. Allí, rodeado de libros sabios y herramientas de artesano, goza aún de los placeres del silencio propicio a las especulaciones. De su razón ha surgido con matemático rigor un grandioso sistema metafísico: *Natura sive Deo*. Y partiendo del concepto de substancia, donde la Naturaleza y Dios se funden en musical armonía, aclara el misterio del Universo y explica el verdadero destino de cuantos se afanan bajo el sol. De constitución débil, flaco y tísico desde los veinte años, conoce la servidumbre del cuerpo y lucha siempre por la independencia del espíritu. La nobleza de su semblante revela bondad acentuada por las huellas de la melancolía. Sus ojos acostumbrados a la contemplación del infinito, guardan miradas de ternura para sus semejantes.

En sus años mozos, por rebelde al Talmud, fué excomulgado: "Que Dios no le perdone jamás. Que nadie trate con él, ni le conceda amistad, ni se le acerque, ni habite bajo el mismo techo, ni lea obra suya".

La violencia de los hijos de Israel cayó brutalmente sobre el alumno más aventajado de la Sinagoga de Amsterdam. Tras el anatema las persecuciones, con la pobreza por fiel cortejo. Los rabinos le denuncian a los Magistrados. ¿Nó negó con audacia impía el carácter sagrado de la Biblia? Al opinar así, minaba los fundamentos de la religión mosaica y del cristianismo. Los pastores calvinistas se alarman, y obtienen su destierro. Hasta su misma hermana para vengarse, intenta despojarle de su modesta herencia paterna. El judío renegado gana el pleito y luego cede los bienes a favor de quien tal mal le quiere.

En la aventura de su vida los infortunios se vieron compensados con los regalos de la amistad. Habla y se cartea con los espíritus más esclarecidos de la época. Entre ellos, Francisco van den Enden, médico y filólogo, cuya hija, tejida de ensueños a manera de las enamoradas de Shakespeare, según la leyenda fué la única mujer que turbó levemente la serenidad del solitario. ¿Quién más digno del trato de los hombres que él? Los bienes de los amigos—decía—deben ser todos comunes, y especialmente los del espíritu. Pero su dulzura y tolerancia en las relaciones sociales, no tuercen la altivez de su independencia. Se niega a aceptar un legado que le ofrece Simón de Vries y rebaja la pensión que éste le otorga por considerarla excesiva. El mariscal de Luxemburgo le invita a que dedique un libro a Luis XIV, a cambio de la liberalidad del rey. Y el Elector Palatino pretende, también en vano, honrar con sus doctrinas la Universidad de

Heidelberg. La ruta de la sabiduría que él sigue, *via perardua*, le impide cualquier compromiso que coarte su libertad.

El pensador enfermizo y solitario emprende una de las empresas más fabulosas que es dado soñar. En su *Ética*, obra donde depositó lo más íntimo de su ser, trata a las pasiones, es decir a lo más incierto, movedizo, arbitrario y enigmático de la naturaleza humana, a la manera de los geómetras, como si fuesen líneas, superficies y cuerpos. ¿Qué sabía del amor, quien nunca conoció mujer? ¿Qué de las riquezas el que nunca las tuvo? ¿Qué de la gloria el que la despreció? ¿Qué de la ambición el que fué humilde? ¿Qué del miedo el que nunca lo tuvo? ¿Qué del odio el que perdonó siempre? El filósofo consagrado a las cosas eternas y desdeñoso de las temporales, que enturbian la serenidad del ánimo y oscurecen la razón, explicó, como ninguno lo hiciera, el origen y mecanismo de las pasiones, sin vivirlas, recluido en su celda. Tal fué su hazaña, por un heroico esfuerzo del pensar.

En aquel día, que era el veinte de agosto de 1672, los rumores de la ciudad en fiebre llegaron a la casa del filósofo. Aunque alejado de las luchas políticas se interesaba por la suerte de los hombres, y en sus escritos había defendido los derechos de los ciudadanos según la ley natural. Por conocer a la raza humana y sus desvaríos, nada puede producirle horror, sorpresa, cólera o pesar. La divisa "no llorar, no indignarse sino comprender", fué compañera de su vida.

El filósofo permanece impasible. Pero al saber que su amigo Juan de Witt, el humanista, defensor de la República y de la libertad había sido asesinado y con él su hermano Cornelius, por vez primera en su vida lloró. Al llanto sigue la cólera, y escribiendo un manifiesto para decir al pueblo la verdad con riesgo de su vida sale a la calle, clavando sobre un muro su cartel, donde acusa a los asesinos: *Ultimi barbarorum*.

Fué la única lección en público que dió Benito Spinoza. Hoy, en cualquier calle de cualquier ciudad, sus enseñanzas serían provechosas.

17

El Primer Desterrado

Mefistófeles amigo: No puedo ofrecerte mi pobre alma en desamparo, que por no valer nada, habrías de despreciarla tú e ignorarla el Señor en las alturas. Asuntos graves ha de tener él en que ocuparse en estas horas en que Satán desencadenado ronda la tierra. Sin desvelarme en gótica estancia de estrechas bóvedas, pobladas de sombras y telarañas, rodeado de libros sabios y misteriosos alambiques, ha tiempo renuncié a conocer la verdad, y alcanzar gloria y poderío. No ambiciono gozar de la inocencia de Margarita, ni embriagarme con el aliento de Helena. Tampoco fuerzas de Titán para mandar al rebaño humano. Mi súplica es humilde; modesto mi deseo.

Quiero huir de nuestros días de angustia y aflicción, pues en ellos reina el caos y acecha la muerte. Como antaño hicieras con famoso doctor de malísima fama, extiende tu capa de hidalgo; sobre ella remontemos los siglos y surquemos los espacios.

Si a mi ruego accedes, gustaría de respirar las brisasa azules del Mediterráneo y sentir las dulces caricias del sol. No en el hermoso país donde florecen los limoneros que cantara Goethe; no. En Italia se acabó la poesía. Aunque te parezca extraño deseo ir a Córcega, sin que sea mi propósito el de saludar a una sombra augusta que con su recuerdo la ennoblece. Napoleón, revolucionario a su pesar, está muerto. Hoy resucitan caricaturas tuyas, en medio de sangre, violencia y dolor. Pero nos hallamos en época de destierros, y en la isla luminosa y abrupta, vivió un desterrado excelso hace veinte siglos; español por más señas. Mefistófeles amigo: veo que eres sordo a mis anhelos. Bien lamento no invocarte acudiendo a la magia que en ella soy lego. Era un favor que te pedía de hombre a hombre. Algo diabólico hay en mí, y en tí mucho de humano; y si el diablo no sirve para satisfacer esperanzas locas, habrá que maldecirle. Mefistófeles: ya no eres mi amigo. ¡Es igual! Lo que tú me niegas me lo concede la imaginación, más piadosa que tú, y con tanto imperio que ni los mismos dioses pudieron cortar sus alas.

* * *

Ya estamos en Córcega, en el año 42 del primer

siglo de nuestra era. Un patricio romano nacido en Córdoba sufre del destierro impuesto por un César imbécil y burlado, famoso en los anales del crimen por su crueldad, y en los de la galantería por marido de Mesalina: Claudio. El patricio, que a punto anduvo de perder la vida, es también filósofo. Se llama Séneca. Si aceptó honores y riquezas, sabe perderlas sin quebranto del ánimo. La razón le ha emancipado de vanas y engañosas apariencias, y con gesto viril de centinela alerta, sabe hacer frente al infortunio. El suelo de la isla es yermo. No hay frutas ni arboledas, sino grandiosas rocas y bosques impenetrables. Sus habitantes, bárbaros y groseros, apenas hablan latín. Son la resaca de navegantes de aventura: griegos, ligures, españoles y algunos colonos llevados por Mario. Durante el estío, para huir de la malaria, hay que refugiarse en las alturas, sobre el Cabo, donde en nuestros días se alza una torre en ruinas que lleva el nombre del estoico andaluz.

Rodeado de soledad, el mar y las montañas son testigos de sus meditaciones. Cuando clava su pensamiento en el infinito se pregunta: "¿Qué es Dios? El alma del Universo—dice—. El es todo uno y su obra está llena de él". Después, como acusándose de fugitivas debilidades, exclama: "¿Por qué gimes, insensato? A cualquier parte que mires, encontrarás fin a tus males. ¿Ves aquél precipicio? Por él se baja a la libertad. ¿Ves tu cuello, tu garganta, tu corazón? Son otras tantas salidas para huir de la esclavitud". Diríase que presiente su destino. A veces la idea de

la muerte le inquieta y consuela. "Abandonen la esperanza los ambiciosos, y los acongojados el miedo. ¿En qué lugar estarás después de muerto? ¿Dónde están los que no han nacido?" Como su hermano en pesimismo, Lucrecio, es de opinión que los infiernos son vanos temores, palabras huecas, fábulas que asemejan a pesadillas.

El alma de Séneca oscila como un péndulo entre la resignación y la rebeldía. Se aconseja a sí mismo: "Sean cuales fueren los sucesos que sobre tí caigan, prósperos o adversos, mantente de tal modo firme y erguido que siempre pueda decirse de tí que eres un hombre". Este hombre es hijo amantísimo. Su madre llora en España, que el duelo por un vivo no es menos doloroso que por un muerto salvo el dulce resplandor de la esperanza. ¡Admirable Helvia! Es la primera mujer hispánica que se asoma a la Historia y en la Historia queda, no prisionera sino enaltecida. En su cuerpo fecundo de matrona se alían la firmeza y la ternura, el sacrificio y la indulgencia, la previsión con la libertad. Todos reconocemos en ella a una remota abuela nuestra.

Desde su destierro—*relegatio in insulam*—Séneca más que su propia desgracia siente la ajena, si la de su madre pudiera serlo. Olvida la vida de Roma, con sus seducciones y peligros, miserias y grandezas. Su pensamiento, saturado de las cosas eternas, vuela a España, donde la que le diera el ser añora su presencia y ahoga sollozos en silencio. Entonces el filósofo emplea todos los recursos de su saber y las bellezas de su

estilo en consolarla. Y escribe esa admirable epístola. *Ad Helviam Matrem, De Consolatione*, con el deseo de ahuyentar sus tristezas, de que fuera causa involuntaria. En la literatura de la antigüedad no existe un monumento de ternura filial que pueda compararse a esta carta del primer desterrado español.

“Mi buena madre—escribe—tú que no me has negado nada, no habrás de negarme la satisfacción de poner término a tus sufrimientos”. Ella es una mujer templada en la adversidad por la muerte de seres queridos, y él no se siente desgraciado. Pues jamás se fió de la fortuna, y cuando ésta le abrumó con honores y venturas, las acogió de tal suerte que a cada instante podía exigirse su devolución, sin que experimentase amargura o despecho. En el seno de la felicidad ha sabido medir sus fuerzas contra los golpes aciagos del destino. “¿Qué es el destierro? Un sencillo cambio de lugar”. Los sabios afirman que el cambio es un verdadero instinto. El alma misma lo posee. Jamás en el mismo sitio, dispersa su pensamiento, siempre flotante y ávida de lo nuevo. ¿Qué porción del género humano quedó en su sitio de origen?

¿Por qué ha de ser un mal el destierro? ¿Acaso la Naturaleza no es la misma en todas partes? “Cuando se pueden contemplar las regiones etéreas, ¿qué importa el suelo que se pisa? Lo mejor que el hombre posee, la virtud personal, nos sigue como la sombra al cuerpo; y la virtud escapa al poder humano que no la puede dar ni quitar”. Por ello marchemos con

alegría y fiereza a cualquier lugar que la suerte nos envíe; vayamos con paso intrépido. Recorramos la tierra. Bajo la bóveda del cielo no hay un solo lugar donde el hombre no se sienta en su patria. "Una de las consecuencias del destierro es la pobreza, que no es un mal si no se es codicioso, y en ocasiones título de gloria. Las exigencias del cuerpo son escasas. ¡Hace falta tan poco para asegurar la vida de un hombre! Este poco es difícil que falte. Otra, es la ignominia, la afrenta, que el vulgo atribuye a la calidad de desterrado. Mas el ultraje solo alcanza a las almas bajas". "Cuando se hace frente al infortunio, los desgraciados llegan a ser objeto de veneración. Un alma noble que cae sigue siendo noble en tierra".

"Madre querida—vuelve a decir Séneca—. Mi situación no justifica tus lágrimas inagotables". Pero es la ausencia del hijo la causa de su aflicción. Se ve privada de sus abrazos. "¿Dónde está—se pregunta la anciana—quién con su compañía desarrugaba mi frente y espantaba mis penas? Ya no puedo gozar de esa alegría infantil que, desde que me veía, animaba su cara". Mas como mujer fuerte que es, no debía de excusarse en la debilidad femenina. "Debe permanecer extraña a sus lágrimas, como lo ha sido a sus vicios". El estudio es un excelente derivativo del dolor, pero el verdadero consuelo se encuentra en el afecto de los que la rodean.

El filósofo nos traza un cuadro conmovedor de su vida familiar, y de las virtudes hogareñas. Helvia debe abandonarse al amor de sus otros hijos. Uno ha

llegado a los honores, para enaltecerla; el otro tuvo la prudencia de despreciarlos para consagrarla sus ocios. El recuerdo de Séneca acaricia a los retoños de su sangre. ¿Cómo no pensar en su sobrino Marcus, deliciosa criatura cuya vista disipa todas las tristezas? ¿Qué lágrimas resisten sus travesuras? Diríase que presiente su gloria: este niño es Lucano. ¿Cómo olvidar a su tía, que le crió en sus rodillas, le curó en sus enfermedades y le salvó la vida? Le quedan los suyos; y él también lo es aunque encadenado en la lejanía. Sus últimas palabras procuran llevar la tranquilidad al alma maternal acongojada: en su espíritu reinan la alegría y serenidad, como si estuviese en la cumbre de la dicha.

El estoico, que por un esfuerzo libertador de la inteligencia, logró vencedor los males e injusticias que rezuman de la vida, a veces es vencido por la ternura. Es en vano que pretenda ocultar sus emociones con argumentos sutiles y delicados sofismas. Sabía que el destierro era dolor, la pobreza dolor, y Helvia no tenía consuelo. Quiere engañarse a sí mismo con piadoso fin. Pero las razones del corazón que invocaba Pascal, palpitan en Séneca con dramática angustia. Y al pensar en su madre, el hombre desterrado destierra al filósofo.

El Gallo

Apenas había conciliado el sueño en la amplia y blanqueada alcoba de la casa de campo, fugaz refugio, en busca de silencio y calma, cuando un gallo dió en despertarme con su canto, que más tenía de marcial que de oportuno. Despertar al dormido dista mucho de ser una obra de misericordia; lo contrario quizás lo sea. Pues esto de dormir al despierto, si bien se mira, es alivio piadoso. ¿A quién no sobran las horas? ¿A quién no pesan los días? Bien haya quien inventó el sueño, dice el rústico Sancho, ante la admiración de Don Quijote, que despierto soñaba. No obstante mi natural inclinado a la tolerancia, el inesperado ¡ki-ki-ri-ki! provocó un movimiento de cólera y hasta una maldición castiza cayó sobre el volátil que desconocía mi presencia y necesidad de descanso.

Pero el gallo canta porque así lo exige su condición, y torpeza sería pretender que ella cambiara por complacerme. Este hermoso y gallardo animal, pensé, puede darnos muy sabias lecciones. Su orgullo le vea bajeza; su arrojo, cobardía; y su ímpetu en lances de amor, levanta envidia y aconseja humildad. Me

incorporé en la cama, y el enfado a punto estuvo de convertirse en gratitud, pues recordaba la arribada del Cid al Monasterio donde se hallaba su esposa: *Aproessa cantan los gallos e quieren crebar albores cuando llegó a San Pero el buen Cid Campeador.* Aunque sin tizona que blandir, Babieca que montar, ni Doña Ximena a quien decir de amores, me sentí halagado por el cacareo y derramando mi indulgencia me dispuse a dormir.

De nuevo el gallo da señales de alborozo. Para justificar su atrevimiento, hube en volandas de trasladarme a Atenas, y revivir con la imaginación los sublimes momentos en que Sócrates, con sencillo heroísmo, abandona su terrenal existencia. Luego de exponer sus consoladoras ideas sobre la muerte y lo que tras ella pueda haber, cuando se apresta a tomar la cicuta hace un ruego a su discípulos, que conmovidos abren sus almas a las palabras del maestro. ¿Qué ruego es este? ¿Cuál su adiós a la vida? ¿Acaso la revelación de un secreto, que arranque el velo al misterio, e inunde las tinieblas de claridad? No. El filósofo les recomienda que sacrifiquen un gallo a Esculapio. ¿Es la vida una enfermedad? Ante esta duda, que descubría horizontes de desesperanza, me entregué al sueño con fruición.

¡Ki-ki-ri-ki! El canto hirió con saña mis oídos. Para consolarme traje a mi memoria un sucedido de discreta oportunidad, y que se refiere a Emmanuel Kant. Este genial filósofo—me decía a mí mismo—fué la más grandiosa y perfecta máquina de pensar

de que pueda enorgullecerse la industria humana. Y tan poderosa era su razón, que en la Universidad de Koenigsber explicó sabios cursos de geografía sin haber conocido el mar, ni la montaña, y formuló teorías estéticas, sin visitar jamás un museo, ni oír música. Tenía horror al ruido, y por ello procuraba sumergirse en el silencio, favorable a sus reflexiones trascendentales.

Rodeado de silencio atacó con bríos el problema del conocimiento. Luego de profundas cavilaciones, cayó en la cuenta de que sólo podemos conocer la apariencia de las cosas, los fenómenos. Pero el noúmeno —*das ding an sich* dicho sea en tudesco— permanecerá eternamente ignorado de cuantos se afanan bajo el sol. Mientras trabajaba sin ruido, el rigor de su pensamiento alcanzó insospechadas cimas, demostrando entre otras importantes cosas la imposibilidad de demostrar la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. He aquí que una causa banal hizo cambiar el rumbo de su sistema metafísico: esta causa fué un gallo.

Kant vivía en casa del librero Kanster. Un gallo de la vecindad turbaba sus meditaciones con su alegre canto. El filósofo quiso comprarlo a su dueño, el cual, previendo la suerte que le aguardaba, por buen corazón se negó a venderlo. Parecía que el ave se esmeraba en molestar al sabio profesor. Cuantas más gestiones hacía éste para que pasase a su poder, más escandalizaba aquél en las horas del amanecer, propicias a los metafísicos y enamorados. Kant se aprovechaba sólo de las primeras. En medio de estas andanzas,

continuaba sus inmortales trabajos. Pero el cacareo fué tan insistente, que desvió la lógica del filósofo, y en una pirueta espiritual adulatora de la esperanza humana, rectificó sus anteriores doctrinas, regalándonos con la Crítica de la Razón Práctica, la inmortalidad del alma, y Dios por añadidura. ¿A quién se debían tan inestimables y preciosos bienes? A un gallo. Hube pues de dar por bien empleado mi despertar, y en espera de ganado desquite se cerraron mis ojos.

Lo que sucedía era en verdad intolerable. Otro ¡ki-ki-ri-ki! alevoso resonó en el corral. El recuerdo de los filósofos no bastaba para calmarme. Entonces vino en mi auxilio un apóstol, y con él mi cristiana resignación. Su canto—me dije—no sólo hay que soportarlo, sino agradecerlo. Si San Pedro en aquella noche dolorosa de la Pasión, no escucha por vez segunda el ¡ki-ki-ri-ki! hubiese seguido negando al Maestro, en lugar de arrepentirse... ¿Qué habría acaecido entonces? Me asusté al pensarlo. Cristo no hubiera podido fundar su Iglesia, y nuestras almas, huérfanas de la protección divina, fatalmente se precipitarían en el infierno. Frente a tan temible posibilidad, caí en espanto. Y convencido de que debía mi salvación al canto de un gallo, perdoné a mi vecino de cresta y espolones, y me dormí en un sueño, que por lo profundo y tranquilo, era sin duda el de los justos.



Indice

ENSAYOS

Temblor de Almas	3
La sombra de Robespierre	11
Las desilusiones de Ernesto Renán	20

DIALOGOS

El secreto de un sabio	31
De los inconvenientes de la inocencia	35
Una taza de café	40
El vendedor de ilusiones	44
Un grano de pimienta	48
Una parábola inocente	53
Revolucionario en olvido	57
Peligros de la ignorancia	63
Verde y rojo	67
Un príncipe ignorado	71
Encantos y desencantos de la Filosofía	77
Elogio de la pólvora	83
Un galeote de la pluma	87
Una vida inútil	91
De los peligros de un verbo inglés	96
La irrupción de los Bárbaros	100
La flecha en el cisne	105
Fuego y ceniza en la Bastilla	108
De los riesgos en las cervecerías	113
Escenas de la vida diplomática	118
La suerte está echada	123
Tres caballeros en torno de una mesa	127
Aguas turbias y suicidios claros	133
Un Mártir sin fe	137
Una imprudencia temeraria	142
Desventurado fin de Satanás	146

AL MARGEN DE LAS HORAS

Un libro peligroso	155
Colón se marea	159
Un rey que mereció serlo	162
Cenizas al viento	168
Don Pablo y don Francisco	171
Eclipse fugaz	175
Una sola palabra	180
Grandeza de un pequeño país	184
Otra vez Hermann y Dorotea	188
El y ella	192
Los cautivos de la Montaña Mágica	195
Antes de ponerse el Sol	200
Tragicomedia	203

CONFESIONES DE UN DESVELADO

El Tirano	213
Resplandor de Oriente	217
Un experimento fracasado	221
A buen juez mejor suicida	227
La risa del resucitado	231
La noche de San Juan	234
Pesares y alegrías de la resurrección	238
Voltaire bien vale una misa	241
Una descortesía imperdonable	246
Amori et dolori Sacrum	250
Al poner el pie	255
Lo que enseñan las piedras	259
El filósofo llorón	263
El fantasma de Judas	268
El último cliente del Dr. Marañón	271
La cólera del filósofo	278
El primer desterrado	282
El gallo	289

Este libro se acabó de
imprimir el día 17 de
agosto de 1940, en
los talleres de *Artes*
Gráficas Comerciales,
S. C. L., con tipos
Garamond, en papel
Biblios, al cuidado de
Daniel Cosío Ville-
gas y F. G. de los Ríos